




Ortografía  
Castellana

1609

Mateo  
Alemán

Academia  
Mexicana











# ORTOGRAFIA CASTELLANA







MATEO ALEMAN

# ORTOGRAFIA CASTELLANA

Edición de JOSE ROJAS GARGIDUEÑAS

Estudio preliminar de TOMAS NAVARRO

ACADEMIA MEXICANA

1981

## PRELIMINAR

La Academia Mexicana acordó reeditar los dos libros que Mateo Alemán publicó en México, en los comienzos del siglo xviii: la *Ortografía castellana* y los *Sucesos de fray García Guerra*. Muchas consideraciones fundaron tal determinación; fueron algunas de ellas (exponer todas sería prolijo y superfluo) desde luego la calidad literaria de dichas obras, las enseñanzas literarias que hay en la *Ortografía* y la información histórica que contienen los *Sucesos*, el haber sido de los últimos escritos de tan notable autor, la extremada rareza de ambos libros y ser ellos verdaderas joyas de la bibliografía mexicana por varios conceptos, comenzando por las condiciones tipográficas que los caracterizan.

Por lo que toca al presente libro, basta citar un párrafo del estudio que el lector verá páginas adelante, en que don Tomás Navarro dice: “No es la *Ortografía* de Alemán un tratado metódico para la enseñanza de la escritura. El propósito del autor no fue hacer un libro didáctico como los textos destinados al servicio de las escuelas. A diferencia de las demás obras dedicadas a esta materia, la *Ortografía* se distingue por su contenido doctrinal y por sus cualidades literarias. Tan lejos se halla esta obra de ser un tratado ordinario de ortografía como lo está el *Diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés, de ser una gramática. Como ocurre en el *Diálogo*, el interés de la *Ortografía* consiste especialmente en la novedad de sus referencias y comentarios y en el atractivo de su estilo.”

La *Ortografía* tuvo su primera impresión en México, en 1609, por el notable impresor Cornelio Adriano César, en la imprenta de Jerónimo Balli; la extremada rareza de esa edición, al grado que aquí ya no era posible encontrar

un ejemplar íntegramente legible, movió a El Colegio de México a emprender la tarea de hacer una segunda edición, la que me fue encomendada y que, tras largos esfuerzos que no es el caso comentar aquí, se hizo mediante el empleo de monotipos, para poder usar los caracteres especiales que el autor exige en su escritura, como se verá en el texto del libro, tirando 1 500 ejemplares, en diciembre de 1950, en los Talleres Gráficos de la Nación, en la ciudad de México.

Ahora, en esta ocasión en que, como antes dije, la Academia resolvió reeditar esa obra –gracias a la autorización que recibió de El Colegio–, hubo de considerarse el problema que eso presentaba: se vio que había tres posibles maneras de hacer esta tercera edición de la *Ortografía*: una, hacer una edición facsímile de la de 1609; otra, hacerlo así pero añadiendo a la reproducción de la impresión original una versión moderna; tercera, reproducir la edición de 1950 en facsímile, por las condiciones tipográficas que verá el lector, páginas adelante. La Academia se decidió por esta última forma, atendiendo a varias consideraciones, entre ellas la de que las otras dos maneras habían sido ya desechadas cuando se estudió el problema, al preparar la edición de 1950.

Resuelto lo anterior nada hay que añadir al respecto, porque todo va explicado muy por menor en los textos de la Advertencia que puse, hace más de treinta años, a la edición que ahora se reproduce y otras explicaciones van en el estudio de don Tomás Navarro, que sigue a dicha Advertencia.

Un solo problema surgió y es el que en seguida paso a exponer.

En la edición de 1950 puedo afirmar que se hizo todo con el mayor cuidado que fue posible pero, sin embargo, ocurrió este curioso y lamentable accidente: ya vistas y corregidas las pruebas primeras y las de pliego y dado el tírese, hubo seguramente necesidad de algún ajuste de la forma ya en prensa, entonces sucedió que, en una de las

líneas de la página 115 se cayó un tipo (recuérdese que esa impresión se hizo en monotipo, es decir las líneas no estaban fundidas cada una en un lingote, como lo hace el linotipo, sino sueltos cada uno de los pequeños tipos de diez puntos) y al dejar ese pequeñísimo vacío los tipos contiguos de las líneas siguientes hacia abajo se movieron; el prensista no rehizo la forma sino que solamente la volvió a ajustar y procedió a tirar el pliego. El resultado fue que en la página 115, en los finales de las líneas, de la quinta a la duodécima, la última o dos últimas letras no corresponden a la palabra con la que debe terminar cada una de esas líneas.

Como la presente edición es facsímil de la de 1950, resultaba imposible hacer la corrección de las líneas antes mencionadas, a menos que se hubieran dibujado las correcciones en la página dicha, pero se comprenderá que eso era muy difícil y daría mal aspecto y de todas maneras habría que explicar la causa de ello.

La solución adoptada ha sido la de reproducir todo el texto en facsímil, incluyendo las dichas erratas, pero para que el lector, y sobre todo el estudioso de las características ortográficas usadas por Mateo Alemán, pueda entender perfectamente la página tantas veces mencionada, se decidió volver a transcribirla aquí, aunque naturalmente en la escritura moderna, pues se trata solamente de hacerla inteligible al lector, al que le bastará comparar el texto que en seguida se pone, con el que va en la repetida página 115. Ese texto, al que Mateo Alemán le da el título de "Problema", dice así:

"En el tiempo que asistí, sirviendo al rey don Felipe II nuestro señor que está en gloria, en oficio de contador de resultados, en su contaduría mayor de cuentas. Entre otras muchas grandezas que vi en su corte, fue, que habiendo allí llegado de parte de su santidad Pío Quinto, cierto príncipe de la iglesia, para tratar con su majestad negocios de ella, tanto gustó de algunos cortesanos de ingenio, que con curiosidad procuró granjear su amistad, y se la



hizo tan familiar que no sólo se honraba de tenerlos en su posada, y llevarlos en su carroza cuando salía público, mas convidándolos a comer, les daba liberalmente su mesa, haciéndoles muchas particulares mercedes. Tenía de costumbre, luego como se alzaban los manteles, quedarse tratando de varias cosas, curiosidades dignas de tan grande príncipe. Y entre algunas de ellas que llegaron a mi noticia en aquel tiempo fue una, que por ser tan de aqueste propósito, la hice promesa, y quise valerme de ella, pagándola en este lugar, por no quedar adeudado. Tuvo por convidados un día, dos gallardos estadistas, elegantes oradores, y generales en toda conversación, Favelo y Mauricio. Monseñor (como tan discreto y famoso letrado) a quien movía el ánimo a la ciencia, codiciosísimo de saber, por no hacerse”

La Academia Mexicana presenta esta reimpresión de la *Ortografía castellana* de Mateo Alemán, segura de que con ella contribuye a difundir un libro valioso para el estudio de nuestro idioma.

JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

México, enero de 1981.

## ADVERTENCIA

Publicada la *Ortografía*. de Mateo Alemán, en 1609, por causas no bien conocidas llegó a ser uno de los libros más raros de los que salieron de prensas mexicanas en tal época.

Cuando El Colegio de México decidió emprender la no fácil tarea de una segunda edición, entre los muchos problemas surgió, en primer término, el de encontrar un buen ejemplar de aquella primera edición. Trabajo costó vencer este primer escollo: no fue posible hallar en ninguna biblioteca pública un ejemplar completo y en buen estado, que garantizase la perfección indispensable para la copia y la consulta; así, hubo que recurrir a las bibliotecas particulares y la dificultad quedó vencida gracias al Sr. G. R. G. Conway, poseedor de un ejemplar en perfecto estado, quien generosamente obsequió a El Colegio de México una serie íntegra de copias fotostáticas que han servido de base para esta segunda edición que aquí se presenta. En cuanto a todos los obstáculos surgidos a lo largo del trabajo, cansada sería su sola enumeración pues a cada paso se presentaron tropiezos y problemas, hablo en lo que a mí respecta, desde la copia paleográfica, su arreglo conforme a las bases prefijadas, etc., hasta conseguir la impresión de este libro tan fuera de lo corriente pues, como luego se verá, dos letras pide que no existen en nuestro abecedario y menos aún entre los caracteres tipográficos de ninguna imprenta.

Las bases, antes aludidas, para esta segunda edición, fueron puestas por el filólogo don Tomás Navarro Tomás, autor del estudio siguiente que precede al texto de Mateo Alemán. Algunos puntos quedaron resueltos también gracias

a las indicaciones de don Alfonso Reyes, de don Amado Alonso y de don Raimundo Lida.

Con el propósito firme de respetar y conservar el texto original hubo, sin embargo, de reconocerse que serían indispensables algunas modificaciones que, sin alterar dicho texto, corrigiesen algunos errores y evitasen ciertos inconvenientes que la primera edición presenta. Por eso mismo se desechó pronto la idea de reproducir el libro en facsímil, prefiriendo arrostrar las muchas dificultades ya aludidas, con tal de ofrecer un libro con el cuidado y la calidad que corresponden a la obra y a su autor, en primer lugar, así como a la institución que patrocina y autoriza esta nueva edición.

Las modificaciones que esta segunda edición presenta respecto a la primera, son las siguientes que para mayor claridad deseo explicar en sucesivos párrafos:

1. Se modernizó relativamente la acentuación y se la completó. Se han conservado los acentos graves y circunflejos que el texto original tiene, agregando los acentos agudos en las palabras que hoy los llevan. Se uniformaron los acentos graves de la preposición *a* (*à*), suponiendo fundadamente que la falta de algunos en aquel texto se debe a error tipográfico.

2. Ciertas palabras se encuentran juntas, a veces, en la impresión de 1609, (p. ej.: *demanera*) y separadas otras que hoy van unidas (p. ej.: *ser nos*). En tales casos, poco numerosos, se siguió aquí el uso moderno.

3. Se corrigieron las erratas señaladas en la tabla de la primera edición más algunas otras, evidentes, que se encontraron al hacer la paleografía.

4. El texto original, salvo en su última parte, lleva poquísimos signos de punto y aparte. Considerando que eso dificultaría innecesariamente la lectura, se añadieron tales signos al final de los párrafos que se tuvieron por más adecuados, con mucha parquedad, procurando alterar en lo mínimo la edición primera.

5. Como el autor de la *Ortografía* no siguió un criterio determinado en el empleo de las mayúsculas, se prefirió aquí adoptar el uso actual, agregando las que faltaban.

6. Es de uso constante, en nuestros días, poner en caracteres de tipo diferente las palabras que se desea destacar entre las comunes del escrito; así se ha hecho en este libro con las letras o vocablos que el autor pone como ejemplos en diversos casos, aunque la primera edición nada indique al respecto por no ser costumbre en la tipografía del siglo xviii.

7. También para comodidad del lector se desataron las abreviaturas que en la primera edición se encuentran.

8. A pesar de no pocas dificultades se consiguió obtener signos especiales para las letras que Alemán inventa, usando, como en su lugar se verá, la *Ń* en substitución de la *ch*, y el signo *z* en vez de la *r* suave: en ambos casos se siguió fielmente a la primera edición que corrigió el propio Mateo Alemán, de tal manera que si la *z* aquí usada se parece al guarismo del número dos, no cabe sino disculparse con las palabras del mismo autor (Vid. pág. 57), quien ya había sufrido tal reproche que no le impidió elegir ese signo que hoy se vuelve a emplear.

9. El uso de los signos especiales antes mencionados es constante, tal como lo trae la primera edición, en todos los casos en que es necesario para los fines que el autor persigue. Solamente fue imposible emplearlos, por motivos de tipografía, en las líneas de tipo diferente, tales como la portada, los encabezados de los capítulos, las palabras que los inician, las "cornisas" o líneas superiores de cada página y el índice, casos todos ellos que en nada afectan a la comprensión de los principios ni a su aplicación, que esta obra propugna.

10. Se suprimió el empleo de la ese alta o larga (*ſ*), substituyéndola por la ese baja (*s*), de uso actual, salvo en algunos casos de particular ejemplificación, en que resultaba indispensable; tal supresión se hizo por las muy graves com-

plicaciones tipográficas que hubiese acarreado poner esa letra ya desusada y porque el propio autor, como se verá en el lugar respectivo, considera indiferente al escribir usarla o no y, en rigor, emplear los dos tipos de *ese* va contra su doctrina. que quiere un signo para cada sonido.

11. Aunque no parece de primordial interés, se consideró conveniente marcar con el texto de esta segunda edición los folios de la primera, por la utilidad que ello pueda proporcionar en ciertos casos.

12. Tal como lo indica la nota correspondiente en el último capítulo denominado "Problema", que es en realidad un ejemplo concreto del sistema ortográfico que el autor propone, se guardó fidelidad absoluta al original, sin alterar puntuación ni acentos, con sólo las dos excepciones de no emplear la *ese* larga y suprimir la tilde que indica abreviatura, restableciendo la forma plena de las palabras respectivas.

Esta segunda edición se ilustra con cuatro grabados tomados de la primera: el retrato del autor, la portada y los folios 38 y 68 vº, que muestran las principales modificaciones ortográficas que el texto propugna.

Nada más hay que añadir en esta advertencia. Lo relativo al valor filológico de la obra se hallará en el estudio que sigue, del profesor don Tomás Navarro Tomás; en cuanto a lo referente a Mateo Alemán, múltiples historiadores y tratadistas de la literatura castellana proporcionan datos biográficos y bibliográficos que sería superfluo repetir aquí. Ciertamente quedan aún muchos puntos oscuros en la vida de ese escritor, pero nada nuevo podemos ofrecer porque las investigaciones no han avanzado definitivamente en ese campo; el dato más reciente se debe al Dr. Irving Leonard quien publicó, en *Hispanic Review* (Vol. XVII, N° 4, Oct. 1949), un breve estudio y un documento que es un contrato en el que consta que Mateo Alemán tomó en arrendamiento una casa, en esta ciudad de

México, por un plazo de tres años contados del 1º de diciembre de 1609 al 30 de noviembre de 1612. Pero esas fechas corresponden a una época ya conocida, aunque más mal que bien, de aquel autor a quien hoy El Colegio de México rinde el justo homenaje de reeditar esta obra.

JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS.

México, junio de 1950.



## LA ORTOGRAFIA DE MATEO ALEMÁN

La *Ortografía* de Mateo Alemán fué publicada en México en 1609. El autor había llegado a la Nueva España en el verano del año anterior. Tenía ya Alemán en este tiempo sesenta y dos años.<sup>1</sup> Entre las formas usuales de cortesía de las dedicatorias y presentaciones que figuran al principio del libro, Alemán muestra visibles indicios de cansancio y tristeza. Sin medios de fortuna y con quebrantada salud, había venido a México en servicios administrativos, bajo la protección del arzobispo García Guerra. Al salir de Sevilla había liquidado sus asuntos personales, como quien corta lazos y compromisos en la idea de una separación definitiva.

Expresa elocuentemente su admiración por la capital mexicana, a la que llama “ilustre ciudad generosa” en la salutación de la *Ortografía*, y “señora poderosa, princesa del Nuevo Mundo”, en los *Sucesos de García Guerra*. Elogia el mérito de los escritores que realzaban el prestigio del virreinato, ante cuyo estímulo el mismo Alemán parecía sentirse animado con la esperanza de reanudar con nuevo impulso sus propias actividades literarias. Pero se encomienda al mismo tiempo a la benevolencia de la ciudad con emocionadas palabras, presen-

---

1. Nació en Sevilla en 1547. Su padre fué el doctor don Hernando Alemán. También Mateo Alemán estudió medicina en Salamanca y Alcalá, sin que, al parecer, llegara a licenciarse. Durante unos veinte años vivió en Madrid, empleado en la Contaduría Mayor del Reino. La información más importante sobre Mateo Alemán se encuentra en Francisco Rodríguez Marín, *Discurso de ingreso en la Academia Española*, Madrid, 1907; Francisco A. de Icaza, *Sucesos reales que parecen imaginados de Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva y Mateo Alemán*, Madrid, 1919; Samuel Gili Gaya, Prólogo al *Guzmán de Alfarache*, en *Clásicos Castellanos*, Madrid, 1926; Angel Valbuena Prat, *Historia de la literatura española*, Barcelona, 1937, II, 84-90.



tándose como trabajador necesitado de una sombra donde reponerse de una larga y rigurosa jornada.

Mucho tiempo antes, en 1582, cuando Alemán sólo contaba treinta y cinco años y aun no había empezado a darse a conocer como escritor, había tratado de trasladarse a México, en donde un pariente suyo, el doctor Alonso Alemán, había alcanzado alta posición como jurista y como profesor de la universidad. Por razones desconocidas, el expediente de embarque de Mateo Alemán quedó paralizado en aquella ocasión en las oficinas del Consejo de Indias. Cuando veintiséis años más tarde realizó Alemán este viaje, la fama de su nombre era tanta como la escasez de sus medios económicos y el amargor de sus experiencias.<sup>2</sup>

El *Guzmán de Alfarache*, cuya primera parte apareció en Madrid en 1599, fué el libro español más leído durante varios años a principios del siglo XVII. Las prensas españolas y extranjeras hicieron de esta obra numerosas ediciones, de las cuales apenas obtuvo Alemán provecho práctico. En el año 1600, el *Guzmán*, reimpresso dos veces en Madrid, tuvo además ediciones en Barcelona, Lisboa, Coimbra, Bruselas y París. En la *Ortografía* no hay referencia alguna de satisfacción ni de queja respecto al famoso *Pícaro* que gozaba de tanto favor y popularidad mientras su autor buscaba humildemente en México refugio y apoyo para su vejez.

No aparecen en la *Ortografía* los elogios de escritores amigos, como era costumbre encabezar los libros de aquel tiempo. El carácter de Mateo Alemán debió ser poco inclinado a gestionar tales cortesías. Sin embargo, varios autores espa-

---

2. La producción literaria de Mateo Alemán no se manifestó hasta los últimos años de su vida. Había pasado de los cincuenta cuando escribió el prólogo para los *Proverbios morales* de Alonso de Barros, Madrid, 1598. Después publicó el *Guzmán de Alfarache*, primera parte, Madrid, 1599; segunda parte, Lisboa, 1604; *San Antonio de Padua*, Sevilla, 1604; *Ortografía castellana*, México, 1609; Elogio al libro *Vida del padre maestro Ignacio de Loyola*, de Luis de Belmonte Bermúdez, México, 1609; *Sucesos de don fray García Guerra y Oración fúnebre*, México, 1613; *Arancel de necesidades y descuidos ordinarios*, Valencia, 1615. La bibliografía de Mateo Alemán fué publicada por Raymond Foulché-Belbosc en la *Revue Hispanique*, XLII, 1918; págs. 481-556.

ñosles le habían rendido homenaje al frente de la primera parte del *Guzmán*, y otros varios, españoles y portugueses, habían reiterado su aplauso en la segunda parte, impresa en Lisboa, 1604.<sup>3</sup> En los meses que Alemán llevaba en México cuando apareció la *Ortografía* no debió hallarse en situación de cultivar relaciones ni amistades en los círculos literarios de la ciudad. Al pie de la lista de erratas de esta obra, el autor advierte que la corta vista y larga enfermedad le disculpaban de no haber podido revisar la impresión con el cuidado necesario.<sup>4</sup> En suma, la única ofrenda que Alemán tuvo en la *Ortografía* fué la del censor, fray Diego Contreras, quien, dentro del rutinario estilo de la aprobación del libro, no deja de aludir a la fama del autor.

Alemán pasó en México los cinco o seis últimos años de su vida. Acaso en este tiempo su semblante y figura no correspondían ya exactamente al retrato que se ve al frente de la *Ortografía*. Este dibujo, cuyo molde debía conservar Alemán con cierta predilección, es el mismo que había aparecido anteriormente en otras publicaciones del autor, desde la primera parte del *Guzmán*, y que con ligeras huellas de arrugas en la frente y ojos se repetía en los *Sucesos*, 1613.<sup>5</sup> La carga de sus enfermedades y preocupaciones se vió aumentada al final de sus días con los azarosos y desgraciados acontecimientos que turbaron la actuación del prelado y virrey con quien había venido al Nuevo Mundo. Los *Sucesos* son un noble testimonio de justicia y gratitud en defensa de fray García Guerra, frente a las supersticiosas interpretaciones que los accidentes del gobierno y la repentina muerte de este personaje habían suscitado.

3. También al frente del *San Antonio de Padua*, Sevilla, 1604, se encuentran elogios de varios escritores, entre los cuales figura Lope de Vega.

4. En realidad la imprenta mexicana de Jerónimo Balli, a cargo del experto holandés Cornelio Adriano César, compuso e imprimió la *Ortografía* con notable esmero, no obstante la complejidad tipográfica del libro.

5. Foulché-Delbosc, en el trabajo antes citado, incluye una sección bajo el título de *Le portrait de Mateo Alemán*, págs. 554-556; pero ya Miss Alice H. Bushee había dado noticias más completas sobre este asunto en la misma *Revue Hispanique*, 1911, XXV, 425-428.

Se supone que Alemán murió en México hacia 1615.<sup>6</sup> No se conoce la fecha exacta de su fallecimiento ni el lugar en que se enterraron sus restos. El alegre y venturoso peregrino, como él se llamó en un pasajero esfuerzo de esperanza, halló en la Nueva España el fin próximo que sus presentimientos le auguraban desde que salió de su tierra andaluza.

Manifiesta el mismo Alemán que la *Ortografía* había sido escrita en España y, dando muestras del lugar preferente que esta obra ocupaba en su estimación, declara que es el único manuscrito suyo que al emprender el viaje había escogido para traerla como presente, entre otros que tenía en preparación: "No (se) lo pude imprimir por no tenerlo acabado cuando me dispuse a pasar a estas partes; y porque, como el que viene de otras estrañas, tuve por justa cosa traer conmigo alguna con que, cuando acá llegase, manifestar las prendas de mi voluntad. Y entre otras elegí sola ésta que me pareció a propósito en tal ocasión".

La flota en que Mateo Alemán había de trasladarse a México tenía que haber salido de España en 1607. Por diversos motivos la partida se retrasó hasta el verano del año siguiente. Se ha dicho que en ese intervalo debió ser cuando el autor realizó la redacción de la *Ortografía*,<sup>7</sup> pero realmente se hace difícil de admitir que en tales meses de preocupación e impaciencia estuviera Alemán en humor de ocuparse de detalles y reformas de escritura. La obra por sí misma produce la impresión de haber sido compuesta sin ningún apresuramiento, como resultado de un período de trabajo en que el autor estaría más entregado a sus actividades literarias que a los preparativos de su viaje.

6. Alemán residía en el pueblo de Chalco, México, en 1615, según J. Toribio Medina, *La imprenta en México*, Santiago de Chile, 1909, II, 43.

7. Un pasaje de la *Ortografía* alude a la visita que Alemán hizo a un pueblo del condado de Niebla al tiempo que se ocupaba de la redacción de este libro; pero esa visita pudo ocurrir antes de la fecha de 1607 a 1608 que Rodríguez Marín supuso. Alemán tenía, por lo visto, en esos pueblos, familiares a quienes visitaría en más de una ocasión.

El hecho es, en todo caso, que el texto de la *Ortografía*, terminado e impreso en México, fué redactado en su mayor parte en España. La avanzada disposición en que dicho texto se encontraría se deduce de las palabras con que el autor lo ofrece a México como presente de huésped recién llegado y asimismo de la rapidez con que se hizo la publicación, a pesar de la enfermedad que el escritor sevillano sufrió en los primeros meses de su nueva residencia.

El medio español en que la *Ortografía* fué elaborada se refleja en las numerosas alusiones que el autor hace respecto a personas y lugares relacionados con sus propios recuerdos. Un aspecto especialmente interesante de este libro consiste, en efecto, en ser la obra en que se encuentran más noticias acerca de la poca conocida vida de Alemán, el cual se refiere, entre otras cosas, a la enseñanza que recibió de sus maestros de primeras letras; al viejo soldado Montesdeoca, a quien conoció de niño; a los años en que estudió en Salamanca y Alcalá; al tiempo que pasó en Madrid empleado en la administración de cuentas del reino; a las atenciones que había recibido de los portugueses; a las explicaciones que el maestro de Felipe III le dió de cómo había enseñado a escribir a su discípulo; a la visita que hizo a un pueblo del condado de Niebla y al disparatado modo de hablar del escribano de dicho pueblo.

Dentro del cuerpo de la obra no hay observación alguna que se refiera a cosas mexicanas. Hay una referencia general a América, sin visible relación con la residencia del autor, en el pasaje en que Alemán arguye contra los que se oponen a la reforma de las cosas antiguas: "Es decirnos que dejemos la importancia del Nuevo Mundo y riquezas descubiertas por que los antiguos pudieron pasar sin ellas". Otra mención al Nuevo Mundo se encuentra al final del libro en las páginas en que se describe la tempestad con que alegóricamente comparaba Alemán el proceso de la redacción de su trabajo. El carácter de este pasaje, de rasgos literarios semejantes a los de la tempestad descrita en la *Diana* de Gil Polo, aunque de

tono más sobrio y enérgico, tampoco ofrece apoyo a la idea de que tal descripción se fundase en experiencias recogidas por el autor en su viaje a México. El tema de la tempestad había sido utilizado anteriormente por el mismo Alemán en la segunda parte del *Guzmán de Alfarache*, en forma más extensa y descriptiva que en la *Ortografía*.

Las referencias a México se encuentran, como queda indicado, en la elocuente página de salutación a la ciudad, en la dedicatoria a don Juan de Billela, visitador general de la Nueva España, y en la aprobación del libro por el maestro fray Diego de Contreras. El prólogo dirigido al lector, aunque no haga alusiones relativas al cambio de residencia de Alemán, ofrece indicios, por lo menos, de haber sido escrito con posterioridad a los capítulos de la obra y deja percibir cierta gravedad y preocupación que le hacen asemejarse más al tono de la salutación preliminar, escrita en México, que a los capítulos siguientes. Falta de salud y de humor debió ser la causa de que hombre tan observador como Alemán no aprovechara el repaso de su manuscrito, antes de entregarlo a la imprenta, para intercalar alguna noticia respecto a las costumbres y lenguaje del nuevo ambiente en que vivía.

Al escribir sobre cuestiones ortográficas, Alemán se incorporaba a una tradición en la que le habían precedido varios escritores españoles. A lo largo del siglo XVI la lengua había realizado importantes cambios fonéticos. La escritura medieval que aun en tiempos de Nebrija ofrecía una correspondencia relativamente efectiva con la representación gráfica de las palabras, resultaba en desacuerdo visible con la situación del idioma a principios del siglo XVII. La modificación de la ortografía con arreglo a las condiciones de la lengua moderna había sido suscitada en varias ocasiones, si bien la materia, por lo que tocaba al castellano, estaba lejos de ofrecer exigencias tan notorias como las que por el mismo tiempo se debatían con relación a otros idiomas.

Nebrija había indicado, primeramente en su *Gramática*, 1492, y después en sus *Reglas de ortografía*, 1517, ciertas modificaciones que a su juicio convenían para mejorar la claridad de la escritura española. La actitud de Juan de Valdés respecto a cuestiones ortográficas respondía a puntos de vista personales que en la fina dialéctica del autor del *Diálogo de la lengua*, 1536, acaso disimulaban opiniones semejantes a las del autor anónimo de la *Gramática de la lengua vulgar de España*, Lovaina, 1559, quien después de advertir que en la escritura española había letras sobradas, indiferentes y hasta impertinentes, añadía: “lo cual se debería enmendar, y yo lo haría de buena gana si estuviera España fuera de tutela”. La mayor parte de los ortografistas españoles del siglo XVI —Vanegas 1531, Robles 1535, Villalón 1558, Torquemada 1574, López de Velasco 1582— se habían limitado a repetir esencialmente las reglas de Nebrija, con más o menos tendencia a la imitación de la escritura latina. Ambrosio de Morales resumía la opinión dominante al decir que la ortografía castellana estaba ya tan simplificada que no requería nuevos cambios.

Aparte de ejemplos individuales como el del vizcaíno Pedro de Madariaga, quien en su *Honra de escribanos*, Valencia, 1565, insistía en la necesidad de signos especiales para las consonantes *ch*, *ll* y *ñ*, la corriente más importante en defensa de la reforma de la ortografía fué la que se produjo entre los escritores sevillanos. El aspecto más moderado de las ideas más moderadas de este grupo se reflejó en el criterio seguido por Fernando de Herrera en la edición de sus *Anotaciones a las Obras de Garcilaso*, 1580. La doctrina de Mateo Alemán representó por su parte la posición más avanzada de aquel movimiento, cuyo origen se enlazaba probablemente con las enseñanzas y estímulos sembrados por la famosa academia sevillana del maestro Juan de Mal Lara.

Dentro de la aceptación general del principio de la subordinación de la letra al sonido, existe en todas las lenguas de manera permanente la pugna más o menos viva entre los

tratadistas conservadores, partidarios de mantener las particularidades ortográficas establecidas por la tradición, y los innovadores y reformistas, defensores de la simplificación de la ortografía sobre la base de la correspondencia efectiva entre la pronunciación y la escritura. Es un hecho conocido la relativa sencillez alcanzada por la ortografía española bajo la influencia predominante del criterio fonético. Aparte de la popular preferencia por la representación gráfica de forma más clara y directa, cabe pensar que no sea ajeno a esa inclinación el ejemplo del hebreo y del árabe, lenguas que convivieron con el castellano dentro del territorio peninsular durante los siglos más decisivos en la definición gramatical de este idioma.

No es la *Ortografía* de Alemán un tratado metódico para la enseñanza de la escritura. El propósito del autor no fué hacer un libro didáctico como los textos destinados al servicio de las escuelas. A diferencia de las demás obras dedicadas a esta materia, la *Ortografía* se distingue por su contenido doctrinal y por sus cualidades literarias. Tan lejos se halla esta obra de ser un tratado ordinario de ortografía como lo está el *Diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés, de ser una gramática. Como ocurre en el *Diálogo*, el interés de la *Ortografía* consiste especialmente en la novedad de sus referencias y comentarios y en el atractivo de su estilo.

La fórmula de la escritura fonética divulgada por Nebrija adquiere en labios de Alemán una modernizada redacción: "La letra tuvo principio y se inventó sólo para conseguir un fin, de dar noticia en presencia de las cosas en que interviene ausencia".<sup>8</sup> Pero Alemán refuerza esta doctrina con consideraciones de alcance más extenso. No son precisamente

8. En otra ocasión insiste en que "la letra es entre los ausentes noticia de la voz de los presentes". Nebrija había dicho que las letras se habían inventado "primeramente para nuestra memoria y después para que por ellas pudiésemos hablar con los ausentes y los que están por venir", *Gramática castellana*, reed. de I. González Llubera, Londres, 1926, pág. 18. Aunque Alemán no menciona concretamente la *Gramática* ni la *Ortografía* de Nebrija, no hay motivo para pensar que desconociera estos libros, como supuso Mayans y Siscar, *Specimen bibliothecae hispano mayansiense*, Hannover, 1753, pág. 139.

razones de orden práctico las que sirven de fundamento a las reformas que Alemán propone. Los motivos en que apoya el lugar preferente de la pronunciación en la representación de la palabra son los mismos que a su juicio debían observarse entre la obra artística y la naturaleza que le sirve de modelo. La pronunciación, decía Alemán, es el original, y la escritura, la copia. Entre ambas formas de la palabra, la pronunciación representa la parte más noble: "Y pues la ortografía es un arte de bien escribir, y el escribir es copia del bien hablar, en razón está puesto que se debe sacar todo traslado con toda fidelidad, que aquel retrato será mejor que se pareciere más a su dueño", f. 19v°

De acuerdo con esta opinión, Alemán realza la función de la palabra hablada recordando la teoría pitagórica de la posición del hombre en el conjunto armónico del universo. La relación entre la palabra y la música, tratada con especial atención en el primer capítulo de la *Ortografía*, sirve de punto de referencia en el desarrollo de toda la obra. Algunos pasajes hacen presente el recuerdo de fray Luis de León: "El mundo está compuesto con armonía de sonos; el cielo se revuelve con música y consonancia". Numerosos detalles indican que Alemán debió ser particularmente sensible a las impresiones del sonido. Algunas consonantes, como la *ll* respecto a la *l*, y la *ñ* respecto a la *n*, le parecen corresponderse entre sí como notas semitonadas. Percibe grados diferentes de intensidad o sonoridad en otros casos, como entre la *d* interior y final de *maldad*, o entre la *s* de *casa* y la de *escasamente*. Rechaza por razón de mal sonido la forma *Castilla Vieja* que algunos escribían en lugar de *Castilla la Vieja*, y subraya la importancia de huir de hiatos y cacofonías: "Porque en esto consiste la mayor parte de la dulce pluma y lengua: evitar las ofensas del oído", f. 79.

Tuvo Alemán idea exacta de que el valor expresivo de la palabra no consiste tanto en la pronunciación de los sonidos como en los efectos de la entonación. Advertía que la comunicación exacta y cabal sólo se logra mediante las afini-



dades de resonancia que los sonidos hablados o escritos provocan entre aquel que los produce y el que los percibe, como ocurre con las notas musicales entre instrumentos igualmente acordados. Sus referencias sobre los diversos sentidos posibles de una exclamación muestran la claridad con que Alemán sabía reconocer la función significativa de las inflexiones de la voz. Aunque no dió explicaciones especiales sobre la manera de representar estos hechos en la escritura, no deja de apreciarse el esmero con que trató de poner en práctica la transcripción gráfica de las partes de las cláusulas, “de manera que se conozca por ellas el ánimo del que lo escribí”, f. 17v<sup>o</sup>. Se puede ver que, en efecto, los grupos fónicos o unidades melódicas ofrecen en la *Ortografía* una puntuación en que se atiende a las circunstancias afectivas de las palabras más que a su orden gramatical.<sup>9</sup>

Muestra igualmente la *Ortografía* el lugar que ocupaba en el ánimo de Alemán, al escribir este libro, la defensa, ante las demás naciones, de la reputación de la lengua castellana. El mismo sentimiento, expresado en varias formas por otros escritores de aquel tiempo, había movido también al cronista don Juan López de Velasco a corregir irregularidades de escritura que entorpecían la enseñanza entre españoles y extranjeros.<sup>10</sup> Elogia Alemán la claridad de la prosodia española

9. La colocación de las comas va guiada ordinariamente en la *Ortografía* por la composición fonológica de las frases: “Así habré de pasar el tiempo que viviere, siendo muy propio de los presentes, andar perseguidos hasta la muerte”. “La luz natural habrá dádoles vista, y me tendrán ausente de la suya”. El punto y coma no corresponde siempre como en la escritura moderna a división de cadencia, sino que en muchos casos, que no pueden obedecer a errata casual, señala la cúspide de la frase en que se dividen prótasis y apódosis: “Y entre otras; elegí sola ésta que me pareció a propósito en tal ocasión”. “Ya los años y la verdad; me dan atrevimiento a tomar la mano, después de dar noticia con este libro”. “Y pues de lo dicho no puede haber ni hay duda; tampoco la tengo en que vuestra ilustrísima señoría, sentencia mi parte, por mejor probada y más fundada”.

10. Juan López de Velasco, *Ortografía y pronunciación castellana*, Burgos, 1582. Los pasajes de esta obra y de la de Alemán en que se hace la exaltación de la lengua aumentan las referencias a este asunto coleccionadas por J. F. Pastor, *Las apoloías de la lengua castellana en el Siglo de Oro*, Madrid, 1929.

debida a su juicio a la pureza de los sonidos y al acierto con que la lengua había logrado “tener en la voz los acentos”, sin necesidad de mixturas ni de elementos doblados ni “flautados”. Pondera con admiración la riqueza y elegancia de estilo alcanzada por los escritores españoles, y en términos semejantes a los que Nebrija había usado en el prólogo de su *Gramática*, expresa la idea de que la perfección de la lengua era tan alta que “si pasare de aquí será para declinación”. Coincide con otros contemporáneos suyos al decir que el ingenio español había logrado elevar su renombre hasta igualar las letras con las armas, y añade que era sobre todo la lengua española la que por virtud de sus producciones literarias, que son también armas y riquezas, podía aspirar a la conquista de la admiración, envidia y respeto de los demás países. En sus sentimientos patrióticos, Alemán no dejaba de tener presente el nombre de México, a cuyo prestigio trataba de contribuir, mostrando cómo “desde tierra nueva de ayer descubierta” se extendían enseñanzas provechosas para las demás naciones. Acaso es este pasaje del prólogo de la *Ortografía* el único lugar en que el autor, tan descontentadizo de ordinario, se muestra ufano de su propia labor: “Bien satisfecho estoy que tendrán conocido cuánto, con todo mi posible, tengo trabajado para llegar a este punto”.

En la larga polémica acerca de las ventajas de unas lenguas sobre otras, contestaba Alemán con gráfica originalidad al cargo que solía hacerse contra el español por los materiales que éste había recogido del árabe y de otros idiomas: “Todo es verdad, no se lo niego; mas ha sido como el mayo de Portugal, que lo cargaron de joyas y se alzó con todas”. La lengua española, añade, “está hoy como novia, compuesta, hermosa y bien aderezada de cuanto se le podía hallar y traer”. “Aquesta capa de pobre, hecha de remiendos, ya están todos cosidos y llenos de doblones, y vale hoy más que rica librea de juego de cañas”. Más adelante, comparando la acción de los españoles con la de los antiguos romanos, afirma de manera rotunda

su sentimiento nacional: “Estimo en mucho el habernos dado tan buena maña, que hayamos llegado a ser cabeza de bando, hablando y escribiendo libremente, dando métodos y comunicando frasis, como ellos en su tiempo, que agora es nuestro”. En este mismo lugar el autor, al rechazar que el español deba supeditarse a la imitación del modo de escribir de griegos o latinos, subraya el error de “mostrarnos más de aquestos que de aquellos, pudiendo ser propios nuestros”, a lo cual añade una frase que bajo su aparente arrogancia hace sentir una concentrada aspiración respecto al difícil cultivo de ese propio y peculiar modo de ser: “Eso es el ser castellano, diferenciar de todos en todo”.<sup>11</sup>

Las modificaciones ortográficas defendidas por Alemán son de tres géneros distintos. Unas proponen signos especiales para la representación de ciertos sonidos. Otras tratan de evitar duplicidad de signos y funciones en la relación entre sonidos y letras. Otras tienden a evitar formas de grafía culta que no concordaban con la pronunciación real. Aunque varios autores, desde Nebrija, habían tratado de la conveniencia de introducir algunas de estas reformas, ninguno había presentado el asunto con la unidad y extensión con que Alemán lo hace.

La innovación en que el autor puso mayor empeño fue la relativa a la sustitución de la *ch* por una simple *c* invertida: *muço, noçe*, en lugar de *mucho, noche*. Nebrija había pensado que bastaba señalar la *ch* añadiendo al palo de la *h* un pequeño trazo transversal. El signo *ç* que Alemán adoptó había sido propuesto por Pedro de Madariaga en 1565. El inconveniente de esta innovación consistía, como se ve, en proponer

---

11. La ponderación de lo castellano se encuentra también en otros pasajes de la *Ortografía*. Refiriéndose a las letras del alfabeto dice: “trabajen y suden sirviendo sus oficios para que donde quiera que lleguen vayan tan bien disciplinadas que las estimen y respeten como a españolas y en especial castellanas”.

un signo extraño, sin apoyo en la tradición del español ni de ninguna otra lengua. Otro cambio importante e igualmente desligado del uso nacional y extranjero consistía en servirse de la *r* gótica (2), tomada de los códices antiguos, para representar el valor de la *r* suave o simple, y de la *r* de figura ordinaria para el sonido fuerte o múltiple, con lo cual resultaba innecesaria la doble *rr*. Quería Alemán además que se desterrase la *k*; que la *g* fuese sustituida por la *j* cuando precede a las vocales *e*, *i*; que se suprimiera la *u* muda de *que*, *qui*; que se escribiera *n* en lugar de *m* delante de *p* y *b*, *canpo*, *sonbra*, y que la *y* se escribiera *i* cuando es conjunción y siempre que sirve como vocal, como en *rey*, *soy*. Pedía también, como otros tratadistas, que la *q* fuera sustituida por la *c* en *quanto*, *qual*, etc.

La *Ortografía* censura grafías latinizantes que entonces solían emplearse, como *auctor*, *augmentar*, *sciencia*. Había quien se esforzaba en pronunciar literalmente tales palabras, incurriendo en afectación semejante a la que hoy suele observarse en *subscripción*, *psicólogo* u *obscuro*, entre personas especialmente inclinadas a la dicción purista. Decía Alemán con fuerte tono irónico que a los que de este modo presumían de *discreptos* se les podía tildar de *nepcios*. Del mismo modo señalaba a los que presumían escribiendo *Phelipe* en vez de *Felipe*, y pedía que se suprimiera la *h* de *cithara* “que le daña las cuerdas y suena mal con ellas”. A cualquier vocablo traído de otro idioma se le debe acomodar a la manera castellana, “haciéndole guardar los fueros de donde se hizo vecino”. Anticipándose a la polémica del culteranismo, censuraba Alemán la imitación de la lengua latina, a la cual representaba como madre viuda y rica explotada por hijos ociosos y traviesos.

Incluían, por último, las modificaciones de Alemán la reducción de los nombres de las letras, descargándolos de los elementos ajenos al sonido que cada signo representa. Era este principio parte esencial de la enseñanza de la palabra a los sordomudos, inventada por fray Pedro Ponce en San Sal-

vador de Oña a mediados del siglo XVI y continuada por Manuel Ramírez de Carrión en Murcia y Andalucía a principios del XVII. Ramírez de Carrión que pasó la mayor parte de su vida en Montilla al lado de su discípulo, el sordomudo Marqués de Priego, aplicaba también la reducción de los nombres de las letras a la enseñanza de las personas normales. Un amigo de Carrión, el maestro Juan Bautista de Morales, seguía ese mismo método en su escuela de Aguilar. La idea de Alemán acerca de dicha reducción era menos estricta que la que se practicaba en la enseñanza de los sordomudos, expuesta por Juan Pablo Bonet en su *Reducción de las letras y arte de enseñar hablar los mudos*, Madrid, 1620.<sup>12</sup>

Era natural que las innovaciones de Alemán encontraran numerosos contradictores. El autor dirige sus réplicas especialmente contra los maestros de escuela. En las controversias que sobre estas materias debió tener, los maestros fueron probablemente sus adversarios más tenaces. Aunque elogia el acierto con que los antiguos establecieron las bases de la escritura española, Alemán sostiene la razón y conveniencia de acomodar las normas establecidas a las condiciones de la lengua moderna. La ortografía, a su juicio, necesitaba desechar usos pasados de ocasión, de la misma manera que la lengua había desterrado expresiones envejecidas, como *las vegadas, ome, nusco, atañe, tenudos, fijos, maguer y desaguisado*. Su intención adquiriría sentido más extenso cuando representaba el culto incondicional a la antigüedad, en la figura del viejo soldado Montesdeoca, quien daba más aprecio a un romo puñal heredado de su bisabuelo que a un rico majuelo andaluz.

Alemán prescindió de la doble *ss* que la ortografía española continuó usando en el siglo XVIII: "Si en el superlativo la voz no hiere más de una *s*, ¿para qué tengo de poner dos ni dezir *boníssimo*, siendo durísimo a el oído sufrir tan arrogan-

12. Alemán da noticia de haber conocido en la corte a mudos de nacimiento que sabían escribir, 82v, los cuales eran probablemente discípulos de fray Pedro Ponce o de alguno de los que continuaron sus enseñanzas, antes de Ramírez de Carrión y Juan Pablo Bonet.

tes eses?" f. 12. Como mera concesión de orden tipográfico, en contradicción con su propia doctrina, mantuvo la ese de trazo alto en posición inicial e interior de palabra, y la redonda o baja, en posición final, no obstante haber advertido que "verdaderamente hablando, es indiferente; ni daña ni aprovecha".

Introdujo también Alemán tácitamente en el texto de la *Ortografía* la sustitución de la *x* y la *g* por la *j*, en palabras como *dijo*, *tejer*, *ejército*, *jénero* y *rejión*. Sin embargo, sus indicaciones sobre la pronunciación de la *x* parecen corresponder al sonido palatal fricativo tradicionalmente representado por esta consonante, mientras que lo que advierte refiriéndose a la *j* sugiere más bien una articulación posterior, al parecer aspirada, en que la lengua, según el autor, necesitaba retirarse, dejando que el sonido se formase "entredientes con sólo el aliento". f. 74. Otros testimonios de la misma época revelan igualmente esta situación vacilante por la cual pasaron sin duda las consonantes mencionadas hasta llegar a la igualdad fonética que hoy ofrecen.<sup>13</sup>

Respecto a la *b* y *v* da a entender el autor que la primera debía pronunciarse como sonido bilabial y la segunda como labiodental. Pero al lado de esto manifiesta que la semejanza y afinidad que hay entre ambas consonantes hacía que muchos las trocasen, especialmente en Castilla la Vieja. Ya en aquel tiempo la *v* labiodental parece que tenía más partidarios en Andalucía que en Castilla, como hoy mismo sucede, aunque en realidad las clases populares, que representan más espontáneamente la tradición local, hayan desconocido siempre la citada pronunciación de la *v*, tanto en Castilla como en Andalucía. Alemán consideraba estas consonantes entre las que se podían dejar al beneplácito de cada uno, sin que fuera posible dar reglas fijas para usarlas con acierto. La *Orto-*

13. El nombre de México está escrito con *x* en la portada de la *Ortografía* y con *j* en la aprobación del libro y en la página de salutación a la ciudad.

*grafía*, siguiendo con bastante regularidad en este punto las normas nebricenses, escribe *aver*, *barva*, *bolver*, etc.

Otras dos consonantes a cuya confusión alude Alemán son la *ç* y la *z*. Decía de ellas que andaban mezcladas entre andaluces, reino de Toledo y castellanos viejos. Describe la pronunciación de la *ç* diciendo que “se hace con lo interior de la lengua en el nacimiento de los dientes altos”. Parece referirse a una articulación predorsodental, probablemente africada. Es evidente que Alemán, de manera más o menos teórica, trataba de hacer diferencia entre las consonantes mencionadas, conservando una tradición que por aquellas fechas aun no debía estar tan borrosa como la de la *x* y *j*, reducidas en la *Ortografía*, como se ha visto, a un solo signo. No explicó el autor de qué modo se producía el sonido de la *z*, con lo cual dejó en situación bastante vaga la comparación de tal sonido con el de la *ç*. La *Ortografía* sigue con regularidad el uso antiguo escribiendo de una parte *cabeça*, *traço*, *fuërça*, y de otra *hazer*, *dezir*, *senzillo*, etc.

Al mismo tiempo que a la confusión de *ç* y *z*, Alemán se refiere a la de *ç* y *s*. La primera vez que menciona este asunto atribuye concretamente la confusión de *ç* y *s* a Andalucía, extendiendo a toda la región impresiones fundadas sin duda en la experiencia sevillana del autor. Alemán reconocía que su propio modo de hablar no estaba libre de la mezcla de dichos sonidos. En otras ocasiones la referencia conjunta a la confusión de *ç* y *z* y de *ç* y *s*, como hechos concernientes a Andalucía y Castilla, ofrece cierta oscuridad en cuanto a la correspondencia de tales hechos, si bien parece fundado interpretar que la confusión que el autor relacionaba con Castilla era la de *ç* y *z*, mientras que la de *ç* y *s* sin duda la asignaba sólo a Andalucía. En la *Ortografía* ocurren muy pocos ejemplos de confusión entre *ç* y *s*. Fuera de *piesas* por *pieças*, f. 20vº, no parece que haya ningún otro caso de seseo de *ç* que el que se encuentra en *consejo* por *concejo*, apoyado por la semejanza entre ambos vocablos, f. 52. El ceceo de la

s sólo aparece bajo condiciones de asimilación o disimilación: *disención* f. 18v°, *ecencial* f. 25v°, f. 57v°, *nececidad* f. 68.<sup>14</sup>

No hace Alemán ninguna referencia a la confusión entre la *z* y la *s*, pero el texto mismo de la *Ortografía* ofrece muchos testimonios de este fenómeno. Los casos más abundantes son aquellos en que la antigua *s* sonora se ve sustituida por la *z*. La sustitución parece favorecida en algunas palabras por la vecindad de la *c*: *mezas* f. 2v°, *azir* 9, *caze* 9v°, *franzeza* 10v°, *preciza* 12v°, 63, *lizamente* 16, 58v°, *aviza* 18v°, *perezozos* 20, *Cezar* 23, 46, *Blazón* 24, *forçozas* 25, 30v°, *pezara* 41v°, *loza* 52v°, *forçozo* 57v°, *forçozamente* 58v°, *braza* 59v°, *bezan* 76, *bezare* 76°, *franzezes* 81v°. Fuera de la posición intervocálica figuran *díeztreza* 2v° y *revez* 70.

La sustitución de la *z* por la *s* es en las páginas de la *Ortografía* mucho menos frecuente que la de *s* por *z*, y afecta sobre todo a la *z* final de palabra: *ajedrés*. *vejés* 3, *asperesa* 12, *jusgo* 12v°, *vasiarlo* 17v°, *niñés* 20, *cosinero* 27v°. *desnudes* 42, *ves* 52v°, 54v°. *desapasible* 63v°. La confusión entre *z* y *s* y entre *ç* y *s*, más avanzada seguramente en el habla de Sevilla de lo que la *Ortografía* representa, no se daba en el mismo grado, según de estos datos puede deducirse, en ambas parejas de sonidos, ni ofrecía igual desarrollo en todas las posiciones o combinaciones de los mismos.<sup>15</sup>

Alemán que, como se ha visto, aludió con cierta insistencia a las vacilaciones que en España ocurrían en la pronun-

14. La forma *cinoria*, señalada humorísticamente por Alemán como sustituto monjil de *zanahoria* o *zanoria*, trataba sin duda de evitar la relación con *san*. Otro juego de palabras fundado en la confusión de *c* y *s* se lee en el *Guzmán* a propósito de las palabras *senadores* y *cenadores*: "Teníamos una vida que los verdaderos senadores —y aun comedores— nosotros éramos, que aunque no tan respetados, la pasábamos más reposados", ed. La Lectura, II, 206. En el mismo *Guzmán* ocurre *acechar* con *c* y con *s*: "estuve mirando y asechando", IV, 198; "como balletero puesto en acecho", V, 40.

15. Por ese mismo tiempo el aseo hispanoamericano, por lo menos en los textos literarios, era también un hecho condicionado y no una práctica general, según los datos de A. Alonso, *La pronunciación americana de la z y de la c en el siglo XVI*, en *Universidad de la Habana*, 1939, VIII, núm. 23, págs. 62-83.



ciación de las consonantes mencionadas, no hizo referencia a que en México ocurriera nada semejante. Claro es que su silencio no puede interpretarse como indicio de que la confusión entre *ç*, *z* y *s* estuviese por aquel tiempo menos avanzada ni fuera menos fácil de apreciar en México que en Sevilla. Ya se ha visto que el texto de la *Ortografía* fué escrito antes de que el autor viniera a América y que la publicación se hizo en circunstancias en que Alemán ni siquiera pudo revisar convenientemente el trabajo de la imprenta.<sup>16</sup>

Cabe sospechar que los ejemplos en que el libro mezcla las consonantes *s* y *z* vinieran a introducirse en la *Ortografía* por mano del tipógrafo que compuso la obra, sin que figuraran en el manuscrito original. Se comprende que formas como *mezas*, *azir*, *preciza*, *perezozo*, etc., no podrían pasar fácilmente del manuscrito al libro sin llamar la atención de dicho oficial, mientras que, por el contrario, pudo éste componerlas por su cuenta sin que el autor tuviera parte en ellas. La influencia de un cajista de insegura ortología podría suponerse especialmente en un pasaje en que Alemán compara ciertas palabras con *ç*, *z* y *s* para dar idea de los contrasentidos que pueden resultar de la mezcla de dichas consonantes. En ese pasaje, fol. 52, en que la ortografía correcta era indispensable para el propósito del autor, ocurren confusiones que oscurecen el sentido, como se ve en el hecho de haber impreso *braza* por *brasa*, *loza* por *losa* y *consejo* por *concejo*.

Aclara este punto el repaso de otro libro, el *Cathecismo en lengua castellana y tymuquana*, de fray Francisco Pareja, impreso en México en 1612, en la imprenta de la viuda de Pedro Balli. Supone don José Toribio Medina que esta imprenta era la misma de Jerónimo Balli que compuso la *Ortografía*. Seguía al frente de ella el holandés Adriano César,

16. Al hablar de la confusión mencionada, Alemán no emplea ningún término del que pueda deducirse que se refería a impresiones de Andalucía recordadas desde México. Amado Alonso acepta esta modificación a la referencia que dió del pasaje pertinente en su citado artículo.

mencionado en la portada del libro de Alemán. En el *Catecismo* de Pareja las consonantes *ç*, *z* y *s* aparecen usadas normalmente, sin las confusiones que se encuentran en la *Ortografía*. En cambio basta recorrer ligeramente las páginas de los *Sucesos de Fray García Guerra*, que Alemán publicó en la misma imprenta en 1613, con su especial sistema ortográfico, para encontrar de nuevo ejemplos relativamente abundantes de la sustitución de *s* por *z*, en visible correspondencia con lo observado en la *Ortografía*: *razo* por *raso* 37, *jrizar* por *frisar* 39, *pozas* por *posas* 39, *mezón* por *mesón* 49, *guizados* por *guisados* 55, *guzanos* 59, *avizo* 59, *princeza* 60.<sup>17</sup>

Parecen indicar estos datos que las confusiones señaladas, lo mismo en la *Ortografía* que en los *Sucesos*, procedían en su mayor parte de los mismos manuscritos de Alemán, quien por lo visto, volviendo a su natural como la gata de Venus, según él mismo decía, disimulaba con dificultad el fondo ceceante de su pronunciación sevillana. La composición de los libros que Alemán imprimió en México, con su peculiar ortografía, haría que la imprenta respetara formas anómalas que se habrían corregido en libros de escritura corriente. El zezeo del autor del *Guzmán* se había manifestado también en varios casos que figuraron probablemente en los manuscritos de Alemán y que debieron escapar a los impresores castellanos y portugueses de las dos partes de esta obra: *vazo* por *vaso*, *rizas* por *risas*, *mazcan* por *mascan*, *abrazaba* por *abrasaba*.<sup>18</sup>

El fondo andaluz del habla de Alemán se advierte igualmente en la decisión con que defiende a la *h*, considerada por otros como signo innecesario. Con claro sentido de la diferencia entre la *h* latina y la española, proponía que esta consonante se suprimiese en *honor*, pero de ningún modo en *hecho*, *hoja*, *hilo*, *hurto*, donde para su oído sonaba no sólo como consonante efectiva, sino “como una de las más esen-

17. Las citas de los *Sucesos* se refieren a la reedición hecha por Miss Alice H. Bushee en la *Revue Hispanique*, XXV, 1911.

18. Samuel Gili Gaya señala estas variantes en sus notas al *Guzmán*, La Lectura, I 95, I 118, I 190, II 102, II 142.

ciales con que hablamos y escribimos”, f. 57vº Por el mismo tiempo, la *h* aspirada empezaba a quedar relegada al habla rústica hasta en las provincias castellanas en que se había mantenido con mayor resistencia. Aunque en la *Ortografía* no hay indicio de que Alemán viera en la manera de hablar de Andalucía una modalidad dialectal diferente de la de Castilla, el andalucismo se refleja en la *Ortografía*, aparte de lo dicho, en vocablos y expresiones como “la *pihuela* de la cedula”, “torcer la boca como quien hace tomiza”, y el “traer las cosas al çarcillo”, equivalente a comentarlas o discutir las.

Es innecesario decir que el estudio de la personalidad y estilo de Alemán tiene que fundarse principalmente en el *Guzmán de Alfarache*. En muchos casos, sin embargo, las actitudes y maneras del autor se manifiestan en la *Ortografía* con más relieve que en la citada novela. Las presentes indicaciones no son sino muestras de algunos de los rasgos que la *Ortografía* ofrece en relación con el lenguaje del autor. Es fácil observar que Alemán se expresa en este libro con más espontaneidad y soltura que en las demás obras suyas. Su estilo generalmente vigoroso adquiere particular energía en algunos pasajes de la *Ortografía* en que la disertación se eleva al tono vehemente del debate polémico.

Se repite en este tratado, con particular insistencia, la recomendación del esmero, solicitud y cuidado que toda obra requiere para elevar su valor y calidad. Sirve de tema a uno de sus capítulos la tradición relativa al sentido de acción inacabada y perfectible con que Apeles acostumbraba firmar sus pinturas. Aparece más de una vez el ejemplo del orfebre que para labrar una joya necesita realizar numerosas y delicadas operaciones. Hay un expresivo pasaje en que se censura la prisa y falta de cuidado de autores y editores en la publicación de los libros. A pesar de su aparente facilidad, es indudable que Alemán componía y revisaba sus escritos con el

deseo de perfección expuesto en la segunda parte del *Guzmán*, donde se advierte “ser necesario mucho aun para escribir poco, v tiempo largo para verlo y enmendarlo”.

En algunos pasajes del *Guzmán* el protagonista entabla una especie de monólogo interior en un lenguaje movido cuyos giros siguen los incidentes de la emoción y del pensamiento. Se observa este modo de expresión en el siguiente ejemplo: “Luego volvía diciendo: Si mañana hallase aquella mozuela, ¿qué le haría? ¿Pondriale las manos? No. ¿Quitaréle lo que llevare? Tampoco. Pues tratar su amistad, menos. Pues decíame yo a mí: ¿Para qué la quiero buscar? Ya conozco las buenas y diestras manos que trae por la tecla. Váyase con Dios. Allá se lo haya Marta con sus pollos.” Otro ejemplo característico es aquel en que el autor refrena su ordinaria franqueza ante el escabroso asunto de la fundación de capellanías: “¿Diré aquí algo? Ya oigo deciros que no, que me deje de reformaciones tan sin qué ni para qué. No puedo más, ¡pero sí puedo! Guzmán, amigo, esto, por ventura, ¿corre por tu cuenta ni nada dello? No por cierto.” Se puede decir que la *Ortografía* es un continuado monólogo de esa especie en que las reflexiones de Alemán, que a veces parecen ser el eco de efectivas polémicas verbales, se dramatizan con sorprendente vivacidad de giros y tonos. Los problemas ortográficos pasan con frecuencia a segundo término ante el interés que despiertan estos agitados y silenciosos debates.

Huía visiblemente Alemán de la presunción cultista, ostentada por entonces con predilección y complacencia por muchos de sus paisanos andaluces. Sólo de tarde en tarde se encuentran en la *Ortografía* palabras que en su tiempo parecían flagrantes latinismos como *ignoto*, *absorto*, *imperceptible*, etc.<sup>19</sup> Aun en aquellos casos en que la naturaleza del asunto podría haber llevado al empleo de términos gra-

19. Ya se ha visto la oposición de Alemán al empleo de *graffas* cultas sin valor fonético como las de *auctor*, *augmentar*, *sciencia*, *Phelpei* y *cithara*.

maticales de carácter más o menos erudito, Alemán da preferencia a las palabras más llanas y corrientes, como cuando dice que la *ñ* se forma con la *tabla* de la lengua, que el *huelgo* se envía de dentro afuera, que la *ll* se produce casi en las *agallas*, que hay gentes que se precian de *redoblar* y *carretear* la *r*, y que por su parte trataba de no *refregarse* con los gramáticos. Sus referencias a la antigüedad clásica no son citas de erudición doctoral, sino animadas anécdotas sobre la materia de su estudio como las que aluden al rigor de César Augusto contra las incorrecciones del lenguaje, a la virtud musical de la fuente Eleusiada, a la voz de Cleopatra y al simbolismo pitagórico de la *γ*.

Se sirve con facilidad del latín en la correspondencia de determinados vocablos y alude en varios casos al griego, al árabe y al vasco, pero su atención se detenía con mayor gusto en las viejas denominaciones de las herramientas campesinas, de las partes e instrumentos del barco y de los materiales y manipulaciones de diversos oficios. En un lindo cuento del *Guzmán* habla de las uvas *javies* de Granada, “pequeñuelas y gustosas”, relacionándolas con las *albillas* de Madrid. En otra ocasión se refiere a la rana que en Castilla llaman *rubeta*. Muestra curiosidad por las diferencias de modos de hablar entre personas de clases distintas. Aparte de varias referencias a términos de germanía, señala como formas cómicas de gentes iletradas, *señoranza* (señoría), *sofricanza* (sufrimiento), *latigar* (litigar) y *destruir* (instruir); indica como expresiones usadas especialmente por las damas “la vinagre, la cuchar, arrastra esa silla y aviza esas velas”, y como eufemismos monjiles “cilantro, ribano, cinorias, y que habemos de llamar vergüencitas a las del carnero”, 18v<sup>o</sup> 20

20. Entre sus referencias a las deformaciones pintorescas del lenguaje, Alemán menciona la carta de un vizcaíno de *sintaxis desarticulada* como la de aquel otro compatriota suyo a quien Cervantes presentó en el *Quijote*: “Padre señor, yo bueno estás, *carta* escribo, madre le leas, hierro no vendes, nadie lo quieres. Dios que te guarde”. En el *Guzmán* menciona el autor el habla de un criado negro: “Ya cuando el marido le tuvo cortada la cabeza, dijo el negro: ¡Ah, Dios! cuánta le *avee* que se le puede hacele”, II, 13.

Más que el vocabulario son las expresiones de corte familiar lo que imprime a la prosa de Alemán su jugoso sabor. Sin contar con el inagotable repertorio del *Guzmán*, en cualquier página de la *Ortografía* se encuentran locuciones como “hacerse mar de leche”, “hacer espuma con el freno”, “ser más o menos comedor de gazpachos”, “ir cosidos a respunte”, “estar con las manos en la masa y al pie de la obra”, etc. Son también relativamente abundantes en la *Ortografía*, como en el *Guzmán*, los proverbios y refranes, haciéndose difícil distinguir entre los que proceden de la tradición popular y los que debieron nacer de la pluma del autor: “No conviene dejar portillos abiertos en tiempo de cosecha”. “Cada chimenea lleva su humo”. “No hay pelo tan delgado que no haga su sombra ni mosca tan pequeña que no tenga su cólera”. Con su gran sentido de la metáfora popular y de la construcción artística de la frase, Alemán fué maestro en este género de sentencias, usadas sobre todo en síntesis finales, como se ve en la *Ortografía* al terminar la salutación a México y en la conclusión del prólogo y de otros capítulos: “Es cosa cierta que, como la luz de la hacha, sólo aquese tiene honra que la puede dar a otros no disminuyendo la suya”. “Que allá ni acá puede salir el grano todo puro, y en el mejor vino hay heces como en el oro escorias”.

Con las frases de corte proverbial alternan en la *Ortografía* los períodos largos y trabados y los pasajes de estilo recortado y rápido. El tiempo de la elocución varía según la actitud del autor ante cada asunto. La medida de sus grupos fónicos abarca un amplio radio con proporcionado equilibrio de unidades extensas y reducidas. Ofrece con frecuencia pasajes de ritmo métrico, como se ve en el siguiente ejemplo, donde el trabajador fatigado “del riguroso sol en el estío ---desea repararse del cansancio— debajo del regalo de tu sombra”.

El paréntesis constituye un frecuente recurso de reticencia o insinuación en las páginas de la *Ortografía*. Con este elemento marginal, manejado con libertad e intención, intro-

duce Alemán alusiones y referencias tan inesperadas a veces como la que se halla en un pasaje del capítulo relativo a las vocales, en el que al mencionar el nombre de Sevilla, el autor la llama “mi patria”, añadiendo inmediatamente: “¡si dijera mejor madrastra!”, exclamación que acaso fué intercalada en México en la última revisión del manuscrito.

La atención que Alemán concedía a los efectos del sonido oral se manifiesta también en los muchos juegos de palabras que se encuentran, lo mismo en el *Guzmán* que en la *Ortografía*, a base de semejanzas acústicas: *tantos-tontos, falso-falto, borlas-burlas, tradición-traición, parecieran-perecieran, milicia-malicia, remediado-remendado, romera-ramera*. Sus sintaxis, en la que los enlaces de las palabras no siguen siempre estrictamente las reglas gramaticales, da análogo testimonio de la influencia que sobre Alemán ejercía la lengua de la conversación. Una construcción frecuente en la *Ortografía* consiste en llamar la atención sobre una determinada palabra, tomándola como apoyo para hacer sobre ella una especie de quiebro en la línea del discurso: “dezimos *tósigo* a su *tóxe* o *tóxico*, que sería querermelo dar a beber obligarme a pronunciar como ellos”.

Del caudal de la lengua hablaba y de la experiencia diaria proceden también los materiales con que Alemán elabora, con prodigiosa habilidad, la parte más expresiva de sus imágenes. Aludiendo a la manera gradual con que va presentando sus reformas, advierte: “Voy largando el carrete y aun la caña, porque no se me vaya el pece”. Con respecto a la confusión de *b* y *v*, en que incurrían hasta los más doctos, declara: “Hazen como el diestro albañí, que tan presto asienta un ladrillo con la mano izquierda como con la derecha”. Retando al adversario para que expusiera sus argumentos, escribe: “No se dice buen toreador al que subido a la ventana llama al toro”. Después de explicar el uso de la *g*, indica: “Hecha esta diligencia, no podrán alegar los que vinieren al baño que les faltó un hisopo que quitase la piedra en que tronpezaban”.

Por este camino entran en la *Ortografía*, como ingrediente literario, las noticias más curiosas e inesperadas: las músicas de rancos pífanos y cajas destempladas que figuraban en los cortejos fúnebres de los caudillos famosos, la doncella que se alimentaba de venenos y murió al comer cosas naturales, las calzas acuchilladas que Carlos Quinto empleaba por causa de la gota y que los cortesanos imitaron, las monedas de Castilla que duplicaron su valor con la señal que les estamparon, el artificio que Juanelo construyó para subir el agua del Tajo hasta lo alto del alcázar de Toledo, etc.

La representación vitalística, animadora de cosas inertes, tan abundante en el *Guzmán*, no deja de figurar también entre las controversias ortográficas. El abecedario que enseñaban en las escuelas era tan defectuoso a juicio de Alemán que “debían colgarlo en la picota”. Las letras son tratadas como personajes más o menos afectos: “Con lo dicho dejamos a la *k* excluida de nosotros... y no le hacemos agravio, pues nunca la tuvimos ni fué nuestra; vuélvase con sus amigos y deudos”. “La *c*, además de ser antiguo criado y propio familiar nuestro, apenas la pluma se mueve, cuando ya queda formada”. “Anda tan perseguida la *q* que los antiguos, teniéndola por letra ociosa, que como vagabunda, trataron de su destierro”.<sup>21</sup>

Con igual claridad se destaca aquí la tendencia a la proyección amplificada que es rasgo saliente del estilo de Alemán. La línea de su expresión se desarrolla de ordinario en grado superlativo: valerosísimo, venturosísimo, convenientísimo, verdaderísimo. Intercala a cada paso elementos ponderativos que refuerzan el temple de la elocución: “Se puede a voz viva publicar por el universo, haber aquí tan sutiles y felices ingenios que ningunos otros conocemos en cuanto el sol alumbra”. Sólo en raros casos llega a la exageración grotesca, que fué recurso abundante en la sátira barroca: “Hizo una cruz con

---

21. En otras ocasiones según se ha visto, Alemán representa a la lengua española como novia compuesta, hermosa y bien aderezada o como bizarro pirata que sale en corso a buscarse la vida.



el index y el pulgar, poniendo una hechura de toda la mano que pudiera bien servir para el candelero de tinieblas”.

Aunque Alemán mismo renunciara a aplicar por entero sus innovaciones ortográficas para que su efecto no resultara demasiado extraño, la *Ortografía*, falta de condiciones para la enseñanza práctica y ajena por su carácter al terreno de la lingüística propiamente erudita, debió encontrar escasos lectores.<sup>22</sup> Algunas historias literarias ni siquiera hacen mención de este libro al referirse a la vida y obras de Alemán. Desde 1609 la *Ortografía* no ha sido reimpresa hasta la presente edición que por iniciativa del ilustre director del Colegio México, don Alfonso Reyes, aparece en la misma ciudad, “princesa del Nuevo Mundo”, donde por primera vez vió la luz.

Recordando que Alemán abandonó su carrera de médico para entrar como oficial en la Contaduría del Reino, y que desde las oficinas de la administración pública vino al campo de las letras para escribir obras de asunto tan diferente como la vida del pícaro *Guzmán de Alfarache*, la de *San Antonio de Padua*, la *Ortografía* y los *Sucesos de García Guerra*, se siente la sospecha de que el autor expresase melancólicamente sus propios sentimientos cuando puso en labios de Guzmán las siguientes palabras: “Veo presentes tantos y tan variados gustos, estirando de mi todos, queriéndome llevar a su tienda cada uno, y sabe Dios por qué ni para qué lo hace”.

Después de leer la *Ortografía* se aprecia, sin embargo, que la relación de este libro con las demás obras del autor es mucho menos distante de lo que a primera vista parece. La actitud moral que llevó a Alemán a satirizar la relajación de las costumbres, a exaltar la rectitud cristiana y a combatir la su-

22. Las reformas ortográficas que Alemán proponía sólo aparecen aplicadas en todos sus detalles en la muestra con que termina la *Ortografía* y en los *Sucesos de García Guerra* y *Oración fúnebre*. El texto de la muestra es un debate académico en el que Alemán diserta con pulida y refinada elegancia sobre las respectivas ventajas de la palabra hablada y escrita. En este mismo debate, compuesto acaso para algún acto literario, se observa la antigua preocupación de Alemán acerca de las cuestiones que por último desarrolló en los capítulos de la *Ortografía*.

perstición maledicente e insidiosa, es en el fondo la misma posición en que el autor aparece al reclamar que la obra de arte responde con fidelidad a los modelos de la naturaleza y que la simple acción de poner por escrito la palabra hablada no se practique como ejemplo común de deformación e incongruencia entre la realidad y la conducta. Las noticias relativas a la vida privada de Alemán, aunque en determinado momento le presenten como detenido en la cárcel sevillana por donde pasaron otros insignes escritores de su tiempo, son demasiado incompletas para interpretarlas como indicio de irregularidad en desacuerdo con las mencionadas doctrinas.

Por los datos anteriores se comprende que Alemán ofreciese a México, como presente y homenaje, una obra en cuya elaboración había puesto tanta parte de sus simpatías y de la intimidad de sus pensamientos. En la bibliografía de esta clase de libros puede decirse que no existe ningún otro tratado que pueda igualarse con el de Alemán ni en el interés de sus explicaciones ni en su valor literario. Es más: la reforma ortográfica no era para Alemán una simple correspondencia de letras y sonidos, sino un importante asunto en defensa de la lengua española, y sobre todo un problema de rectitud de principios lógicos y éticos, al cual no podía ser indiferente un hombre dedicado con tanto empeño al examen y crítica de la conducta. Es digno de notar que Nebrija y Bello, no obstante su significación humanística, figuran también en la línea más avanzada de los reformadores de la ortografía. Junto a estos elevados testimonios de la autoridad profesional, Alemán representa sobre este mismo punto el sentimiento de la tradición popular iluminado y enriquecido por uno de los escritores de personalidad más independiente y de mayor maestría en el dominio del idioma.

TOMÁS NAVARRO.

Columbia University, New York.





ORTOGRAFIA  
CASTELLANA.

ADON IVAN DE BILLELA,  
del consejo del rei nuestro señor, presi-  
dente de la real audiencia de Gua-  
dalajara, visitador jeneral de la  
Nueva España.

FORMATO ALEMÁN,  
estado de su magestad.



Con privilegio por diez años.

EN MEXICO.

En la emprenta de Ieronimo Balli, Año 1609.

Por Consejo A. d. 1200 C. 522.

# ORTOGRAFIA CASTELLANA

Por

MATEO ALEMAN

## A P R O B A C I O N

**P**OR mandado del ecelentísimo seño don Luis de Velasco, Virrei desta Nueva España, è visto este libro, intitulado, de la ortografía de la lengua castellana, compuesto por Mateo Alemán; i por no hallar en el cosa contra la fe católica, o buenas costumbres, i ser de una curiosa i útil enseñanza, para reformar el lenguaje castellano, en el modo de escribirse; del qual, habla el autor en todos sus discursos, con abundante i ingeniosa eloquencia, conforme à la que en otras obras suyas, se à visto i esperimentado; es mi parecer, que se puede i deve imprimir, sirviéndose su excelencia de dar para ello su permiso. Dada en san Agustín de Méjico à último de Mayo, de 1609. años.

*Maestro fr. Diego  
de Contreras.*

A DON IOAN DE BILLELA DEL CONSEJO  
de su majestad presidente de la real audiencia  
de Guadalajara, visitador general  
de la Nueva España.

SVBE à su esfeza el fuego, busca su rejión el aize, sigue la tiera g2ave lo más bajo, i su sitio señalado el agua, porque natuzalmente apetece su centzo cada cosa. I siéndolo V. S. de todo jéneo de letzas i ezudición, de necesidad estuve obligado (como las aguas à el ma2) iz caminando à pagar mi deuda, ofzeciendo à V. S. este devido reconocimiento, umilde t2ibuto del ingenio, pa2a dejazlo calificado, puesto en su p2opio lugar, i queda2 glorioso, de avez conseguido mi deseo. Este, po2 la me2ced recebida en acetazlo, vivirá siempze conmigo, suplicando à nuestzo Señor gua2de à V. S. muchos años, i conceda lo que más i mejo2 convenga pa2a se2vizle.

*Mateo Alemán*



## E R R A T A S

Folio	página	renglón	dize	diga
14	1	4	erro	yerro
14	1	4	tontes	tontos
19	1	10	ozijal	ozijinal
19	1	12	pa2re	pa2te
19	1	13	apa2tamos	apa2temos
43	1	5	mui p2opósito	mui ap2opósito
43	1	16	crecentamiento	ac2ecentamiento
52	2	2	se dá	se dá
58	2	22	ehu	chu
73	2	13	pa2ececiéndoles	pa2eciéndoles
80	1	14	satisfccho	satisfeco

En el correji2 deste libro hize lo que pude, algunos acen-  
tos van tzocados, i let2as po2 ot2as, aunque no altezan la si-  
nificación del vocablo, súplalo el p2udente, i emiéndelo el sa-  
bio, que no es posible correji2 bien sus ob2as el auto2 dellas;  
de más, que la co2ta vista i la2ga enfezmedad me disculpan.

---

Aunque ya en los lugares indicados van hechas las correcciones que aparecen en esta tabla, se conservarán aquí para mantener el texto íntegro del libro y, sobre todo, por lo que interesa la nota final del autor.

## M. A. A MEJICO. D. S.

**M**ARAVILLAVASE mucho Sócrates, considerando, (lo que aun oi comúnmente se practica) el demasiado cuidado i diligencia de los estatuarios, en fabricar sus imágenes, hechas de piedras muertas; deseando sacarlas tan parecidas à los cuerpos vivos, que las juzgasen como tales. I juntamente, ver que vivían tan descuidados i remisos en sus costumbres i tráto, que como si fueran ellos piedras, no se diferenciavan dellas. Quiso el filósofo reprehender con esto, à los inorantes, que menospreciando las cosas graves, importantes i necesarias, con curiosidad sutilizavan, lo que devieran tener por acesorio. En esta consideración, i de la negligencia de algunos que se descuidavan en Castilla de mirar por su propia ortografía, de que se pudiera seguir (corriendo el tiempo) daño notable, me determiné à escribir <sup>1</sup> este discurso. No se lo pude imprimir, por no tenerlo acabado, cuando me dispuse à pasar à estas partes; i porque, como el que viene de otras estrañas, tuve por justa cosa, traer conmigo alguna, con que (cuando acá llegase) manifestar las prendas de mi voluntad. I entre otras; elejí sola esta, que me pareció à propósito en tal ocasión, para que por ella se publicase à el mundo, que de tierra nueva, de ayer conquistada, sale nueva y verdadera manera de bien escrevir, para todas las naciones. Ayuda mucho à esto, lo que sin exajeración, i con

<sup>1</sup> El texto *escrievir*.

En la edición original, solamente en esta parte no se hace distinción gráfica entre el sonido fuerte y el débil de la r; tal excepción se debe seguramente, a que por haberse compuesto esta "dedicatoria" en caracteres de letra cursiva, el impresor de 1609 no pudo resolver el problema tipográfico que se planteaba. En esta nueva edición se guarda la ortografía de la primera.

evidente verdad, se puede à voz viva publicar por el universo, aver aquí (jeneralmente) tan sutiles i felices ingenios, que ningunos otros conocemos, en quanto el sol alumbrá, que puedan dezir ni loarse, de hazerles alguna ventaja. Siendo esto así, tan cierto como notorio, i muy propio à semejantes entendimientos, abraçar en sí la verdad, es obligación precisa que tienen de ampararla i favorecerla siempre; con que haziendo lo que deven, dejan con mayores fuerças autorizada i engrandecida su misma reputación. Recibe agora pues, o ilustre ciudad jenerosa, este alegre y venturoso peregrino, à quien su buena fortuna trujo à manos de tu clemencia, que como el trabajador fatigado del riguroso sol en el estío, desea repararse del cansancio, debajo del regalo de tu sombra, para que della pueda salir alentado, à nuevos estudios, no menos útiles i necesarios, que si reparas en ello, es cosa cierta, que (como la luz de la hacha) solo aqueste tiene onrra que la puede dar à otros, no disminuyendo la suya.

## LETOR

**L**OS que Retórica saben, dicen, que para persuadir una cosa, importa tener causa lícita, onesta i necesaria. I aunque, à mi discurso natural, parece que las tengo todas de mi parte, me atemoriza el excesivo trabajo, si dijera mejor un imposible, intenta desarraigat del entendimiento, lo que ya en él parece cazáte indeleble. Fue leche con que se crió, ábito que se vistió, i úso de que hizo lei, tradición ò traición de los antiguos, i querrán los modernos (à su imitación) acabar en ella, los unos por no confesar inocencia; i los otros, por sustentat la de sus pasados. Muchos, i no sé si diga todos, culpazán este atrevimiento, tazat de inovat, lo que un viejo abuso tiene tan canonizado, tan ejecutado i notorio, que lo contazío à ello, parecezá mui fino dispatate; mas, como la razón i veidad sean tan poderosas, valdém de sus fueças, contat inclementes lenguas, que nada peñdonan, i de todo muñmuñan, sólo porque no saben; i si piensan que saben, escrivan; conoçán si pudieren, la diferencia de los escritos, i cuánta sea la que hazen sabios à tontos; que del que sabe, dizá sólo el necio mal; i del necio, sabios i necios, i dizán bien. Así avzé de pasat el tiempo que viviete, siendo mui pñopio à los pñesentes, andat peñseguidos hasta la muerte. No se dizá de mí, pues me falta de qué señ envidiado; mas, deste agravio me nace confiança, que aviendo fallecido, me dizán responsos, i bolvetán à envainat, las azmas con que agoñ tazataen de ofendeñme; porque, la luz natural avzá dádoles vista, i me tendán ausente de la suya. Que nunca la sal sala ni haze su efeto, hasta ya estañ deshecha.

Muchos an escrito de la ortografía castellana, ~~dejándose~~ mucho por deñ de ella, i no lo menos importante; ò ya, por

no atzeve2se à resisti2, tan g2ande t2opel de impetu2osos con-  
 t2azios, i esto es lo más ve2dade2o; aunque, conocidamente  
 la inozan muchos. Pensa2á un seño2 maest2o, que ya lo es,  
 i pond2áse à esczevi2 lo que no sabe: da2á documentos, com-  
 pond2á ò descompond2á un lib2o, de quien Dios nos lib2e;  
 pues, començando po2 un dispazate, lo vâ multiplicando à  
 la dobladilla, hasta la postze2a hoja, donde se pie2den ya los  
 núme2os, como en las cas2as del ajed2és. Tiene à su ca2go,  
 pa2a enseña2 un ciento de niños, i digo poco, siéndole más  
 dificultoso hace2lo à uno, que acusa2se de insuficiente. Así  
 los dot2ina, con su poca i mala dot2ina, como si aquellos  
 muchachos nunca uvie2an de llega2 à se2 omb2es, i tene2  
 claza vista. Pa2écele, que consiste la ciencia, en el rebolea2  
 de la pluma con donai2e, galla2dea2 con rasgos, pone2 *Felipe*  
 con *Ph*, *ilust2ísimo* duplicando las let2as, *l* i *s*, no siendo ne-  
 cesario, antes imp2opio, i aun impe2tinente. Plantan el a2-  
 tille2ía, con veinte i dos culeb2inas, digo, let2as del *abc*, que  
 aunque señalan veinte i t2es, la una es falsa, i déjanse siete  
 du2nientes, como si no fuesen t2einta. Ve2dad es, que yo  
 querría (si pudiese) mete2 una de cuña, ò como dizen, de  
 gorra; i aczecenta2la, sob2e las veinte i nueve que tenemos.  
 I se2ía notable rigo2, si se reparase conmigo en una let2a, en  
 pago siquie2a de aqueste t2abajo, cuando po2 mi buen zelo  
 no lo uvie2a me2ecido; cuanto más, que les p2ometo se2 ne-  
 cesaria i fo2çosa, pa2a escusa2nos de anda2 à mendiga2, lo  
 que ve2dade2amente nos falta. Tendán po2 mui cie2to, que  
 no lo hago con ánimo de inmo2taliza2me po2 este camino,  
 como el empe2ado2 Claudio Césa2 lo intentava, con añadi2  
 t2es à la lengua latina; mas, po2que veo de ot2a pa2te, aquel  
 rigo2 terrible de Césa2 Augusto, que siendo un tan clementí-  
 simo p2ncipe; sólo, po2que un legado consula2, escziviéndole  
 una ca2ta, t2ocó una let2a po2 ot2a, i dijo *icsi* po2 *ipsi*, le  
 p2ivó de oficio. Si ago2a se usa2a lo mismo. con algunos pin-  
 ta pandezos, que gastan el tiempo en almag2a2 papeles, i  
 aquél sabe más, i es mejo2 maest2o. que más ve2mellón i  
 ca2denillo gasta, ò más pepito2ias de let2as haze. Si el tiem-  
 po que ocupan en ello. lo quisiesen gasta2 i ap2ovecha2, en

lo impo2tante, à la o2tog2afia, i con alguna cuziosidad, uvie2zan ido investigando lo cie2to, p2eciándose de lo más i dejando lo menos, i no al revés; o'quisie2zan acaba2 de conoce2, que no es aquello sabe2 esczevi2, sino delinea2, ò bien dibuja2 con g2acia; sin duda, que p2ocu2ando la enmienda, remedia2ían mucha pa2te, de lo que mui po2 la posta se vá pe2diendo.

Digo pues, que la let2a es ent2e los ausentes, noticia de la voz de los p2esentes: quien con mayo2 p2opiedad esc2ivie2, da2á más bien à entende2 lo que quisie2e, i habla2á mui mejo2; aunque no vale al revés, ni arguye siemp2e, la elegante lengua casta pluma; que aquestos, à cada paso se halla2án confusos; y los ot2os, pod2án esplica2se, po2que conoce2án las cosas po2 sus causas: i esa mayo2 ventaja tend2án, ace2cándose à los ánjeles, la dife2encia que hazen de los b2utos, los que con poco se contentan, i es mui poca.

La lengua castellana cazece de caudal p2opio, po2 ave2lo pe2dido con la destzuición de las Españas, fuele fo2çoso, como à bizarro pi2ata, sali2 en co2so à busca2 la vida, ganando po2 la guerra, lo que pe2dió en ella; desbalijó à el heb2eo, g2iego i latino, sin pe2dona2 à el ázabe, ni à los más que se le pusie2on po2 delante, i puede oi dezi2, se2 mucho su tesozo, aviendo quedado, una de las más elegantes galana, g2aciosa, i g2ave, de cuantas conocemos: i aun les haze una ventaja, no de poca impo2tancia; que tiene let2as, con que pode2 esplica2se, sin favo2 de dobladas ni sustitutos, po2 tene2 en la voz los **acentos**, i **cazece2** las ot2as dello. Nosot2os, podemos con p2opiedad, **esczevi2** quanto hablamos, i **habla2** quanto esczevimos; i solo **esto es**, lo que p2etendo int2oduci2 con este t2abajo. Que2e2 **t2ata2 del uso de las let2as, b po2 e**, ni **z po2 ç**, con ot2as que andan **al beneplácito de cada uno**, se2ía p2ocede2 en infinito, de **menos à más ignoto**, i de una confusión en muchas, no acabando de **da2lo à entende2**; en especial, siendo fo2zoso haze2lo po2 p2ecetos de **g2amática**; que à los que no la saben, se2ía **habla2 guineo, y fácil pa2a** los que la entienden, adquirizlo **po2 sí solos, con el cuzo** i buenos lib2os. Con todo esto, **hazemos nuestzo** posible facilitándolo, cuando adelante se **t2ata2e de las let2as**, en el pa2-

ticular de cada una, por el uso dellas, i modo de su pronun-  
 ciación. Si en el discurso presente, hallaren, que lo escrivio  
 diferente de lo que profesó; doi por descazo, que me con-  
 viene aquí seguir el paso común, dejándome llevar de la cor-  
 riente, al uso de Roma: voi llevando el carrete, i aun la  
 caña, porque no se me vaya el pece, hasta infirma de mi  
 justicia, i después, en el fin deste tratado, veán prácticamen-  
 te, reducido en un problema, todo lo que uviese dicho. Allí,  
 tataré las letras ortográficamente, poniéndolas en su lugar i  
 uso, añadiendo à las que tenemos la que nos falta. Buelvo  
 pues, i digo, que tenemos abundancia de vocablos, fueça en  
 ellos, para no ser necesario romper los dientes, ni buscar  
 misturas, o flautados: aprovechémonos dellas, tabajen y su-  
 den sirviendo sus oficios, para que donde quieça que lleguen,  
 vayan tan bien disciplinadas, que las estimen y respeten co-  
 mo à españolas, i en especial, castellanas. Bien satisfecho  
 estoi, que tendrán conocido, cuánto con todo mi posible,  
 tengo tabajado para llegar à este punto, que si dél paso,  
 hazé mucho: i que no soi tan vano, que presuma con Escu-  
 les dezi, no ai plus ultia; sí ai, bien lo sé, clazo entendimien-  
 to tengo: i aun à mucho más me pudieça estende; empezo,  
 no conviene agora. En este lugar dejazé plantadas mis co-  
 lunas, para que mañana (con ocasión) se levante otro vale-  
 zosísimo Carlos, que las pase adelante. Cada día, se van su-  
 tilizando los ingenios, i subidos encima destes tabajos, otros,  
 aunque sean enanos, descubrián más mundo; de que, si  
 agora no les doi noticia, es, porque la mucha vianda, no sólo  
 queda indigesta, mas corrompe i daña los estómagos flacos.  
 Pasen con esta dieta, hasta teneçla ya dijezida, que si alcan-  
 çare à el tiempo, no lo dejazé iç ocioso, ni lo llevazé à el se-  
 pulcro; mas, quando lo contazio sucedieçe, sucederánme  
 otros fuertes Atlantes, de más fueça, que tomando sobre  
 sus ombros este peso, lo levanten i sustenten. Suplícules, lo  
 comuniquen, para que se navegue por el Océano de sus en-  
 tendimientos, i aviendo tabajado, en llegar, de una en otra  
 mayo perfección, digamos con vezdad, entze las más nacio-  
 nes libzemente) avez llegado à igualar las letras con las azmas.

EN QUÉ MANERA ES MÚSICA LA ORTOGRAFÍA,  
I DE SUS EFETOS.

CAPÍTULO I

1. 1  
**A**QUEL famosísimo pinto2 Apeles, à quien su pinzel dejó tan ilustrado, que lo hizo inmortal entze los vivos, queziéndonos da2 à entende2, la ecelencia de su azte, descubriendo po2 lo que dejava de haze2, lo mucho que aún le quedava po2 pe2ficiona2, usó de una tzaça dignísima de su ingenio: i poniendo al pie de sus tablas, Apeles lo hazía, suspendía los entendimientos, dejándolos elevados i abso2tos, considezando, cuáles fue2an si dije2a (como ya de todo punto acabados) Apeles lo hizo. Esta industzia maravillosa, vino rastzeando del inmenso sabe2 de Dios; el cual, po2 las cosas que vemos en lo cziado, quie2e que vengamos en algún conocimiento, si dije2a mejo2, p2esumción, de las invisibles de su g2andezza, como (entze otras muchas) lo hizo en la Música: dándonos à entende2, con un inpe2ceptible rasguño que tenemos della, que no ai lengua que hable, pluma que lo esc2iva, ni entendimiento que alcance, cuál se2á el ozijinal ve2dade2o: i si aquesto nos dá; desterrados i op2rimidos, en un tene<sup>f. 1 v°</sup> b2oso valle de lág2imas, cuál se2á la con que nos espe2a pa2a enjuga2las, dent2o de la celestial Iezusalén, donde asiste su co2te con los bienaventuzados. De f2ai Nicolás, un santo religioso, tenemos in *vitis patzum*, que se suspendió t2cientos años, oyendo cantaz en el monte à un pajazito. De San Francisco nos dize la suya, que deseando en cie2ta enfe2medad, rec2ea2 el ánimo con alguna música, le apa2eció el ánjel, i de sola una vez, que pasó un dedo po2 las cue2das de una vihuela,



quedó tan robado y elevado, que si le segunda2an con otro tanto, sin duda fallec2e2a. De San Agustín en su oficio se dize, que ve2ía grande abundancia de lágzimas, oyendo los himnos i cánticos de la iglesia, obligado de la dulzura de la música: i confiesa él mismo, que fue p2incipio de ave2se conve2tido.

Ninguna diciplina o ciencia puede se2 pe2feta, ni ai cosa cziada sin ella. El mundo está compuesto con azmonía de sonos; el cielo se rebuelve con música i consonancia, dispierta las pasiones, i saca el sentido de un se2 en otro. En las guerras, enciende i anima los ejé2citos, en las du2as p2isiones y t2abajos (poniendo un cie2to jé2e2o de alivio) aliena el sufzimiento dellos; pone sosiego, alegza i entzetiene. Podémosla llama2 una cie2ta gzacia, llena de innumezables gza<sup>f.</sup> 2cias, i tan alta en su estimación, que se encumb2a sobre las altuzas de los cielos, i que aun allá dentzo en ellos, acazicia i regala los oídos del mismo Dios. Della nos dize San Iuan, estava ce2cado el divino t2ono, con veinte i cuatzo músicos ancianos; los cuales, con inst2umentos, le fue revelado, que celeb2avøn la glozia del cc2de2o. Esto pa2ee, ave2lo tenido p2evisto el real p2ofeta David, su tan amado amigo, pues pa2a más ente2nece2 i regalazse con sus fé2tiles i misteziosos ve2sos, les compuso tonos como dev2e2an se2 cantados. La iglesia nuest2a mad2e, rejida po2 el Esp22itu Santo, conociendo del mismo Dios aqueste gusto, aviendo visto à los ánjeles, cómo celeb2azon con músicas y cantos, el ventuzosí2imo nacimiento suyo; i que, también el día que mayo2 vene2ación le of2eció el mundo, à la ent2ada en Ie2usalén, fue recibido con cantazes, en alabança de su glozia, i que comencó su pasión después de dicho el himno, que no es otra cosa que cántico, buscó vazios inst2umentos i músicas, con que pode2 bendec2e2 mejo2 su nomb2e santo, i celeb2a2 sus fiestas: de donde suele resulta2, po2 medios de aquellas aco2dadas i sono2as voces, i2se regalando las almas, hasta queda2 los omb2es mui otros, dife2entes que solían; pues vi2viendo en la ca2ne mo2tal, quedan <sup>f. 2v.º</sup> casi ánjeles; po2que, se van robando poco à poco, i çazpando los ferros que tenían

echados en el mar del mundo, descojen las velas de los levantados pensamientos, que con favorable viento de gracia, se van engolfando apriesa, en el inmenso piélago de la Divina contemplación, codiciosos de gozar aquel sumo bien, donde la perfección de aquellas admirables tablas, acabadas ya del celestial Apeles, en toda perfección, las enseña elazamente; à sus amados i escogidos. Del mismo real profeta sabemos, cuánta sea la fuerza de la música, pues tañendo y cantando, mitigava el furor de Saúl, cuando el Demonio se le revestia, i para, que no se presumiera que hacia tales efectos en razón de santo, como pudiera, sabemos, de otros que no lo fueron, i de Tezpendo un gentil músico, que con ella diezón salud, a muchos zenéticos i endemoniados. Teniendo el gran Alejandro en su servicio, à Timoteo único tañedor de harpa, en aquellos tiempos: un día que tuvo convidados, ya cuando querían alcaer las medias, comenzó à tocar un alma, hizole tan al natural, con tanta gallardía i diestrezas[isic], que arrebatado i enfurecido Alejandro, perdidos los estímulos del entendimiento, con aquel subito alboroto, se levantó soveziendo de su asiento, pidiendo à sus criados las azf. <sup>3</sup>mas muy apriesa. Estimáronla en tanto los antiguos, que tenían por caso de menos valer no sabezla; de donde, Sócrates, en los últimos tiempos de la vida, en la vejez, cuando más devota ocupábase dando lección à sus discípulos, que busca para sí maestros, aprendió à tañer i cantar, dándose tanta pieza i buena maña, que vino à enseñar à su discípulo Fedro, filosofía i música juntamente. Aquel capitán de Grecia, Epaminondas Tebano, la estimava en el mismo grado, que se precia de la diestrezas i fuerzas de sus bracos. Profesóla tan de vezas Aristóteles, que tuvo por suma felicidad, oír que por excelencia le llamasen el Músico. Cuando los atenienses tenían algún famoso banquete, después de levantados los manteles, esta costumbre, tenen instrumentos, en que por su orden iban tañendo los convidados, no pasando de alguno sin hazerlo. De tal maneza la celebraron, aquellos venerables varones antiguos, por los varios i ciertos efectos, que conocían resultaz della, que alguna cosa no hazían, donde la Música no inter-

viniese; tanto en las fiestas i juegos, como en los lutos i lágrimas de los defuntos; usándola en ocasiones, como mejor ajustava en ellas, para mover los ánimos al fin que deseavan; alegrando, entristeciendo, cuándo con gravedad ò de <sup>f. 3<sup>o</sup></sup> otros modos. Aun esto mismo es, lo que oí praticamos en las obsequias i entierros, de los valerosos jenerales i capitanes; llevando música funeral, de pífaos i cajas destempladas i roncacas; que aun aquella destemplança, les dá un cierto vivo, con que mueve à tristeza i sentimiento. Mas qué mucho es, que suceda esto à los ombres, organizados con la misma Música, como avemos dicho, de su propia composición, siendo nuestro elementado i ella, una celestial armonía conceptadísima, de quien proceden siempre unos efectos mismos? pues aun los brutos animales, por instinto natural, se recrean de oírla. De quién sino de las aves, tuvieron majisterio los ombres, ò quién les enseñó las diferencias de cantos, el contrapunteado i glosas dellos, aviendo sido su principio, el son de los matillos de una herreña? Oigan à un silgueo, una calandía, un ruiseñor ò mizla; i oigan à Plutaco, lo que nos dize de un todo; que, como fuese muy estimado por su canto, i en ocasión oyese cierta música, quedó suspendida la voz, por espacio de cinco días, casi como corrido i afrentado, de oír lo que no sabía: i después dellos, como si los viera ocupado estudiando, volvió à cantar, contrahaziendo las voces que avía oído. Los que profesan los campos, dizen, que al <sup>f. 4</sup> son de las flautas que tañen los pastores, vienen domesticados los ciertos por oírlos. Dómanse con la música los elefantes. Los cavallos enjaezados, en las fiestas andas alegres, i se alborozan con los pñetales de caxcaveles, i campanillas de los boçales, que parece van sacando el rostro, i meneando las cabeças por oírlos. En los pesabres, rompen las cadenas i arrancan los travones, oyendo las trompetas del ejército; i al mismo son, entran osados i animosos, por medio de los enemigos, desbaratando i rompiendo sus escuadrones. De solo el asno se dize abozece [sic] la música, i por eso es asno. Mucho admira lo dicho, i è dicho poco, respeto de lo que Aristóteles i otros autores dizen, de una

fuelle que llaman Eleusiada en Alejandria; la cual, si cezca della se tañe algún instrumento músico, luego al punto, altezándose las aguas, i veziéndolas por cima, saltan i bullen, que parece que dançan i bailan, como si fuese cosa viva. Dos vihuelas unísonas i bien templadas, nos enseñan un admirable secreto estando juntas; que si en la una tañen, suena la otra, sin ser tocada, i haze las consonancias mismas. Destos prodijios, i otros que aun lo son mayores, tomazon licencia los poetas, à finjirnos entre otras fábulas, aquella de Orfeo; diciendo <sup>f. 4vº</sup> ave2 sido la fue2ça de su música, tanta, que no sólo à los ombres, à los brutos del campo, i aves del aze, mas aun à los altos i empinados montes, à las aguas de ríos caudalosos, hazía muda2se y bolve2 atrás la corriente. I aunque, parezca fabuloso enca2ecimiento, no lo es tanto como suena, ni se dijo tan sin propósito, que deje de haze2 mucho à el nuestro.

I porque vengamos agora, con lo que à este discurso nos imposita; digo, que se divide la Música en tres partes; la primera, se reduce à las obras de las manos: à la voz la segunda, i la tercera se compone de voz i manos. La primera, tiene tres diferencias, que son como jéneros, porque contiene cada una debajo de sí, varias especies: una dellas es la **tecla**, à quien se reduzen el órgano, realejo, **clavixímbaro**, **clavico2dio**, i monaco2dio, con otros que lo imitan. El segundo, es el de la **harpá**, de quien saliezon la **vihuela** ò **laúd**, que todo es uno, aunque no en la hechura; ya sean de quatro, cinco, seis ò más voces, la **guitarra**, **vihuela de arco**, **lira**, **rabel**, **bandurria**, **salte2io** i **sinfonía**. La tercera, es de instrumentos, que se tocan con las manos, ayudadas del flato natural, como el órgano de los fuelles; son éstos, los **clavines** i **trumpetas**, de quien se inventazon después los **menest2iles**, **cherezias**, **cornetas**, **flautas**, **bajo** <sup>f. 5nes</sup>, **dulçainas** i **sacabuches**, **ozlos**, **pito**, **çampoña** i **gaita**. Esta última diferencia, no es tan corriente como las otras, porque tiene ocupados lengua i manos, en una sola cosa; i estimase más, qualquiera de las otras dos primeras, que se pueden usar cada qual por sí sencilla, i si concurren juntas ambas, hacen música entera, con mayor

pe2feci3n i g2acia. De la m3sica que se fo2ma de la voz, tambi3n se haze ot2a subdivisi3n en t2es pa2tes; una de las cuales, llamamos à la que con voz natu2al azticulada, favo2cida del azte, fo2ma canto, à imitaci3n de las aves; ya sea, po2 sí sola, ò con ot2as, en compa2a de alg3n inst2umento. La segunda es, la elocuencia de palab2as, de quien se saca una notable conside2aci3n, en lo que dejamos apuntado, **ace2ca** de la fábula de O2feo, cuya fue2ça que dijimos en la **m3sica**, se atzibuye à la enez3a i elegancia de sus palab2as, la blandu2a, suavidad i aztificio en ellas, pa2a pe2suadi2, anima2 ò dive2ti2 los oyentes, obligándolos a segui2 su dot2ina, último fin, que con la o2aci3n se p2etende. I aquel dezi2nos, que haz3a move2 los montes i r3os, enti3ndese los omb2es: montes llamó, à los p2udentes i sabios, constantes vazones, à quien la **esc2itu2a sag2ada** tiene dado el mismo nomb2e; i r3os, à los que como ellos, andan flutuando <sup>l. 5vº</sup> con su poco esabe2, inconstantes de una en ot2a pa2te: aquellos que allí dizen lo que aquí niegan; à los cuales, unos i ot2os, fue po2de2oso t2ae2 a su devoci3n, con su sola lengua, con palab2as medidas i conce2tadas, obligándolos que se redujesen à vida pol3tica. De aqu3, se vino a llama2 O2feo, hijo de Caliope, una de las nueve musas, dezivado de Caliofonos, g2iego, que quie2e dezi2 lo mismo, que buen sonido de palab2as; lo cual, se inte2p2eta de los o2ado2es, que con el suyo tan elegante i g2acioso en ellas, con el alm3ba2 ò melosid3d, que (como de un panal) se destila de sus labios, adulçan i regalan los óidos, i son las cadenas de Ieo2jias el fil3sofo, roban i saltean los co2açones po2 ellos, en la mane2a misma que la m3sica. Vengo desto à infe2i2, conside2ando, cuáles fue2on las de Czisto nuest2o se2o2, pues tantas i tan est2a2as ma2avillas ob2ó con ellas, de donde sus ap3stoles dije2on, que las ten3a de vida ete2na; i allá una pob2etica vieja, i como tan buena maest2a, pues fue dic3pula del maest2o celestial, aviéndole óido habla2 à las compa2as, no pudiendo resisti2 à el sentimiento, se levantó ent2e todas, i à voces dijo, Bien aventu2ado el viente2e que te t2ujo, i los pechos que mamas-te. Vámonos bajando à lo llano, pues el subie2 es imposible.

Digamos de David, que<sup>f. 6</sup> refiziendo à Ionatás amigo suyo, la batalla que tuvo con Golias, i cómo ganó aquella vitoria, causó tales accidentes en él, que casi le arrancó el alma del cuezpo, dejándolo fueza de sí por gran espacio; como, también lo quedó la reina de Saba, de avez oído al rei Salomón. Dize Valezio Majimo de Hejesiacas Cizenaico, avez sido sus palabzas tan eficaces, que obligava con ellas a sus discípulos, que de su propia voluntad, aborreciendo la vida, se abtaçasen con la muerte, persuadidos de su sola dotzina, se el mozi granjeza por no sufrir las pinciones impuestas en los miserables cuezpos. Esto llegó à tanta desorden, que forzó al rei Tolomeo, mandarle cerrar las escuelas, i que no enseñase, para evita el grave daño que resultava de oíle. De Cleopatra reina de Egipto se dize, que cuando hablava, parecia sonar una concertadísima música de flautas. En la vida de Cicerón, refiere Plutarco, entre otras muchas ecelencias de su lengua, que aviéndose declarado Quinto Legazio, por capital enemigo de César, i estando preso, para ser castigado por ello gravísimamente, le pidieron de merced, oyese a Cicerón su abogado; i por no negar contra justicia, un derecho común i natural à todos, la defensa propia, se le concedió: pareciéndole imposible tenerla tal, que lo pudo<sup>6vº</sup> diese librea de sus manos; i así, buzlándose dijo. Qué me puede impedir, el avez oído à Cicerón? Con esta licencia, comenzó su razonamiento, tan elegante, adoznado de palabzas tan eficaces i vivas, que como en un tóculo, fue apretando à César, i visiblemente se conoció, avélele mudado el rostro de colores vazios, i por los meneos del cuezpo, las mudanças del ánimo; quedando tan pasmado i otro, que sin sentirlo, se le cayeron de las manos, algunos papeles i memoriales que tenía en ellas: de donde resultó, dar libertad à Legazio, uno de los conjuzados contra él, i su mayor contrario. Qué diremos de Foción, Demóstenes i Sócrates? dónde avrá lugar para tantos, i tanto como se pudiera traer a este propósito? quédense aquí, pues cuanto para el nuestro, lo dicho basta. I viniendo à la tercera i última división de Música, la cual es, elegancia por escizos, que si no es más eficaz, no ai

duda por lo menos, tiene la misma enérgia, como lo encajece Quintiliano, diciendo: No es de menos dificultad aprender la música de las letras, que la de las cuezdas. Conocemos esto con evidencia, cuando en alguna letura de consideración ai escritas cosas alegres, parece que à gritos dicen los ojos, lo que se va leyendo con ellos; i centelleando en el rostro, se rasga la boca, para que pueda salir por ella el gusto. I si son tristes, el resuello cerrado i oprimido, casi rebienta el corazón en el cuezo, bañando las mejillas con lágrimas copiosas. Ya pues, cuando lo escrito es de las Divinas letras, que son la verdadera música celestial, ò si es vida de algún santo, à qué dolor nos provoca su penitencia ò martirio, cómo se arrebatara el alma, qué dolor le causa la ofensa de Dios; disponiéndose à la enmienda, qué discursos haze, i qué tocada sale? De quién (si pensáis) procede? no tanto de lo escrito, como de esta bien escrito; las letras concebidas i claras, la puntuación legal, se las palabras vivas i llevan espíritu: porque aquello mismo, si tuviese barbarismos, i otros errores contrarios à la ortografía; sin duda, no haría semejantes efectos.

La dulce armonía, la composición i música de las palabras escritas, que se simbolizan con la nuestra, de que tenemos tanta parte, como lo testifican los movimientos interiores i exteriores que tenemos, i se manifiestan por las voces, pulsos i sentidos, haze (como dijimos) que se vengan à traer un instrumento con otro, por estas uniones i conceptos. De aquí se colige, cuánta necesidad tengamos de la ortografía, pues de unas palabras mismas, por esta bien ò mal escritas viene <sup>f. 74.</sup> a resultar, que las buenas admiten, muevan, alegren i entretengan, i las malas, hagan remover i azedar al oyente, de manera, que antes uviéramos elegido cacecer de lo bueno, que sufrir padeciendo lo malo. Esto causa la música, el estar locas las cuezdas en la mala, i el instrumento destemplado, con lo cual disuena en el oído, siendo insufrible i odiosa, porque, ni se conforma con el sentido, ni se abaza con el gusto. El instrumento es uno, i una cosa misma lo escrito, empuer, de templado à destemplado, de otro

g2afo à bá2va2o, es, quien causa la dife2encia. I pues del bien esc2evi2, tanto p2ovecho resulta, i tanto daño de lo cont2a2io, que no sólo nos deja est2agados, mas nos infama ce2ca de ot2as naciones. T2átase de la enmienda, de tantas y tan falsas opiniones, como hasta oi nos an tenido ciegos con su engaño, haziéndonos vene2a2la po2 cie2ta ciencia. Luz tenemos pa2a ve2, entendimiento, pa2a discurri2; pa2a juzga2, ai razón, i pa2a eleji2 p2udencia; considé2ese desapasionadamente, con sólo el fin de nuest2o p2ovecho, i como más à nuest2a reputación convenga: no desme2esca po2 mío, lo que si fue2a de algún est2año, si nos lo t2uje2an de ot2as naciones, ò tierras mui remotas, po2 ventu2a nos hizie2a en la f2ente arrugas, i ena2quea2 las cejas.





DE LA INORANCIA DE LOS MAESTROS PASADOS,  
I CUÁNTO IMPORTE LA EMIENDA EN LOS  
PRESENTES. FACILITANDO EL ESCREVER  
ORTÓGRAFA IENTE.

CAPÍTULO II

f.8

**T**ODA cualquie2a dot2ina, tiene dificultad en sus p2inci-  
pios, po2 ent2a2se à ella, como en un aposento cerrado,  
lleno de oscu2idad con las tinieblas de la noche, donde vâ des-  
pués entzando la luz con el día, po2 juntas i re2quicios de la  
pue2ta, hasta que abie2ta, de todo punto queda cla2a; i así,  
cuando se t2ata dellos, deven los buenos mae t2os conside2a2  
dos cosas, de qué calidad sea lo que nos enseñan, i qué ca-  
pacidad la del sujeto à quien lo enseñan. Dife2entemente  
recibe la dot2ina un muchacho de diez años, que ot2o de  
cuat2o; i con mayo2 facilidad, cualquie2a dellos vend2á en  
sabe2 teje2, que à fab2ica2 un reloj; cose2 un çapato, que  
mistu2a2 un ó2gano: i nada se iguala, con lo dificultoso de  
las let2as. Que si bien se conside2a, desde que le ponen à el  
niño la caztilla en la mano, vâ siemp2e metido ent2e ino2an-  
cias i duda , hasta que po2 discu2so de tiempo, con el u2o i  
continuación, rompe las du2as co2<sup>1.</sup> sv<sup>o</sup> tezas de las dificultades,  
i poco à poco se le ace2can, haziéndosele meno: áspe2os, aque-  
llos terribles lejo , que ante: (como à indivisibles puntos)  
casi no los devisava. El cual t2abajo, viene à se2les de mayo2  
f2uto, g2anjeado po2 í, que ap2endido de los maest2os: po2-  
que van con mayo2 voluntad i ve2as, p2ocu2ando ap2ove-  
cha2se, pasando adelante. Así se valen de su pe2seve2ancia,  
injenio i buenos lib2os: de que avemos visto, con poca dot2i-

na i mucho estudio, avez flozecido muchos en ciencias dife-  
rentes, como en el esczevi2 acontece de ozdinazio, i tengo en  
mí espe2imentado, el eceso que haze lo que alcancé con su-  
dozes, à lo que de mis maest2os ap2endí; no negándoles, avez  
sido sus p2incipios, medios impo2tantísimos pa2a conseguiz-  
lo. I vemos en ot2os, no se2 los maest2os pode2osos, à enca-  
mina2 sus flojedades. Pues quien esto conside2aze, que de  
una i ot2a pa2te, tanto de las let2as, como del sujeto à quien  
las enseñan tienen dificultad notozia, confesa2áme se2nos ne-  
cesazio, p2ocu2a2 fáciles medios (cuanto sea posible) pa2a la  
entzada: que si fuesen llanos y clazos, con mayo2 gusto i  
menos tiempo, se conseguizán los deseado2s fines.

Notoziamente conocemos esto, po2que à mi pa2ece2, si  
fuese capaz el niño de responde2me, i le p2eguntase, cuál sea  
la duda,<sup>f. 9</sup> que se le rep2esenta en los p2incipios, al junta2 de  
las let2as, me dizía. Señor, si como cada una de las vocales,  
que habla po2 sí sola, po2 se2 puzas i simples, no compuestas  
ni mezcladas con ot2as, como lo están con ellas las consonan-  
tes, fuesen todas de aquella natuzaleza, que hablasen como  
suenan, sin duda, no me se2ía tan ás2pe2o ni azedo; po2que  
pa2a mí, que no se me of2ecen los inconvenientes, que à los  
que saben, más fácil me se2ía, junta2 estas dos let2as *ai*, *oi*,  
que no estot2as dos, *2d*, po2que si cada una destas está com-  
puesta de ot2as dos, i de t2es, no sê cuál dellas me tiene de  
se2vi2 en la necesidad, i mayo2 dificultad se me of2ece, quan-  
do tienen à cuatzo i à cinco let2as. po2que se dobla la confu-  
sion; salvo, si pa2a dezi2 *e2ede*, ò *c le de obedece2*, lo dizía bien  
con las dos dichas en esta mane2a, *2d*, ò *ldobdc2*; que siendo  
así, todo se me hazía ma2 de leche, i navegazía po2 él à vien-  
to en popa, pues conocido el nomb2e de la let2a, dizía lo que  
suenan, sin anda2 à el adevina2, con algunas compuestas de  
muchas, como la *f*, *l*, *m*, *n*, *h*. I es lo peo2, que ai ot2a que  
no tiene toda ella, la que me mand'an p2onuncia2, como es  
la *x*, en que piezdo la paciencia, pues no le hallo amarra de  
donde azi2me. Po2 cie2to, que si se conside2ase lo que respon-  
de, no es tan à lo niño como pa2ece, que<sup>f. 9v.º</sup> aun muchos mui  
omb2es, dizían lo mismo, i pedizles ot2a cosa se2ía hazezles

agzavio, pues pa2a el que no sabe las objeciones, i los inconvenientes que dello resultazfan, él tiene satisfecho famosamente de bien; i nos obliga, que p2ocuzemos enseñazle de modo, como mejo2 se le caze, ajuste i pegue la dotzina con el entendimiento, pa2a que de la mane2a que se haze una buena ensambladu2a, no se le devise la junta, quedando abzagados uno con ot2o, sin se2 necesazio rodea2 montes i sierras, aviendo buen pasaje, segu2o i fácil.

Considezando esta dificultad los heb2eos y gziegos, i teniéndola po2 tal; supuesto, no se2 posible valezmos del sonido ente2o de las let2as, como quisie2a este niño, po2 los dive2sos modos con que usamos dellas, vazióndolas en unas i ot2as pa2tes, con p2onunciación dife2ente, según la unión que se haze; à lo menos, p2ocuzazon facilita2las, dándoles los nombres de sus mismas voces: que reduzidas al común habla2 nuest2o, fue llama2 à la *g*, *ga*; *re*, à la *r*; *fe*, à la *f*, *se*, à la *s*; i po2 esta o2den à todas las de sus alfabetos, poniéndoles la fue2ça del hezi2 en la p2ime2a let2a de su composición. Esto fue santísimamente aco2dado, pues mui mejo2 se sab2á cómo habla2 a la *l*, llamándola *le*, *fe* la *f*, i *ga*, la *g*, que no *je*, ni *ji*; demás, que son dife2entísi<sup>f</sup>.<sup>10</sup> mas, la *ga*, de la *je*, como adelante dizemos. Esto, no se puede nega2 se2 convenientísimo, cuando no lo abonazan dos tan gzaves testigos, ecelentísimas lenguas. No lo tengan à novedad, que no lo es, i como tal se rep2ueve; que aun cuando lo fue2a, en lei de buena razón, i estando tan puesto en ella, si todo lo nuevo aplaze, de justicia se me deve recibzlo: especialmente, yendo fabzicado sob2e tan firme fundamento, como son, ve2dad, i necesidad, que me obliga2on a este cuidado. I si el remedio de semejantes cosas i de su calidad, consiste sólo en t2ata2se dél, po2 omb2es dotos i de conciencia, po2 aquellos que tienen mano i autozidad pa2a ello, i aqesto se conoce po2 evidencias, cuál av2á que no favo2esca mi pa2te? cuando no lo haga po2 más que aczedita2 las demostzaciones, pues de lo contzazio se2fa deslustza2se à sí mismos: i avemos hecho espeziencia los vivos, ave2se ya correjido muchas cosas po2 este solo medio. I pues t2atamos de las let2as (pa2a que no salgamos

dellas) con mayor facilidad, más breve i con buen estilo, se saben oi la Gramática, Retórica i Filosofía, que nos lo enseñaron los pasados.

Del esczevi2 se conoce también lo dicho, yo me acue2do, que la p2ime2a let2a que supe, fue la que oi se usa en los lib2os de la iglesia, que llaman de re<sup>f. 10<sup>ra</sup></sup> dondo, después me pusieron en tizado, de tizado pasé à cortesano, à medio punto i à punto ente2o; luego esczeví de caja, que aun se p2atica oi en los lib2os della, i la llaman redondilla, i últimamente me pusieron à escolástico i basta2dillo, que ago2a usamos comúnmente: i ceo se me quedan otras t2es ò cuat2o estaciones que anduve con las dichas, que fue2on chancille2esca, fianzeza, encadenada i g2ifo. No es bu2la, no levanto testimonio, ni salgo de la vezdad un punto, los viejos lo saben, los de mi edad lo vie2on, ellos lo digan, pues pasaron como yo los mismos pue2tos, i como en cuat2o años, no acabava el muchacho de sólo esczevi2, i e2a lo peo2, que antes de ponerles la pluma en los dedos, los entzetenían leyendo, hasta esta2 mui diest2os, no sólo en el molde, mas en let2a p2ocessada, po2 oscua i tzavada que fuese. Alabo el sez buen leto2, i vitupe2o su mala o2den i mucha negligencia; pues comenzávamos niños, i salíamos casi bazvados à la Gramática, pasándose lo mejo2 de la vida, entze las coplas del mazqués de Mantua i fecha la plana. Esto tenemos ya mui enmendado, digo, en parte, pues no se nos enseña más de una let2a, en que se comienza y acaba, po2 sez sola ella la que usamos. I hazen bien, ò díganme de qué si2ve, à quién se quieze ap2ove<sup>f. 11</sup>cha2 de la pluma, pa2a esczevi2 una ca2ta, fo2ma2 un lib2o del gasto de su casa, ò de la razón de su hazienda, esczevi2 un sez2món, ya sea latín ò romance, sabe2 guisa2 tantos portajitos de fo2mas, impe2tinentes à lo necesazio? salvo, si p2etende vlae2se dellas; que ya, en tal caso, le sezía pe2mtido, como à el músico las difezencias, i à el esgzemido2 o maest2o de azmas los flo2eos.

Esta mane2a de facilita2 el esczevi2, el p2ime2o, à quien la vi usa2, fue un maest2o de su majestad, el rei don Felipe te2ce2o nuest2o seño2, siendo p2íncipe; que su alteza, iva cu-

bziendo con tinta negra, las letras que su maestro le dava, estampadas con vezmellón algo clazo, i así las vino a sabez hazez, bien i bzevemente: a cuya imitación, è visto que otros enseñan con un plomo, señalando las letras, que fozman después los niños, po2 la señal misma como está dicho, que todo es uno, aunque mejor i más fácil fueza con la estampa, si no tuviera po2 inconveniente, que para impzimir el vezmellón, es necesazio moja2 el papel, i mucho dél se pasa después con la tinta, escziviendo encima; en especial, si el tiempo es úmedo. I bolviendo apzopósito, del buen método para esczeviz, pzegunto, pues no sale de la matezia, i si les parecez otza cosa, quédese po2 no dicho, que casi lo es en razón de bzeve. <sup>f. 11v°</sup> Si el esczeviz es un modo de dibuja2, difezentísimo de leer, qué inconveniente se sigue, que los niños apzendan uno i otro juntamente, como se les pudiera enseñaz, leer i tañez, esczeviz i dança2, ò cualesquiera otras dos artes distintas? Mi parecez es, aunque se les haga du2o à otros, i más à los maestros, que pues no son cosas que impide ò haze contzadición sabezse juntas, que después de aver tomado su lección el niño, en su caztilla ò libro, como lo tienen allí pezdido, todo lo restante del día, jugando, tzaveseando, enseñándose à mentiz, i aun à levanta2 testimonios, i otras cosas que callo po2 la indecencia, que no las callan ellos, i es lo peor, parecezles à sus padres gzacias, i el no ejecutazlas, es, porque tienen dellas la sola noticia, hablan de oídas, mas esto basta, para hazez que maduzen antes de tiempo, como el ázbol regado con agua caliente: Si repaztiendo las otras, los ocupasen decozando su lección, i después en pinta2 letras, ayudazíase uno à otro, i todo junto se sabría más pzezo. Con esto, evitazían lo malo que los malos i tzaviosos enseñan, i la pézdidá del tiempo; i sezia de mucha consideración, habitua2se à el continuo estudio, desterrada la ociosidad i sus ministzos.

Buélvome à el p2opósito pasado, i digo, que si vemos ya remediada en el esczeviz tanta paz<sup>f. 12te</sup>, qué dificultad se puede ofzece2 en lo que resta, siendo lo menos? Ya después de las letras fozmadas, izlas usando legal i otogzafamente,

cuanto à nosot2os toca, esc2iviendo como hablamos, pa2a que ot2os nos entiendan con facilidad cuando esc2evimos? i de nuest2o esc2eviz, vengan ellos à habla2, según i de la mane2a que hablamos. Qué me impozta, ò qué se me dá que la lengua latina diga *scientia*, *coniuncto*, *aucto2*, *asumpcion*, *exemplo* ni *cont2adicto2*? que haze g2an afectación i aspe2esa en el castellano, i el est2anje2o no sab2á, cómo lo tiene de p2onuncia2. I si en el supe2lativo, la voz no hie2e más de à una s, pa2a qué tengo de pone2 dos, ni dezi2 *bon2issimo*, siendo du2simo à el oído, suf2iz *tan arrogantes eses*? Tengo po2 impe2tamente dezi2, que las diciones que se dezivan de ot2as lenguas, estén obligadas à gua2da2 el o2den i let2as de su natu2al (si aviéndolas t2aído à nuest2o uso, i siendo en él admitidas, necesaziamente las más dellas cuando llegan, vienen mui ot2as i est2opeadas) pues no ai razón po2 que se deva respa2a su linaje, sino à la pa2te, luga2 i calidad como sizven; de donde dizen, cual te hallo, tal te jusgo. Bueno se2ía po2 cie2to, que dijésemos esc2iviendo, *afeminado*, *Mattheo*, *philosopho* i *offlescimiento*, po2que así lo esc2iven los latinos: f. 12v° i sin duda, no ace2ta2ía, el que dijese *transpassa2*, *exem pto*, *septimo*, *esc2riptu2a*, *cognosco*, i p2onunciase *cacephaton*, à lo que dezimos *gaçafatón*, que no lo se2ía pequeño, i mui mayo2 t2ata2 de segui2 semejantes absu2dos. Hable i esc2iva su mate2na cada uno, como quisie2e, o mejo2 supie2e, sin obliga2 à los ot2os que gua2den sus p2ecetos mismos: mi opinión se2á siemp2e, que luego como el castellano recibie2e cualquie2 vocablo, áyalo usu2pado del heb2eo, g2iego, latino, ázabe, ò de ct2a cualquie2a nación, tiene obligación p2eciza de usa2 dél, según i de la mane2a que lo admitió en la suya, haziéndole gua2da2 los fue2os de donde se hizo vezino. Algunas diciones ai, que oi conse2vamos el sonido de su p2onunciación ente2amente, como lo tiene su natu2al, à quien sólo devemos da2 las let2as en esc2ito, según las p2onunciamos con la voz, quitándoles la o2tog2affia latina, i dándoles la nuest2a, como à *filósofo*, *filosofía*, *Mateo*, *sétimo*, *pasiones* i *Felipe*, aunque se2ía tan bá2va2o, quien dijese *carrastollendas* à las *ca2nestolendas*, como el que p2onunciase *therozo*,

*placploz*, *docto2* i *abbades*, con ot2os desta mane2a; si el ázabe dijeze *cemit*, yo le di2é *acemite*, i si dize *cial* à el *açote*, *guact* à el *albacea*, i à el *almohaça*, *mahaça*, no me impo2ta, digan los de<sup>f. 13°</sup> Cantab2a se2 suyas muchas de nuest2as dicio- nes, p2uévenlo con sus etimolojías, deduciones i afinidades, i que dezimos como ellos *sayo*, *moço*, *masmo2dón*, *ve2de*, *isque2do*, *guardián*, *visarro*, *ganivete*, *cabo*, *çatico*, *motila2*, i *asma2*, que ya no están en el uso. Digan lo mismo los f2anceses, toscanos i lusitanos, que cuando también lo p2etendan los latinos i g2iegos, po2que casi como ellos dezimos à su *zizifo*, *alcofeifo*, [sic], *celo*, *zelo*, i *tósigo* à su *toxe* ò *taxico*, que se2ía que2é2melo da2 à beve2, obligazme à p2onuncia2 como ellos, ni de ot2o modo que aquél, según lo usa mi natu2al, sin conside2ación de quién e2an, o de dónde se dezivan, que à las lenguas vulgazes (como à los p2íncipes i reyes) no es necesazio pedizles, cómo ni de quién e2edazon, que ya se2ía también, sujeta2los à reconocimiento de supe2io2, i no se deve pe2miti2 po2 algún modo: ya son castellanos, háblense como tales, fí2men sus nomb2es, con las let2as mismas que vocalmente se p2onuncian; i si al f2ancés le pa2ecieze, habla2 dife2ente de como esc2ive, allá como allá, i acá como acá, háganlo en o2a buena, que su razón da2án à quien se la pidie2e, i à nosot2os ni vâ ni viene.

También vemos en muchos omb2es llama2se N. de Sevilla, de Toledo, Mad2id ò Ca2mona, po2que nacie2on ò fue2on ve<sup>f. 13v°</sup> zinos de aquellos lugazes, i po2ventu2a su linaje deciende po2 línea reta, de Velascos ò Pimenteles. Dife2ente cosa es la nobleza de la decendencia, que si me p2eguntase alguno, cuál es mejo2 vocablo, *exaje2ación*, ò *áljeb2a*, di2é, que *exaje2ación*, po2 se2 dición p2ocediente de los latinos, i áljeb2a, de *jibi2* nomb2e ázabe. Así devemos entende2, cuando se dize se2 un vocablo mejo2, cuanto se llega2e más à la lengua latina que à ot2as, no en esc2itos, mas en su nacimiento, po2 se2 más noble. No ai duda que av2á muchos conta2ios pa2ece2es, i cada uno sigui2á el suyo, según fuese más o menos comedo2 de gaspachos, i que nos avemos de dividi2 en vandos, como los est2emefios; i c2eo cuando sean los me-



nos de mi parte, que seán los mejores, i me bastan; mas en caso, que me dejen, con la carga solo, si me faltare Cizineo, no seá mí la falta, la vezdad se conoceá con el tiempo, aunque, tengo siempre por tan ilícito, nega la vezdad, como el diez mentira. Bien creo, i conosco de algunos, que si pudiesen, lo harán bulla, porque su opinión i gravedad, les pondrá delante algunas objeciones, que sé i las callo, i son éstos aquellos, tan llenos de sí mismos, que con poco ajeno rebientan, porque no les cabe, i à la vezdad, lo más es viento. Estos que todo lo hinchén, estoi satisfe<sup>f.</sup> <sup>14</sup>cho que después à solas, entre su autozidad i conciencia, luchaán inquietos; i últimamente, hiziéndose los pechos dizán, pequé de ambición i sovebia; i para desculpaz después el yerro, buscaán la salida que hallazen, con que se consolazán diciendo: yo qué parte fuí, ò qué obligación tuve, i cuando la tuviera, con mi solo parecez, qué resistencia pudiera hazer, conta tantos ò conta tontos? No me importa para con ellos, que hagan como quisieren, ò hablen según se les antojaze, que aquí cumplo con mi deuda, satisfaziendo à las más naciones, que no somos bávaos por no entendezlo, sino colélicos para no ejecutarlo. I se persuadan, que tiene Castilla de las mejores letzas i sutiles ingenios de que oi ai noticia, i bueno à bueno, tal à tal, ninguno se les aventaja. También ai mediano i malo, como en todas partes, que allá ni acá, puede salir el grano todo puzo, i en el mejor vino ai hezes, como en el ozo escozias.

QUÉ COSA SEAN, ORTOGRAFÍA, SÍLABA,  
DICIÓN I VOZ.

CAPÍTULO III

f. 14v°

SI como Azistóteles nos dize, que con dificultad se haze, lo que poco se acostumbra, cuánto con mui mayor, i con razón, aquello de que no se tiene noticia, i se inoza de todo punto: porque la inoancia, según buena filosofía, no es otra cosa que una privación ò falta de conocimiento de ciencia. Esto es, hablando naturalmente, no entzometiéndome à quezez dividiè las inoancias por especies, porque voi con sólo el jénezo en común. Pintázonla los gziegos por un tiezo niño, desnudo, los ojos vendados, cavallezo en un jumento, i una caña en la mano. Esta fue una figura llena de otras muchas, que cada qual dellas, pudieza siendo parte, satisfaze por el todo, como vezdadezísimo símbolo suyo. I comencando del niño, qué animal (de cuantos tiene Dios cziados en el mundo) es más inozante? no teme fuego, despzeza el peligro, no duda en el daño ni sabe usar del provecho, en quanto naturaleza no le socorre, con la noticia de las cosas. Desnudo, eso mismo es la inoancia, un cuerpo desnudo de saber, f. 15 i sin abzigo de ciencia. Los ojos vendados, por cierto aquesto bastava, para un famosísimo jezoglífico della, pues cosa de algún valor, no podrá hazez ni tzataz un ciego sin peligro: de qué se podrá libraz, en qué no tzompica, dónde no cae, ò cómo se defendezá de sus enemigos? por sez la vista quien dá conocimiento de las cosas. El mismo Azistóteles, tzatando de los ojos, dize, consistiè en ellos el conocimiento de la filosofía. La guezza de la razón, es igual i común à todas

las edades, andan mui correlativos, i hállanse siempre juntos, inoancia i ceguera, i por el contrario. Figúzanse los inoantes, à los animales brutos, que suelen ir en los navíos, que si por algún caso, los ombres que vienen dentro pececen, ellos quedan solos; mas, aunque tengan dentro bastimentos, i el navío esté bien pertrechado de jarcia, velas, timón, aguja, con todo lo más necesario para poder tomar puerto, se pierden sin llegar à él. Cavalleto en un jumento, qué cavalleto va sobre su necedad el necio, qué firme de pies i ajustado en la silla? cómo se gallardea el inoante con su misma inoancia, qué casado anda con ella, i cuán à peligro i riesgo, si cae, de no poderse levantar? qué bien paaseado está con el jumento? pues no se duda, i aun en cierto modo podríamos decir, goveñase dos <sup>f. 15vº</sup> cuerpos con un alma, como lo sintió Platón, diciendo estas ambas privadas, de todos los buenos hábitos. Pusiéronle una caña en la mano, como si dieran inconstante i vano es el inoante, vazías tiene las manos de cosas de impotancia: lleva una caña en la mano, símbolo del opobio, fácil i movediza, que con cualquier ventecico se dobla, i de poco se quiebra; i advertid, qué ponçosa es la hezida que con ella se haze, por pequeña que sea. Qué de daños, i cuán peligrosos vienen à ser, los yerros de los necios, cómo enconan? i es lo peor, que porque no lo entienden, los dejan pasar con desprecio, como cosa de poco momento, paeciéndoles fáciles rasguños, las hezidas penetrantes i graves. Qué anudados lleva los pensamientos, i en qué pequeños espacios. En resolución, si no me culpazan por ello, me fueza cevando en este discurso, por avésemelo venido como así me lo quiezo, i quisiera dilatar su fealdad, aborrecida (como dicen) de Dios i de la jente. Los mismos griegos, llaman à la inoancia, tinieblas ò humo, como por el contrario, luz à la ciencia; paeciéndoles, andan los inoantes ofuscada la razón, opimida en oscuridad, i como con humo à nazizes. Juvenal, Orazio i otros muchos que van con ellos, à quien les paeció, que la razón i sabiduría, <sup>f. 16º</sup> tienen su asiento en el coçagon, llaman à el inoante, cuerpo sin pecho; i Pitágozas, le dijo alma ciega.

Dejémoslos à cada uno con su sentimiento, llámenle ò pñntenle como quisiesen, que todo le ajusta bien; tñtamos de nuestzo niño, à quien tanto impozta, i deseamos que salga sabio; que cuando ya el tiempo le va pagando la deuda, rota i deshecha la venda de los ojos, la vista claza, gastado i consumido el humo de confusión, con la luz del entendimiento, viendo convenizle solta2 de la mano, la caña vana i hueca de las impeztinencias, i apeazse del asno en que iva cavallezo (aunque algunos lo an quezido haze2, i se an llevado t2as de sí los apazejos) ya cuando tñtan de razón conociendo los efetos i causas dellos, i poco à poco van desentzñando à la natuzaleza, lo seczeto y encerrado en ella, cuando comiençan à difinir i à dividir, que son los pñncipios de toda ciencia, como à fzuto ya maduzo i en sazón, capaz de toda la dotzina, le dizemos, cuánto impozta sabe2 lizamente, sin bachiñzias ni soñsticos azgumentos.

La ortogazfia castellana (la cual en razón de ortogazfia, compete à todas las naciones en común) es una ciencia de bien esczeviz. Esta dición, *ortogazfia*, tenemos de los gñiegos, i eza suya, que la compuso destas dos, *ortbos gñaphos*, que f. 16v<sup>o</sup> quiezen dezir lo dicho. Tiene su pñncipio de las letzas, à las cuales, también llama2on elementos; po2que, de la mane2a que dellos están todas las cosas fabzicadas, así, de las letzas todas las palabzas. Los pasados, dividie2on las letzas, en vocales i consonantes, i subdividie2on las consonantes, en mudas i semivocales, como en el siguiente capítulo dizemos. Después de compuestas i unidas las letzas, dellas hizie2on sílabas, que no son otra cosa que lo dicho, un ayuntamiento de letzas, de impezfeta sinificación, que se pñnuncian juntas, debajo de un espñzitu i aliento: i aunque ai algunas diciones, de una sola sílaba, que hazen cabal sentido, las cuales ya dejan de ser sílabas i se llama2án diciones; no se tñta sino de aquéllas, que se componen de dos ò más. Dezirvase *sílaba*, de *silambano* vezbo gñiego, que quieze dezir comprehende2. Ai unas que son lazgas, otras bzeves i otras neutzales ò comunes, las bzeves abzevian siempze; i *alazgan* las que son lazgas; empezo, las comunes ò neutzales, una vez podzán ser

lazgas i otzas b2eves, confo2me à la disposici3n de los esczito en ellas. La sílaba, en cuanto es una parte de la dición, cazece de sinificaci3n i sentido, porque si dijé2emos omb2e, i apa2tázemos cada sílaba de las dos que tiene, no dize algo. i juntas dizen omb2e. Desta ma<sup>f. 17</sup>nc2a, se fo2man las dicio- nes, à quien lo: Dialéticos llaman té2minos, ya sean vezbos ò nomb2es, cuya questi3n [sic] se deja pa2a los que tzatan de- llos, pues à nosot2os basta sabe2, en cuanto à nuest2o p2o- pósito, que todo es una misma cosa. Destas dicioes ò té2- minos, tiene conocimiento el oído, po2 la voz, que se fo2ma con la pezcusi3n del aize del pulm3n, ayudado de los inst2u- mentos de la boca. Divídese la voz en dos partes, azticulada i confusa; dizemos azticulada, la del omb2e, po2que desde cualquie2a de sus letzas, pe2fetamente queda concebida, i juntas todas, hazen clazo sinificado. Confusa se dize, la de las bestias animales b2utos, el mujido del buei, balido del co2de2o, lad2ido del perro, i cantos de las aves, que no se declazan, i cazecen de letzas, aunque tengamos conocimiento natuzal de su sinificaci3n, como del suspi2o del omb2e. I bol- viendo à las dicioes, digo que se componen dellas las o2a- ciones, de cualquie2 calidad ò jéne2o que sean, i no se llama- zá o2tog2afia solamente, la que fue2e obse2vando los p2eceto- i reglas, impo2tantes al bien esczevi2, po2que aun más ade- lante pasa, hasta la te2minaci3n de las o2aciones, compues- tas de las dicioes i sílabas que avemos dicho, puntuando las cláusulas con señales diviso2ias; de mane2a i tales, que se conosca<sup>f. 17</sup> po2 ellas, el ánimo del que lo esczivió, i eso es i2 o2tóg2afo, esta2 juntamente bien puntuado, po2que à muchas o2aciones, que tienen su señal conocida, si se les t2ocase, po- niéndoles otza, les t2ocazían el sentido, i aun de p2oposici3n de fê, la hazían ezeje, como se hallan à cada paso, ved pues lo que impo2ta lo dicho; i po2que, si una cláusula, un pe2fo- do, que se componen de vazias o2aciones, i están señaladas con puntos i medios puntos, admizantes, pa2éntesis, interro- gantes i otzas, las t2ocásemos, no poniendo en su luga2 lo que se requiere, pa2a la intelijencia de lo esczito, no vend- zíamos à entende2 (ò con mui gzan dificultad) lo que allí

se nos dize, 'sin se2 culpa de quien lo leyese, sino del impedito que lo escriviese. De mane2a, que no sólo se llama2á o2tog2afia, la del bien esc2eviz, mas aun la de la cong2ua puntuación.

Luego dizemos, que aquestos té2minos ò diciones, pa2a mejo2 esplica2se, i que po2 bien p2onunciadas, juntamente queden bien ap2ehendidas de los oyentes, nos conviene i es necesazio, lo que un plate2o que quie2e fab2ica2 un cuzioso vaso de plata, ò de ot2o qualquie2 metal. Ase de p2eveniz de fo2ja, en que fundiz2o i vasiaz2o, de fuellas, con que avivaz la lumb2e; de hierros, maztillos i ot2os inst2umentos, con que lab2az2o, hasta deja2lo en toda pe2feción acabado. <sup>f. 18</sup> Estos oficios hazen la boca, respización, lengua, palada2, dientes i labios, hiziendo las let2as en vazios modos, confo2me lo pide cada una; i tanto sald2á el vaso de la dición mejo2 pe2ficionado, cuanto los inst2umentos con que se ob2a, estuviesen más bien dispuestos; po2que, si aquellos à quien los dientes, lengua, palada2 i labios, ò más ó2ganos de la p2onunciación, padeciesen algùn defeto, de necesidad sald2á con el mismo, la dición ò palab2a, como la plata del vaso, si se lab2ase con maztillo desbocado; lo cual, sucedezá según la lesión de donde p2ocede, que suelen se2 en difezentes mane2as. A éstos, no se les puede pone2 coto, ni esta2án obligados à la ve2dade2a p2onunciación, empe2o, no se pod2án excusaz en esc2evizla, de la mane2a i según si pudiezan bien habla2. Tampoco es mi p2etensión, refo2maz lenguajes, ni que deje cada uno de habla2 el suyo, como quisie2e ò supie2e, según se lo enseña2on, aunque llame pepino à la pluma, ni que como los de la vida lib2e, sin ceñido2, digan red à la capa, gavión al somb2e2o, al vez atisba2, ni aviço2es à los ojos. Hablen allá su jezigonça, diga el rústico al mazqués pate2nidad, à el rei revezencia, i à el cardenal seño2ança, pues no sabe más, doi mi palab2a que av2á pocos días, que siendo huésped en un lugar <sup>f. 18vº</sup> del condado de Niebla, de más de quinientos vezinos, ví que muchos llamavan *escrivén* à el escrivano, i el mismo esc2ivano, hallándose p2esente, à *cierta* convezación escolástica, que *t2atávamos* el *cuz* i *yo*, nos

dijo. Po2 esta *sofzicança de cruz, ques hecha de queso* [sic] i *cazne, que les dieza no sé qué, po2 sabe2 latiga2 i destzoiz los latines como ellos. Quiso dexi2, litiga2 i construi2*, i pa2a esto hizo una cruz, con el index i el pulga2, poniendo una hechu2a de toda la *mano*, que pudie2a bien se2vi2 pa2a el cande2to de tinieblas. También oi *las damas* dizen, denme *la vinag2e, la cuchal, arrasta esa silla i avira esas velas*. Esto es pleito de *ac2eedozes*, i *saldán tantos à él*, que no c2eo av2á monja po2 mucha *clausu2a* que tuviese, que no t2atase de impet2a2 buleto, pa2a sali2 à defende2 su *causa*, po2 sustenta2 su *ci2ant2o, rivano, cino2ias*, i que avemos de llama2 *vezguencitas* à las del ca2ne2o.

Lo que p2etendo int2oduzi2, sólo es, que à la lengua imite la pluma, i que si dijé2emos *Eneida, Ma2tín ò tizano*, que no estemos obligados à esc2evizlo con *y* pitagó2ica, ni pongamos *h*, à la *ctá2a*, que le daña las cue2das, i suena mal con ella, ni aumenta2 con *g*, después de la *u*, ni *ono2* con *h* al p2incipio, *disenci2ón* con *dos eses*, *salmo* i *salte2io* con *p*, que se2ía da2 motivo, à que si algunos tuviesen à quien lo es<sup>f. 19</sup> c2iviese po2 *disce2pto*, no falta2ían ot2os que lo infamasen de *ne2pcio*, i donde ai cont2a2ios pa2ece2es, lo segu2o es lo más llano. Dígase cada cosa como suena, pan el pan, i *cazne* la *cazne*, como está dicho, estampemos con let2as, las mismas que p2onunciamos, no añadiendo ni quitando pues no es *necesario*, como pone2 *poeta* con *distongo* [sic], no *teniéndolo* la lengua castellana, ni se halla en ella uno ni alguno de los t2avados que usan los latinos. I si la p2onunciación es el o2ijinal cuya copia se pe2cibe, de los que atentamente la oyen, como se dijo, i la tenemos po2 la pa2te más noble, qué razón ai en cont2a2io, pa2a que nos apa2temos della, buscando pan de t2ast2igo? antes pa2ece, que se sigue mui bien, todo aquello que más la imita2e, como el azte à la *naturaleza*; i cuanto con mayo2 p2opiedad se hizie2e, *ace2cándose* à ella, eso tend2á de más ventajas. Esto se p2ueva, con que la let2a, tuvo p2incipio i se inventó, sólo pa2a *consequi2* un fin, de da2 noticia en p2esencia, de las cosas en que inte2viene ausencia; pues cómo pudie2a esto tene2 efeto,

si pa2a los venide2os ò est2años, les diésemos esc2itos confusos? con que de nececidad, ò no se2íamos entendidos, ò mudazían la p2onunciación, i con ella de lenguaje, usando el sonido de las voces con el rigo2 de las <sup>f. 19v°</sup> letzas que tuviesen à la vista, que se2ía erro2 manifesto. I pues la o2tog2affa, es un a2te de bien esc2evi2, i el esc2evi2 es copia del bien habla2, en razón está puesto, que se deve saca2 todo t2aslado, con toda fidelidad; que aquel ret2ato se2á mejo2, que se pa2ecie2e más à su dueño. I a2guye falta de cu2iosidad, i no estilo político, si podemos confo2ma2 los esc2itos con las palab2as, escusa2lo; po2 sólo most2a2se sutiles en sustenta2 i defende2 opiniones falsas, to2ciendo la ve2dad, i obligando, à que, ni seamos entendidos ni nos entendamos, esc2iviendo *huuo* po2 *uvo*, *peccados* po2 *pecados*, i *off2ecimiento* po2 *of2ecimiento*, con ot2o infinito núme2o de vocables, desta clase i ot2as, que mueven à risa, siendo como son detestables i malas; i po2 el consiguiente, cansadas de suf2i2 à los que saben; de cuya ruina se t2ata, salvo ju2e impe2tinentium.





## DE LA DIVISIÓN DE LAS LETRAS.

### CAPÍTULO IV

**D**EJAMOS prometido, en el capítulo pasado, que tratáramos en este, de la división de las letras, conforme à los pasados; cuya dotzina, de mano en mano, a venido à <sup>f. 20</sup> llegar hasta los oi presentes, dilatándola de siglo en siglos, con tal aprobación i aplauso, que no seía mucho llegar, hasta la resuzeción [sic] de la cañe. No sê, à quién haze2 cargo desta culpa, ò si diga, que an sido efetos de nuesta pezeza, cuyo veneno es tanto, que deseca con él todas las virtudes, no dejando luz ò camino, por donde corra el bien adelante, ni lleguen à su perfección las cosas. Es madre de ociosidad, i enjendra siempre abatimiento de ánimo, de donde vino à dezir Quintiliano, que se contentan los pezezozos, con lo que otros an tabajado, sin levanta2 el pensamiento, à investiga2 cosas nuevas, curiosas i de impo2tancia. También deve de tener alguna parte desta culpa, que según tenemos amo2 (si así dezi2se puede) à las cosas de nuestros p2ojenito2es, que nos parecen cosa sagrada, i que no se deve toca2 à ellas. De aquí nace, sustentá2se vejezes, alhajas i cosas viles, de ningún provecho, por sólo ave2 sido suyas, yo conocí en mi niñês à Montedoca, soldado viejo, que lo avía sido del empedado Ca2los Quinto; el cual, taía colgando del cinto. un puñal de ozejas, de los del tiempo de Marras, tan vil i despuntado, que apenas con buenas fue2cas, lo hizie2an enta2 por un melón maduro; i dezia, estima2lo en más, que un majuelo que avía comp2ado en mucho <sup>f. 20v°</sup> p2ecio: i todo el fundamento de su estimación e2a, porque un visabuelo suyo, de U2te2a, lo avía dado à su padre, para iz en el campo del

rei don Fernando el católico, à la conquista del reino de Granada. Son pasiones, no sé si diga naturales, por parecezme muy estafias, indinas de ombres cuezdos, haze algún caso de cosas, que deviezan más ocupa2 los mulada2es, que las piasas de sus casas. Esto pasa en la ortografía, que como nuestra vulga2, tuvo principios báva2os, (lo cual no niego, ni me nieguen ser de mayor grandeza, la jenezosidad i valo2, en el hijo de umildes pad2es, que la vitupezosa hazaganía, del que los tuvo nobles, i fue dejenezando dellos) escrivie2on como quisie2on, ò como supie2on, diciendo à las *vegadas, ome, nusco. atañe, tenudos, fijos, mague2 i desaguisado*; lo cual, después acá se à [sic] venido puliendo i pezficionando, en cuanto à las palab2as, dejándose las let2as olvidadas, i no repazando en ellas.

Así las llama2on vocales i consonantes, dando justísimamente nomb2e de vocales, à cinco dellas, que son, *a e i o u*, i tuvie2on este nomb2e, por su mucha ecelencia, p2onunciándose cada una por sí sola, sin ayuda de consonante, à difezencia de las más let2as, que andan acompa2adas. I acontece algunas vezes, veni2 à servi2 una, en <sup>f. 21</sup> luga2 de sílaba ente2a; por lo cual, dizemos ave2 sílabas, de una, dos, t2es, cuat2o i cinco let2as, pe2o en todas, es necesazio i fo2ço2o, inte2veni2 vocal; sin la cual, no ai sílaba, como en estas dicio2es, *quien, avazientos*, donde ai cinco sílabas, i en ellas desde una hasta cinco let2as; *quien*, tiene cinco, *a*, es una sola, *va*, tiene dos, *rien*, es de cuat2o, i *tos*, tiene t2es. Mas advié2tese, que la sílaba de *a*, que tiene una sola let2a, no es p2opia, mas, abusivamente sílaba, como le se2án todas las mas vocales, que hallazen solas. También las llaman vocales, de bocales; por que, con la sola boca se p2onuncian. Mudaz2on los impe2itos, en *v* la *b*, como de o2dinazio se p2atica, i más en Castilla la vieja, donde andan confusas estas dos let2as, como en el Andalucía la *ç*, i la *s*. I por que dije Castilla la vieja, i ago2a de pocos años à esta parte dizen los papelistas co2tesanos, *Castilla vieja*; no sé qué fundamento ayan tenido para ello; salvo, si quie2en imita2 à los latinos, i no lo acie2tan. Lo que se puede coleji2 de aqueste absu2do,

es, ave2lo int2oduzido algùn minist2o vizcaíno, que bien con-  
sidezado, ello mismo se dize, como la ca2ta que uno esc2ivió  
à sus pad2es, en esta mane2a. *Pad2e seño2, yo bueno estás,  
ca2ta esc2ivo, mad2e la leas, hierro no vendes, nadie lo quie2es,*  
f. 21v° *Dios que te guarde.* I po2 ave2 sido así, en alguna cédula ò  
cédulas de su majestad, que corrie2on de aquel oficio, se  
fue2on t2as ellos ot2os. Yo no les hallo alguna p2opiedad,  
antes al cont2azio, i que teniendo mal sonido, enjend2a en  
la p2onunciación g2ande aspe2eza; sólo tiene de su pa2te, a-  
ve2se llegado à los buenos, aunque mejo2 dije2a malos, en  
razón de romancistas.

Buelvo à mis let2as vocales i digo, que pa2a ellas, no es  
necesazio vale2nos de ot2o inst2umento, que de sólo la respi-  
zación, ella es quien las fo2ma, casi desde el pulmón, en lo  
más inte2io2 de la boca, hasta veni2las à echa2 de los dientes  
afue2a; de tal mane2a, que aun cuando descansamos de algùn  
t2abajo, sin que2e2 p2onuncia2 alguna let2a dezimos, *a*, la  
cual sale (como dije) que pa2ece arronja2la el pulmón con el  
aliento, i luego de poco más adelante, la *e*; después, ot2o  
poquito más afue2a, la *i*; à quien, po2 la misma o2den sucede  
la *o*, i últimamente la *u*, que sale po2 ent2e los labios. Todas  
tienen un mismo p2incipio en su jenezación; eceto, que de la  
mane2a misma que acá las g2aduamos, diziendo, *a e i o u*,  
en esa p2opia van saliendo, de lo más inte2io2, hasta lo más  
este2io2 de la boca, con la sola respiración, como está dicho.  
Consonantes llama2on, à todas las más let2as, po2que no se  
pue<sup>f.</sup> 22den p2onuncia2, sin toca2 en vocal; i de allí les die2on el  
nomb2e, de que suenan con ellas. Estas consonantes, las di-  
vidie2on en mudas i semivocales, de que no pienso t2ata2  
mucho, po2 no gasta2 papel i tiempo, en cosa tan impe2ti-  
nente, pues mejo2 las dividie2an, en confusas i natu2ales;  
natu2ales, las que natu2almente hablan, como la *b ç d g p q*  
*t y*, po2que dizen lo que suenan; i confusas, à la *f h l m n r z*  
*s x*, que po2 esta2 antes i después, acompaña2as de vocales  
i consonantes, causan evidente confusión, cual sea la let2a  
de donde se denomina. Mas esto i esot2o, ya cesa, con da2-  
les a todas igualdad en el nomb2e, po2 lo que dello resulta,

en jenezal apzovechamiento, de los que començazen à queze2 apzende2. I hablando vezdad, es cosa mui duza de sufzi2, i notable agzavio que se le haze à el niño cuando le pidan que adevinc, cómo se tienen de ave2 con las dichas letzas; i pzin- cipalmente, con la *h*, i *x*, no teniendo alguna dellas en sí, la que avemos meneste2; que mucho es, que digo? desculpados están conmigo, los que más titubeazen. i menos aceztazen. Bien czeo, si pidié2amos à los pasados, la causa de avezlas así llamado, que nos la diezán. I también sé, que fuezon tan dóciles i deseosos de sabe2, que se corrijezan si se les advi2- tieza de lo que ino2azon, que después acá <sup>f. 22vº</sup> se à [sic] ido descubriendo, adelgazándose los filos de los injenios. No es a- queste luga2 de agzumentos, ni ai pa2a qué segui2 las leyes del encaje, así lo quiezo, yo lo mando. no ai más razón que mi gusto.

Dejemos apa2te opiniones, que no se hizo la ca2tilla pa- za sustentazlas, ni pa2a sofiste2ías, que vend2ía todo à cam- bia2, en daño de los pobzeticos niños, à quien devemos i2 ayudando, favozeziéndolos contza su ino2ancia, hasta que salgan della, sin ma2añazles los tieznos entendimientos, que como están en leche, se co2táza [sic] fácilmente tzayéndolos à dos manos. I no es necesazio bozes, quebzándonos con ellas las cabeças, pues la razón dá tantas, i tan buenas que con- cluyen. Dígalo ella, démosle oídos desapasionados i czistia- nos, poniendo po2 delante, sólo el zelo del bien común, i respondan. Cuánto mejo2 es, dividi2se las letzas en vocales i consonantes, ò en simples i compuestas? de qué apzovecha, ò en qué sizven las mudas? llama2se deste modo, qué sustan- cia tiene? siendo como es falso avezlas, i las que dizen se2lo, les viene tan à p2opósito, commo llama2 Iuan blanco al ne- gzo, siendo dezechamente aqweste nomb2e de las vocales, à quien solo pe2tenece, i p2uévolo. Letza muda se deve llama2 la que no habla, solamente la vocal no habla, luego la sola vo- cal se2á <sup>f. 23</sup> muda. Que sea el antecedente vezdadezo, consta: po2que entze habla2 i no habla2, no ai medio, i siendo muda la letza, es dezi2 que no habla. I que no hable la vocal (de más de la evidencia) se p2ueva po2 su contzazia, po2que si

la *b ç d*, i las más que se tienen por mudas, están compuestas, i hablan con las vocales à quien hiezen, luego no son mudas, i con indisczección les diezon este nombze. I si en alguna maneza, hasta oí an sido estimadas como tales, justo sezá que se dê lo de Ceza2 à Ceza2, i lo que les peztenece à sus dueños, llamando mudas à las vocales, que lo son pzo-piamente. Mucho se corrobora i esfue2ça lo dicho, si se adviezte, que letza muda se puede justamente dezi2 aquella, que la puede fozma2 un mudo, i otzo qualqueza que no lo sea, sin ocupa2 algún instzumento de la boca, esta es pzopia g2andeza de las vocales, i no de otras letzas algunas, luego à solas ellas compete llama2se mudas. Quien sintieze lo con-tzazio, no escuse su razón, déla, i quede asentado lo que im-po2ta, pa2a que no pezescan las letzas mudas, im-po2tando que las aya. Ni es bien que las aya, ni se pe2mita semejante im-peztinencia, si dello no resulta fzuto alguno, pues no ai duda, que cuantas las divisiones fuezen menos, tzabajaze-mos menos, i más p2esto sabzemos. Lo mismo digo, de las que <sup>f. 23v.</sup> llaman semivocales, que corren à las pazejas en todo i por todo, sin que algo se difezencien, i pa2a qualque2 jénezo de ciencia, son im-peztinentes. De maneza, que vendzán à queda2 divididas las letzas en vocales i consonantes, ò en compuestas i simples, qual más quisiezen; que ya sezá cuestión de nombze, si tzatásemos desto.

Bolvamos de pzo<sup>p</sup>ósito à dezi2, encazeciendo la pzuden-cia i sutil conside2ación, con que pzo<sup>c</sup>ediezon los hebzeos i g2riegos, facilitando los p2incipios, o2denando sus alfabetos, como mejo2 de2a2los entendidos, dando los nombzes à las letzas, de las p2imezas dellas, pa2a escusa2 las dudas i confu-siones. Por cie2to, que sus dicípulos les quedazon en g2ande obligación, por el cuidado i desvelo con que tzabajazon, en da2 luz à las espesas nubes de sus ojos, allanando los cami-nos de las dificultades, pa2a que como agua claza i fzesca, beviesen la dotzina de que los dejazon enriquecidos, que no es pequenío teso2o, el método fácil i clazo, en adquiriz2 la ciencia; espe2ialmente, pa2a las tieznas cziatu2as, que como discurren poco, dudan mucho, i tanta ca2ga, sobre tan tiez-

nos años, no conviene. Conocieron la maleza, i agto de las dudas, que ofrecen las altas montañas de las letras, i socorrieron à su necesidad, procurando i2 siempre con claridad, f. 24 enseñándolos con blandura, i de maneja, que no les fuese necesario filosofar, ni andar à caça, en el conocimiento de sus primezas letras. En esta consideración, les enseñaron sus nombres propios, para que luego como las pronunciasen, viniesen al conocimiento de uso dellas. Esta dotrina fue tan bien recibida, i haze tanta fuerza en el entendimiento, que cuando no fuera de tales maestros, i la halláramos huérfana. sin otro favor ni abrigó, más de su sola justificación, la deviéramos amparar i abajar, como dina de todo merecimiento. I pues à ellos i à los latinos, les avemos desnatado lo importante, lo mejor i más floreado de que usamos, no nos despreciemos dello, hagamos el juego maña, i blazón de tan onrrado hazto, pues con él se acrecienta la virtud, i sus dueños (como la luz) no quedan pobres ni defraudados. En esta conformidad, imitando à los que nos enseñaron, damos los nombres à las letras, por el modo que se lo dieron ellos, para que siendo con facilidad conocidas, con la misma queden aprovechadas, ganando el tiempo, que no tiene precio, ni se puede cobrar el ya perdido. En el progreso deste discurso, se irá tratando desto, i después en particular, de cada una de todas, con evidentes demostraciones, que obliguen à favorecer este tra f. 24 v° bajo, que aguya en mí flaqueza de ánimo temerlo, aun si fuera muy mayor; considerando, que dél podrá resultar algún beneficio: i no se le deve dar nombre de tabajo, à el que con gusto se lleva, ni cumple con sus obligaciones, el ombre que nació para él, si no lo padece para merecer el premio, pues no se deve dar à quien más lo desea, sino à quien más correte i mejor pelea.

## DE LA CONFUSIÓN DE ALGUNAS LETRAS.

### CAPÍTULO V

**L**A cosa que más me admira, después que salí de la escuela, i con el discuzso de la razón i tiempo, tenga hecha espeziencia; es vez, cuán à toda costa nuesta, nos enseñazon los maestros; pues apenas, aviamos escapado de una dificultad, cuando nos metían en otra mayo, sin avénosla pzevenido, ni dado alguna noticia della. No supiezon sabios, i piden à los inozantes el sueño i la soltuza; salíamos de Sila, i dávamos en Cazibdis: los pies no teníamos fueza del arroyo, cuando nos metían en un piélagos; pensávamos, que nos quitavan las piedzas del camino, <sup>f. 25</sup> i hallávamos hoyos en que cae de cabeça; lo cual, nació de su negligencia, enseñándonos por un *a b c*, falso por falto; i como tal, deviezan colgarlo en la picota. Eran como regatones, que lo que no pueden huerta en el pzeio, huertan en el peso: enseñavan solas veinte i dos letzas, del uso común, dejándose otras muchas, como si para ponezlas, les falta papel en la caztilla, ò fuezan tan sin pzevecho, como la *k*, que no la conocemos, más de por la figura, sin seznos de algún pzevecho, pues no la tenemos de su hechuza en la lengua castellana: faltan las impoztantes i foçozas, i ponen lo que no es de sustancia, como si lo fueza. Cuando ya el tiezno niño, tiene conocidas estas letzas, i mui ufano sale de silaba, que con el deseo de sabe, quieze comença à junta las partes en algún libro, le representan otras nuevas, que nunca vio ni oyó, que como si se las uviezan enseñado, quiezen que las conosca, tate i sepa el uso dellas. Este yerro, es mui jenezal en todos los que algo saben, pazeceles, que los otros no inozan; a lo menos, que no



es dificultoso lo que nos enseñan, teniéndolo po2 mui clazo i llano; i nace, de avé2seles olvidado à ellos, lo que les costó el sabe2lo. Quiezes bolve2 à entende2 lo que t2abajaste, pa2a sabe2lo que sabes? ponte à que2e2 sabe2 lo que no<sup>f. 25vº</sup> sabes.

G2ande simpleza es, i no de las meno2es, pone2 el número de veinte i dos let2as, dejando como desp2eciadas las que faltan, sin haze2 caso dellas, como de cosa inútil. Yo hallo po2 mi cuenta que tenemos, veinte i ocho impo2tantísimas, i aun deven se2 tzeinta; mas estas dos últimas, la una dellas, no es mui ecencial, i pod2íamos pasa2 sin ella; pe2o la ot2a, vezdadezamente nos falta, i es necesazio añadizla, pa2a esczevi2 con p2opiedad i legalidad: no po2que ca2escamos de su sonido, mas hazémoslo con let2as imp2opias i dobladas; cuyo remedio, siendo fácil, es conveniente: i en caso que quisiésemos pasa2, como el cojo con sus muletas, de la mane2a que los pasados; à lo menos, es imposible, sin alguna de las veinte i ocho. No sé, cuál aya sido la causa, que siendo todas let2as, i teniendo cada una su señal, sonido i nombre dife2ente, no se nos dá noticia, de unas i ot2as à los p2incipios, hasta que después, damos de ojos en ellas. Qué delito cometie2on, ò qué inconveniente impide, à no pone2 en el *a* *b* *c*, la *ç*, *j*, *ll*, *ñ*, *z*, ni se les acue2da dellas? ò pues, ya que las usan, po2 qué las t2aen confusas, la *f* con la *s*? que aunque aquestas (como dizemos en su luga2) no andan lib2es de culpa, estánlo sin duda la *v*, con la *u*, la *i* con la *y*, que no sé po2 cuál razón, <sup>f. 26</sup> las t2uecan po2 momentos. Cada una dellas tiene su sola2 conocido, i como si así no fuese, las hazen dejene2a2, llamando *i*, à la *y*; *i* *u*, à la *v*, siendo yerro evidentísimo, po2que si sus nombres fuesen unos, también lo se2ían sus voces, lo cual es falso, i sabemos con evidencia, que la *v*, i la *y* consonantes, hie2en siemp2e à las vocales, i la *u* i la *i* vocales fo2ço2amente son he2idas dellas; eceto, en p2incipio de dición ò sílaba, p2ecediendo à las consonantes, como dizemos en el capítulo nono, t2atando de las vocales, luego la voz, el nombre i el efeto son dife2entes, como también la hechu2a. I siendo así, que no se duda, tampoco se<sup>9</sup> repa2a, en t2ae2las de aquí pa2a allí, rebueltas i enredadas,

no advirtiendo en lo mal que hazen; antes vemos, à los que se pzejian de mejozes i más obse2vantes oztóg2afos, haze2 como el diest2o albañi, que tan p2esto asienta un ladzillo, con la mano isquie2da como con la de2echa, también se sizven de la *v*, como de la *u*, de la *i* como de la *y*. Aquesta confusión, estos abusos, pudie2an (como tales) los buenos maestros, escusa2los à los p2incipios, enseñando como deven, lo vezdade2o i cie2to: mas cómo da2án lo que no tienen? ino2ando ellos, de nece2idad se sigue, saca2 dicipulos ino2antes

Gzande p2ovecho se si <sup>f.26v°</sup> guie2a, si uvie2a quien con vezas, quisie2a t2abajaz en esto, quitando lo supé2fluo, i desa2povechado como la *k*, que ni es lo que suena, ni lo fué, ni se2zá pa2a siemp2e (cuanto à nosot2os) po2que tenemos la *c*, let2a p2opia nuest2a, que sizve aquel oficio, aunque (sin adve2tiz en ello) la tenemos po2 la *ç*; la cual, sin aquella pihuela à cedilla es *k*, con que p2onunciamos *ca co cu*. Avémosla llamado *ç*, hasta oi, no siéndolo: i así dezimos con ella dife2entemente, *ça ce ci ço çu*, pa2a la *ce ci*, no es necesazio pone2 cedilla, supuesto que no puede tene2 ot2o sonido, aunque siemp2e la deve tene2, pa2a se2 conocida po2 su natuzal p2onunciación; i po2que, pa2a dezi2 *que qui*, nos valemos de la *q*, sin emba2go de ot2as opiniones que ai ace2ca desto, como dizemos. Con lo dicho, dejamos à la *k*, esclu2da de nosot2os, quedando en su luga2 la *c*, pa2a las t2es vocales, *a o u*; i no le hazemos ag2avio en dejazla, pues nunca la tuvimos ni fué nuest2a. Buélvase à su tierra con sus amigos i deudos que acá tenemos à la *c*, pa2a dezi2 *ca co cu*, i la *q*, pa2a *que qui*, como en jenezal se p2atica, i tiene po2 dotísimos va2ones, i oi está ent2e nosot2os admitido, i lo vemos en la lengua latina, que à p2incipio de dición i sílaba, la p2onuncian según está dicho, con estas t2es let2as <sup>f.27</sup> *a o u*, diziendo, *causa, calciamentum, castilas, copia, ro2, co2am, cogito, cu2, cupio, cu2a*: i en los finales dellas, es lo mismo, como en *hunc\**, *donec, illuc, ac, haec, hic, hoc, huc*, i ot2os muchos. I con la *e* i la *i*, en p2incipio i medio de dición, se p2onuncia como *ç* diziendo

\* El texto *huc*, luego repetido.

*cedo, certe, centum, cizcun, cives, facio, solicitus, &c.* Con esta regla jenezalísima, que no padece alguna ecepción, dejáremos destzuído un erro2 notable, de los que à cada paso, con la *q* escziven *quentas, quantas, quales*, las cuales pa2a mí, son g2andes inadveztencias ò descuidos. Aquí se ofzece una duda, i oigo ya la objección (hiziéndome à los oídos) de los que dizen, qué razón ò causa tengo, pa2a no admiti2 en el uso à la *k*, i dejaz en su luga2 à la *c*, pues como se dize con ella, *ca co cu*, se pudie2a esczevi2 con esot2a, *ka ko ku*. También, demás de lo dicho, ya pues quie2o dezi2 con la *c*, *ca co cu*, po2 qué no dizé *que qui*, desta mane2a, *ce ci*, qué ot2o pzevi2lejo tiene la *q*, que la *c*, pa2a esta pzonunciación? i se dizfa mui bien *ca ce ci co cu*, con que podzíamos embia2 à la *q* con la *k*, dejándonos la casa, desembazaçada de costa sin p2ovecho. A esto se respnde, que se deja *k* po2 lo dicho, no se2 let2a nuest2a, ni esta2nos bien que lo sea, po2que cuanto las let2as fuezen más fáciles en su <sup>1.27v°</sup> hechu2a, tanto tienen de mayo2 estimación i ventajas: la *c*, demás de se2 antiguo cziado, i p2opio familia2 nuest2o, apenas la pluma se mueve, cuando ya queda fo2mada, i pa2a la *k*, son meneste2 muchas bueltas, tázdase mucho en compone2, i no es eso lo que buscamos. De la *q* está bien dudado; supuesto, que ai razones con que se pudie2a pone2 su negocio en condición; mas, como avemos de veni2 à lo impo2tante, no ai pa2a qué nos detengamos de rama en rama, sin algùn p2cpósito. Aunque de la lengua latina sabemos, ave2lo usado muchas vezes: i el mismo Quintiliano dize, tene2 tanta fue2ça la *c*, pa2a hezi2 en todas las vocales, que Cicezón, queziendo moteja2 à uno, que le pedfa le favo2eciese pa2a impet2a2 cie2ta dinidad en Roma, le respondi2, *Ego quoce tibi fabevo*; donde, diziéndole *quoque*, le dijo *quoce*; po2 se2 hijo de un cosine2o; i avfa entonces, quien p2onunciase la *c* po2 la *q*. A imitación de los latinos, dizen oi los toscanos, *che chi*, metiendo po2 medio la *h*; lo cual, pudié2amos también usa2 nosot2os, i no fue2a malo, según Quintiliano, i ot2os que lo siguen, si lo pudié2amos haze2 cómodamente, quitándole la *h*, po2que no dijésemos, *che chi*, como en *chico, leche, chiste, muchedumb2e* i ot2os, que

son p2onunciaciones natuzales <sup>f.28</sup> nuest2as, i si no se les quita-se, à cada paso, se nos ofzece2fan mil inconvenientes, que se-2fa necesazio gasta2 i 2tabaja2 mucho tiempo pa2a salvarlos: i si con la *c*, dijésemos *que qui*, pudié2amos escusa2 la *q* como la *k*; empe2o, es más p2opia p2onunciación con la *q*, i pégase más, teniendo mejo2 sonido, po2que con la *c*, haze algo áspe-2a la voz dando cie2ta mane2a de aspización imp2opia. I aunque lo dicho no concluye, ni son razones pe2entozias, fa-vo2ecen à la *q* muchas cosas, pues de más de se2viz, en los vezbos i nomb2es relativos, también lo haze con los adve2-bios i conjunciones, i es una de las let2as más usadas que te-nemos, i que con aquel sombze2ito que se le pone,\* haze sí-2laba; empe2o, lo que más la favozece i con razón, es, que si se usase de la *c*, pa2a dezi2 *que qui*, no sab2íamos muchas veces lo que avíamos de p2onuncia2, pues dizíamos tan p2es-2o, *ce* como *que*, i *ci* como *qui*, lo cual se2á confusión terrible. De mane2a, que nos an ce2cado de todas paztes, pues con la *h*, se dizía *che*, i sin ella *ce*. I pues de necesidad à de que-2da2 en el uso, hagamos oficio de juez componedo2, pá2tase la juzidición, quédese la *c* como está dicho, pa2a con que di-gamos *ca co cu*, i la *q* si2va en *que qui*, como siemp2e lo an hecho los que saben; aunque, como dizemos, le ave <sup>f.28vº</sup> mos de ce2cena2 la *u*, po2 no impo2ta2le.

Adelantémonos un poco, pues me pa2ece queda2 con sa-tisfacción asentado lo dicho. 22atemos algo de la *g*, que ni sabemos dónde, cuándo, ni de qué mane2a se tiene de usa2, della, que ya unas veces, vemos esczeviz *Gezónimo*, i ot2as *Iezónimo*, bien se2ía saliz de duda, i acaba2 de sabe2 al cie2to, cómo i dónde avemos de acomoda2la. Ya me doi po2 mal respondido, pues no me dejan satisfecho con dezi2, que como la *c*, con la *e* i con la *i*, haze *ce ci*, de la p2opia mane2a, la *g* con las mismas let2as dizá *je ji*. Pues à mi vez-2dad, que aquesta no la es, i que ai mucho que haze2, hasta dejazlo llano. Cuando se 22ate della, en su mismo cap2tulo décimo, halla2án los inconvenientes que dello se siguen, i lo

---

\* Es decir, el signo *q*

que devemos usar, que la *j* sea *je*, i la *g* sea *ga*, para no es-  
criver *higo* por *hijo*, ni *paga* por *paja*; supuesto, que cada  
una destas letras tiene su término redondo, *ga ge gi go gu*,  
*ja je ji jo ju*, para escusar embazas i confusiones, que por  
se tan vazias i tantas, no solamente los niños, mas aun los  
ombres i viejos, hallándonos en ellas nos perdemos. De lo  
cual se sigue, que los deseosos de nuestro vulgar no lo saben  
aprender, por inostrar la verdad, los que lo quieren enseñar;  
i nosotros mismos, tampoco nos entendemos; porque, aquí  
veemos im<sup>r. 29</sup>proso con *j*, lo que allí con *g*; i por ventura,  
uno i otro en cuatro renglones. Los cuales inconvenientes,  
dejarán de serlo, dando la dotrina llana, sin excepciones ni ob-  
jecciones, con el remedio de que allí tratáremos [sic], hablan-  
do cada letra lo que suena.

I para, que con evidencia se conosca, cuán lejos de lo  
cierto andamos, i los bazarismos de que usamos, quiero dar  
à conocer, por un valiente absurdo, tan sin razón como an-  
tiguó, cuán de buelas avemos tratado hasta oi, de tan im-  
portantes cosas, i el engaño de los pasados, que aun lo con-  
servan los presentes. Qué razón pudieron tener ò tenemos  
para poner *Iuan* abreviado con estas letras *ju*<sup>o</sup>, ò por qué  
nos quieren decir que allí lo dice? porque si *juan* la *o* es im-  
pertinente, i si *joan*, la *u* no es necesaria. I como poco à  
dijimos, en *cuentas*, que lo ponen con *q*, especialmente, quan-  
do lo hazen abreviatura. Lo mismo es *Xpo*, *Xpova*, que para  
uno i otro, la *x* i la *p*, andan sobradas. No sé qué pudo ser  
su pensamiento, del que primero dio en ello, salvo si de ro-  
deo, lo quiere traer por los cabellos, con deduciones giegas,  
i llegaría tan cansado de violentado, por no averse sabido  
entender sus letras, que no tendrá fuerzas en que sustentarse,  
pues pareciéndoles à los latinos, quisieron valese dellas,  
no considerando, que la *X*, es una *C*<sup>f. 29v<sup>o</sup></sup> aspada suya, co-  
mo la *ch*, de los latinos, para decir *chazitas*: i la *P* nuestra, es  
*R*; i aunque, para todos es una (en ambas letras) la figura, si-  
ven à cada uno diferentemente, acerca de su voz. Lo mismo  
hizieron, con esta dición *Iesús*, que abreviándola, pusieron  
*IHS*, por no entender, que si los giegos pusieron *H*, fue,

porque acezca dellos, es letra vocal suya, como la *E* nuesta, i lo mismo como si dijera *IES*. No à sido lo dicho tan sin propósito, que no aya provado con ello, como el esczevi à estado à el gusto de cada uno, sin otro azte, ni más orden, que la sola propia voluntad. Que à todo lo dicho, repliquen los que saben, hazán bien, porque lo saben; i es, cizola2 el oro, i afina2 la plata, dejando en su ve2dad cada cosa; mas es dolo2, que quie2a el seño2 fulano, si no es que ya le llaman don fulano (confuso de sola2 conocido, i de todos quatro costados umilde, así en el entendimiento como en dotes naturales, porque sólo abundó de dine2os i buenas t2aças) da2 su pa2ce2 por sentencia, t2atando al propósito, como la rana de la música, ò de las azmas el covazde, i dicha su sentencia; como suya, la quie2e pasa2 adelante, aunque la tizen cien yuntas de bueyes, i à peso de reales, i cuando, se hallan atajados de todas partes, lo meten à bazata, él i sus valedozes, que nunca les falta <sup>f.30</sup> su semejante, que digan que Séneca fué un tonto, preguntadles, en qué, ò cómo lo saben, i dizán, porque sí ò porque no, i si los ap2ietan algo más, acotazán con el molde, teniendo à la imp2esión por su evanjelio. Así dizán que lo viezon, en las coplas compuestas por Iuan de Timoneda, ciego p2ivado de la vista co2po2al, imp2esas con licencia; ò lucu2a [sic] g2ande, como si el ciego no fuese ciego, i los correto2es de las emp2entas, omb2es; ò supiesen otros p2imozes i lenguaje, del que les enseña2on como à mí, que fue poco i malo.

Dejemos esto, i viniendo à lo que más impo2ta; sezá conveniente i necesazio, pone2 en el alfabeto las letras que faltan, i que se deshagan los t2uecos, de las que andan erradas; i especialmente, la *v* por la *u*, i la *y* por la *i*, pues las unas eje2cen officio de vocales, i las otras de consonantes: aunque la lengua latina, no se à escapado deste yerro, i más en la *v* por la *u*, poniéndolas à su beneplácito (como dizen) à su alved2ío i sin orden alguna. Si ella que a sido, i es, la p2incesa de las lenguas, la más g2ave i jene2al, cayó en aquesta flaqueza, no es mazavilla, que nuesta vulgar2, que tiene de aye2 su p2incipio, como à niña, que aun le faltan pechos,

tenga impezfecciones: que si los p2esentes i venide2os, quisiezen acudi2le con algún cuidaðo, fácilmente queda2á ex <sup>f.30v°</sup> pu2gada de todo vicio, tan elegante, que ninguna se le aventaje, i pocas le igualen. I po2que, aquí començamos à t2ata2 de algunas let2as que faltan en el alfabeto, en el capítulo siguiente, se ha2á más de p2opósito, con la razón que algunos an dado, pa2a no pone2las, aunque pa2a mí, ya sê que son pocos los que saben más, y muchos los que menos, i (considezando lo que nos falta) todos nada.

## DE LAS LETRAS QUE NO ESTÁN EN EL ALFABETO.

### CAPÍTULO VI

**P**ARA el ve2dade2o núme2o de las let2as, que o2dina2ia-mente usamos conve2sando, nos faltan po2 señala2 seis fo2ço2as, las cuat2o no están en el alfabeto, de quien t2ata-2emos en este capít2ulo, i las ot2as dos, aunque las vemos estampadas, es como si no fue2a; po2que, como acabamos de habla2 dellas, que son la *v* i la *y*, de cuyo uso nos ap2ove-2amos, como nos vienen à la mano, i no es mazavilla, pues ya las tenemos conve2tidas en loable mantenimiento; i nos acontece, como à la donzella de quien se dize, que se alimen-2ava de venenos, i mu2ió desp2és comien<sup>f.31</sup> do viandas na-2urales. Así ago2a, se les hazán t2o2igo à muchos estas ve2da-2es, pues uvo auto2, no poco gzave, que hizo seis vocales, i dijo se2 una la *y*, no sê, qué raz2n pudo tene2 paza ello, ni la dió.

Desp2és de las ya dichas, tenemos ot2a let2a pe2dida, i en ve2dad que me2ece anda2 ganada, que es la *z*, po2 lo mu-2cho que la usamos; i sin quien, se2ía imposible pasa2 nuest2o vulga2, po2 se2 la que corre más ent2e nosot2os; i hazemos mal, como lo vezemos en este capít2ulo. Andan descarriadas estas let2as, po2 ave2 sido pocos los que se les à dado algo po2 ellas, no gua2dando mé2odo, i à la disposici2n de pasto-2es, descuidados de sus ove2as; i po2que, ya no es justo de-2ja2, que corra el da2o más adelante. sin cumpli2 con la obli-2gaci2n, en que nos puso el que repa2tió los talentos, ya que no con el estilo i elegancia que ot2os, à lo menos, con la pun-2tualidad i ce2teza que lo siento, dizé lo que dello alcanço. Hasta oi, avemos visto la remisi2n que se à tenido, en da-2nos alguna noticia destas let2as à los p2incipios, i pues, no



es posible pasa2 sin ellas, a sido mucho descuido, no pone2 las con las más, pa2a que fuesen con ellas igualmente cono2idas, i no causasen después novedad, que aun, casi albo2otan, cuando en que2iendo deco2a2 las vemos; que fo2çosamente, à los p2ime2os pasos, venimos à da2 de ojce en <sup>f.31v°</sup> ellas. I no es mucho, no aviendo visto una cosa, que teniéndola después p2esente, repazemos en ella. Salimos del *a b c*, cuando niños, començamos à silaba2, que confieso de mí, que ya c2eí tene2 concludidos mis t2abajos, pazeciéndome que los mayo2es, ò todos estavan encerrados, en conoce2 i junta2 aquellas let2as: cuando me pazeció, que pudie2a saliz à oí2 alguna ot2a facultad ò ciencia, po2que con mui mucho menos, vía yo à ot2os de manteo i sotana, llama2se licenciados, me salie2on con let2as nuevas, que me costazon açotes nuevos el sabe2las. Cuánto fue2a mejo2, que todas estuvie2an juntas, pa2a que juntas las ap2endiesen. T2atando yo desto; con algunos maest2os, que me pazecie2on de mejo2 opinión, i en razón dello, c2eí tenían mejo2 entendimiento (aunque no es regla cie2ta) me respondie2on. Seño2, no es necesazio; po2que, las let2as que faltan que son la *ç j ll ñ*, hazemos cuenta que están en el *a b c*, i sin esto, es cosa fácil enseña2las después, cuando van deco2andc. Admi2éme, de una tan bá2va2a respuesta, i ent2e mí dije. O ino2antes, en cuán poco estimáis el bien común, qué poco dolo2 tenéis del tiempo que se pie2de po2 alazga2 vuest2a ganancia. Todo lo hazéis nada, i menos el mucho dine2o que los pad2es gastan. Quisie2a manifesta2les mi sentimiento con <sup>f.32</sup> palab2as, castigando su to2peza con riguzosas ob2as: pues haziendo el oficio que usu2pan de maest2os, no siendo medianos dicípulos, dest2uyen la virtud, enseña2do vicios. Callé, sin replica2 palab2a, po2que colejí de su respuesta, la falta de sabe2 que padecían, i enco2jiendo los omb2os, los dejé pa2a ino2antes, no atzeviéndome à replicarles. Po2que las cont2ove2sias, no se deven t2ata2 con quien poco sabe. Lo que más es de conside2a2, fué, que como si les uvie2an lab2ado los entendimientos, en una misma tuzquesa, ò co2tá2olos à una ma2ca, lo mismo que los unos, me respondie2on los ot2os, no haziendo dife-

zencia, aun en las palabras. Disimulé con ellos, i no conmigo [sic], que luego propuse de haze2 este breve tratado, para confusión de sus inocencias, en aprovechamiento de los que quisieran salir de ellas.

Vengamos pues al propósito, cerca de la composición destas letras i su origen, para que se vea, la poca razón que tienen los que así lo sienten; pareciéndoles, que por salir unas letras, de otras de su misma especie, son casi unas; i por aquella poca señal que se les haze, son diferentes. Eso mismo es lo que yo digo, i que si no la tuvieran, fueran las mismas; empero, con aquella novedad ò niñezia, no casi, mas ya son muy diferentes, i otras de las que antes eran. De buena filosofía sabemos, <sup>f. 32v.º</sup> que la corrupción de uno, es la jeneración de otro; si à la *a*, le subiésemos un poco el mástil, sería *d*, i si se lo bajásemos *q*. La *c*, añadiéndole un pelito queda hecha *e*, i si se lo pusiésemos abajo, sería *ç*. La *j* se compuso de la *i*, que bajándola del renglón, ya deja de ser vocal, i se haze consonante; la *i*, era vocal, muda que no hablava, ya después de compuesta, habla i se dice con ella: *ja je ji jo ju*; la *l*, que pizemo decía *la le li lo lu*, juntándola con otra su semejante, dobla el sonido, i ambas dicen, *lla lle lli llo llu*. Lo mismo es la *n*, que si pizemo decían con ella, *na ne ni no nu*, ya con aquella tilde, muda sonido diciendo, *ña ñe ñi ño ñu*. De la *r*, sale la *z*, ò de dos *eres* hizieron la *r*, que se diferecian, en sólo aquel rasguillo de arriba, con el cual, ò sin él, suena más o menos fuerte. Son estas letras como semitonadas unas de otras i en esa razón se fundan, los que dicen ser de poco momento, ponerlas o no en el alfabeto; mas, mi parece2 es muy diferente, i que la misma razón de su escusa, los causa; porque ya nos consta, ser en todo diferentes, así en hechura como en sonido i nombre. Sucedióles, lo que à los cuartos de Castilla, que valen doblado que antes, por la nueva señal que les pusieron, el dos vale cuatro, i el cuatro pasa por ocho: toda es una misma moneda, i la que fué <sup>f. 33</sup> antes, mas aquella nueva diferencia en el número que les pusieron, la dejó altezada, i otra de la que antes era, dándole otro nuevo valor. I si bien se considere,

pocas letras ai, ò ninguna, que no se pazesca en algo à otra, i aun po2 mui poquito, dejazfan de se2 lo que son, i se2fan dife2entísimas, como se dijo en las pasadas; conside2ando, que si à la *f* [ese] le cruzásemos un palito, se2fa *f* [efe], i e la *c*. I si me confiesan la dife2encia en éstas, no me la podzán contzadeziz en las otras.

Dejemos esto, i bolvamos à la *r*, una de las que más impo2tan, i menos cuenta hazen della. Si no se duda, que tenemos *r* i *z*, i que la *r* se p2onuncia siemp2e doblada, diziendo *ra re ri ro ru*, i la *z* como senzilla dize, *za ze zi zo zu*: i se2 májima [sic] de Azistóteles, tene2se po2 impe2tamente, haze2 po2 más, lo que se puede con menos, pa2a qué se tiene de duplica2 la *r*, diziendo *querría?* supuesto, que pa2a que diga, *ra re ri ro ru*, no impo2ta más esta2 enmedio que al p2incipio de la dición. Esto se nos pegó, de la lengua latina de los mode2nos, di2fa mejo2, de la mala corrección de las emp2entas, i descuidos de auto2es, erra2on, i oímos canta2, sin sabe2 en cuál corral; pa2eci6nos, que po2 usazlo ellos, e2a bien haze2lo nosot2os à su imitaci6n; quisimos contzahaze2 lo que no supimos, ni supie2on entende2. Casi alude à esto, lo <sup>1.33v°</sup> que sucedió en tiempo del empezado2 Cazlos Quinto, que como nos es notozio, estava gotoso, à cuya causa, pa2a cal2arse çapatos, les hazía da2 po2 encima del empeine, unas cuchilladas la2gas, i si e2an botas, que se las abotonasen de abajo arriba. Die2on tanto los co2tesanos en el uso nuevo, que tenían en menos pa2ece2 gotosos, que dejaz de imita2 à su p2íncipe. No conside2a2on, que nosot2os tenemos *z*, i los latinos quisie2on ca2ece2 della, i suplen con una *r* su luga2, en cuya dife2encia, ponen dos enmedio de la dición, con que dizen *terra, ferrum, turris* i *corripio*, con los más de su calidad. I dado caso, que como pueden i no quie2en, quisie2an i no pudie2an tene2la, (que no me puedo pe2suadiz, no se2 éste, como los más yerros de los mode2nos) à nosot2os qué va ni viene, que la p2onuncien ò no? Po2 ventu2a, po2que se sizven oi algunos, i aun muchos ò casi todos de la *t*, usándola como nosot2os de la *ç*, avemos de haze2 lo mismo? No se sabe, que con se2 ella la más corriente i jene2al, pues en

los concilios i juntas g2aves i g2andes, donde concurren vazias naciones, la hablan en común todas pa2a entende2se, i cada uno la p2onuncia dife2ente del ot2o, sin que hasta oi sepamos, quién usa della mejo2, ni lo an podido ave2igua2 dotísimos vazones, po2que no hallan <sup>f.34</sup> fi2me, sob2e qué funda2se los unos cont2a los ot2os, más de las opiniones de singula2es, cada nación la suya. Sigamos pues nosot2os la nuest2a, que podemos defende2la, con razones de que ca2ecen ellos. Quede asentado, que jamás po2 algún caso, tiene de duplica2se la *r*, teniendo *2*, i si quisie2en dezi2 *perro*, basta2á dezi2 *pero*, pues pa2a *pe2o* ai *2*.

Díjome un medio bachille2, g2aduado de maest2o (como si no uviese bo2las de bu2las, i se las pusiesen à los bu2tos, i muchos capi2otes como de halcones, que t2aen ciegos à sus dueños) ò seño2, que pa2ece la *2* un dos de guazismo, i no se2á lícito, haze2 de los núme2os let2as, aunque lo cont2azio esté recebido. Quie2e ve2 lo poco que dize, i menos que sabe? pues diga, cuáles fue2on p2ime2o, los núme2os ò las let2as? quién duda que los núme2os? luego dellos dizemos, que tenemos una tuzba multa de let2as. En el guazismo, el *ze2o* es una *o*, que aunque po2 sí no vale, dà valo2 à los más núme2os que se le anteponen, como los Azisméticos lo t2atan: la *i* es *uno*, la *3*, *tres*; la *5*, *cinco*; la *6*, *seis*; i buelta del zevés, *nueve*. I en la cuenta castellana, la *i*, es *uno*, i po2 uno, cada una, valen juntas hasta cuat2o; la *V*, *cinco*; la *X*, *diez*; la *L*, *cincuenta*; la *C*, *ciento*; la *D*, *quinientos*; i la *M*, *mil*. Téngase po2 satisfecho, i su obje2ión po2 impet2inente. <sup>f.34v°</sup> Algunos como los papagayos, dizen *Ped2o*, p2eguntan, i se responden, cómo estás lo2o; que verdade2amente, hablan i no saben qué, pues en replicá2doles dizen, así lo hallé, fulano lo dize, así se usa, esto me pa2ece. A mí no me pa2ece, aunque así se use, i lo diga çutano. Que ob2a de sabios es, no menti2 en aquello que se sabe, i manifesta2 la ve2dad al que no la dize. Po2que, la narrativa menti2osa, es mundo sin sol, i cue2po sin alma.



## DE LA FALTA QUE TIENE LA LENGUA CASTELLANA DE UNA LETRA, I SU REMEDIO.

### CAPÍTULO VII

**P**ARA que una obra se pueda llamar perfecta, consumada i buena, conviene que algo no le falte, de todo lo importante i necesario, no sólo à lo esencial mas à la policía, curiosidad i ornato della; sin lo cual, ò alguna parte, quando viniese à quedar padeciendo alguna nota, dejaría por sola ella (siendo aun muy pequeña) de conseguirse aquel fin que se pretende, como imperfección, i defecto à los ojos de los ombres. Considerando esto, i avez llegado, no sin pequeño trabajo, à lo <sup>f.35</sup> que con muy asiduos è podido alcanzar i descubrir, por no avez tenido en muchas cosas maestro, para tarta de refutar à tantos, i avez caecido de otra luz que sola razón, para subir à la cumbre deste monte: aunque lo mismo ceyezon los pasados, i me podían acusar los venideros, dejándome muy atrás i escuzecido; porque afinándose más las cosas, coztarán resecos, i nacezán pimpollos verdes i frescos; produzizánse nuevas flozes, vezánse otras bizarrías, con cuya tinta escuzecezán estos borrones. Mas quiezo que czean los por nacez, dos cosas, mi deseo de acetzar, i que los oinacidos de nuestra nación, an arribado à la mayor elegancia, dándole à nuestra lengua castellana su verdadezo punto. En tal maneza, que (caeciendo de lo mejor, que no conocemos ni alcançamos, i podría después aventajarse à lo presente) como quien oin lo inoza, digo por encazamiento, que si pasaze de aquí, sezá para declinación. En estos tiempos, vemos admizables prácticos, de todo lo que cezca desto dejazon es-

czito los teózcicos, gallazcos fzasis i muchos, copia i enezjía en las palabzas, estilo suave, donaize i elegancia en todo. Hállase p2opiedad en dezi2, umilde ò gzavemente, ya levantando (à pe2de2 de vista) los pensamientos, ya llevándof.35v° los bajos, po2 sobre la haz de la tierra, según haze al p2opósito en lo que se ofzece, ò tomando los medios; que tømbién es necesazio en muchos casos, que no son los ombzes todos ánjeles, bzutos, ni comunes. Esta difezencia tiene, lo que se habla i esczive, que ni se tiene de sustenta2 el cavallo con aves, ni con paja los halcones: un fzasis, una palabza, es loada en tiempo, que fueza dél, se tendzía po2 descomulgada i mala; tzaído à su p2opósito, se pezmite un donaize, i no siempre sezia bueno. Esta o2den, aun se gua2da en los banquetes vestidos i músicas. Dispa2ate sezia, da2 à un sayagues [sic] toztadas ni jigotes, vestizlo de calça enteza, ni pedizle que dance, à otzo son que de su gaita o tambozino.

En esta confozmidad, t2atazemos aquí de la oztogazfia, no la ofzeeco à rústicos, que bien los conosco, i sê que no es manja2 suyo; no à los maestros, que sezia temezidad pensa2 que puedan se2 dicípulos, esczivo solamente, à los deseosos de sabe2 lo que inozan, ya sea po2 cuziosidad ò gzanjezía. No pido ni p2etendo, que se abalancen à ello sin p2udencia, mas que lo conside2en sin malicia, po2que siempre la cautela, es borrón en la vezdad. I pues oi se conoce (como está dicho) tanta elegancia entze nosotzos, tanta cuziosidad i disczición de palabzas i esczitos, i cada oza vemos descubzise tesozos, f.36 de riquísimas novedades en esta matezia, i tan flozidos injenios, que son lo que más ñevemos estima2 i p2eciaz, justísimo sezia, que toda esta bolatezía con que nos gallazcemos, la ccunicásemos à todo el univezso, pa2a se2 dellos invidiados i temidos, pues de las letzas, podemos dezi2, que son riquezas i azmas: i leyendo nuestzos esczitos, hallen suficientes letzas, que ccn clazidad i p2opiedad, los manifesten i se vayan sabozeando en ellos, haziendo (como dicen) espuma con el f2eno. Ve2dad sea, yo confieso, que hasta este día, no nos an hecho falta las pasadas, ni la hazán à los venidezos las que corren, po2que con las p2esentes, à

dar, apazibles i galanas, mas alguna nõ me à parecido tan acomodada como esta, i así usaremos della en este alfabeto, no siendo de sustancia la hechura, sino el tener la letra; no vâ ni viene, q̄ sea de aquesta ò de otra manera, no lo quiero poner en question, qual sea mejor, q̄ sea yerro; pues, Por mucho q̄ uno se desvele, perfeccionando una cosa, no à de faltar otro q̄ se la tache; ni por mas q̄ procure hazer buenas obras, quien se las calunie; mas a mi, no me importa; Hagase aqui el milagro, i obre lo qualquier tanto.

¶ DE LA INTRODVCIÓN DE LA misma O, con las mas letras del alfabeto.

CAPITULO VIII.



OS A conocida es, quanto se acrecienta la ciencia con el premio; el qual, quitado de por medio, quedan entorpecidos los ingenios, casi muertos i sepultados en tinieblas.

Esto nos quisieron dezir, en aquella famosa sentencia. Quien ama la virtud, quitado el premio? q̄ sea imposible, pues quando todo falte, lo viene à ser ella de si misma. Sin esto, quien avra q̄ dade, ser virtuoso ejercicio el de la filosofia? in-





lo menos, ya que no bastan, suplen: mas juntamente afizmo, que cabe mejor, donde ai bueno; i si la piedza es finisima, de mucho valor, el oro subido en quilates, i el oficial curioso, quanto más lo fueze, tiene más obligación à perfeccionar el engaste, realçando su obra, con tallas, biscados i esmaltes, hasta deja la joya en toda perfección acabada. I es mucha nota, en un hombre poderoso, vivir de pestado en las cosas necesarias, que pueden con facilidad tenerse prevenidas, en abundancia i à poca costa, ò sin alguna. Por cierto, mal pareceza en un rico labrador, si al tiempo de la necesidad pidiese à sus vecinos los azados, costales, viegos i <sup>f.36vº</sup>carretas, i las más cosas de su labrança. Si la lengua castellana, ya está levantada tanto, con tal majestad i grandeza como se à dicho, que muchas muy buenas no le igualan, por la ventaja grande que les haze, confesándoles con esto, que avez llegado à este punto, no a sido por la ezeñcia de sus pasados mas por el mucho valor de los presentes. I no me daré cuidado cuando digan (que yo también lo digo) se casi todo hurtado i ajeno, i si cada uno le quitase lo que le tiene, quedaza como la gaza, que se vistió de las plumas del pavón. Todo es vezdad, no se lo niego, mas à sido como el Mayo de Portugal, que lo caçaron de joyas, i se alçó con todas: ella está oi tan compuesta, hermosa i bien aderezada novia, de quanto se le à podido hallar i traer, que sólo padece un si no que remediado, podríamos libremente decir, se obra curiosa, perfectamente acabada i buena.

Este si no esta falta, es de una letra sola, que nos pronuncie *che*; con que nos escusamos de dos, con que quizen forma aquel sonido, i ambas falsas; pues, juntas ni cada una por sí hazen tal voz, como la forma *fla*, *pze*, *gza*, *tzi*, *dzo*, ni es posible, aunque se quizen más esfuerça à ello; que aquestas dos letras en rigo, digan lo que deseamos, ni de tal pronunciación à usado nación alguna; porque, vezdadeza-<sup>f.37</sup>mente no es buena. I si es vezdad, que una mala letra, compuesta de dos i falsas ambas, la podemos haze buena, con sola una i vezdadeza, quién seá de contazio parecez en que no se haga. Con esto, se suelta esta quiebra, se alla-

na la dificultad, se dá dueño p2opietazio al oficio, i escusan letzas. Demos caso que aquesta nueva letza que deseamos po2 *che*, se sinifique de imposición po2 un punto, aunque después le dazemos otza señal que le sea conveniente, i pongámosle à este punto las vocales todas po2 delante .a .e .i .o

.u, con que hazemos cuenta que dize *cha*, *che*, *chi*, *cho*, *chu*, cuánto se2á mejo2, que lo haga este solo ca2ate2\* p2opio, que dos falsos? Con esto, demás de ado2na2 nuest2os esc2itos, escusamos de letzas i rodeos. En ello no se sigue inconveniente, ni le ai, sólo el de int2oduzirlo, que no es pequeño; i aqueste, se facilita con dos cosas, que se ponga esta letza con las otzas del alfabeto en las ca2tillas, i que la comiencen à usa2 los que tienen mano i auto2idad pa2a enseña2: los omb2es de ciencia, los maest2os i doto2es; que si esta g2acia, pudiésemos alcança2 ace2ca de la suya, vez2dade2amente av2iamos hecho, un impo2tantísimo negocio; con esto, queda2a bien recebida, i nuestza vulga2 enriquecida.

T2atemos pues ago2a un poco, qué fo2ma le dazemos à esta<sup>f.37v.º</sup> letza, que sea difezente de las otzas, i conocida de nos-ot2os, galana de pa2ece2, i fácil en su hechu2a. Pod2íamos-la hu2ta2 del alfabeto g2iego, i halla2íamoslo ya guisado, mas no conviene, allá se lo ayan, que acá no à de falta2nos: pudic2a también haze2 este oficio la *k*, i nos la tenemos en casa, empe2o aviéndola desechado, po2 la dificultad en su hechu2a, no es cosa que nos haze ap2opósito, i la misma razón milita, quita2la de se2 *c*, que deja2 de haze2la *che*. Pa2éceme pues, pa2a evita2 de todo punto, los inconvenientes dichos, que pod2íamos haze2 la cuña del mismo palo, sacánd la de las dos mismas, *ch*, tomando de cada una un poco, de la *c*, bolviéndola del revés, en esta mane2a *ç*, i de la *h*, la media luneta baja,\*\* pues tiene la misma hechu2a, i siendo la suya fácil, queda2á difezenciada, pa2a dezi2 con ella, *ça ce ci co cu*, en lug:2 de *cha che chi cho chu*. Alguno, pod2ía dezi2 que no conviene; supuesto, que los lejistas tienen aqueste ca2áete,

\* El texto *ca2ate2*:

\*\* El texto no trae más que una *c* invertida : *ç*, sin la combinación aquí propuesta.

con que abzeviand● dizen cont2a, i no es de inconveniente, po2que su cont2a, tiene más un puntillo adelante, desta mane2a ɔ. I cuando así no fue2a, no impo2ta2a se2vi2nos della (como está dicho) en el castellano, i en la lengua latina de cont2a, pues no tienen *che* como nosot2os. Ot2as fo2mas le pudié2amos <sup>f.38</sup> da2, apazibles i galanas, mas alguna no me à pazecido tan acomodada como ésta, i así usazemos della en este alfabeto, no siendo de sustancia la hechu2a, sino el tene2 la let2a; no vâ ni viene, que sea de aquesta ò de ot2a mane2a, no lo quie2o pone2 en questión, cuál se2ía mejo2, que se2ía yerro; pues, po2 mucho que uno se desvele, pe2ficionando una cosa, no à de falta2 ot2o que se la tache; ni po2 más que p2ocu2e haze2 buenas ob2as, quien se las calunie; mas à mí, no me impo2ta; Hágase aquí el milag2o, i ób2elo qualquie2 santo.



## DE LA INTRODUCCIÓN DE LA MISMA O CON LAS MÁS LETRAS DEL ALFABETO.

### CAPÍTULO VIII

**C**OSA conocida es, cuánto se acrecienta la ciencia con el premio; el cual, quitado de por medio, quedan entorpecidos los ingenios, casi muertos i sepultados en tinieblas. Esto nos quisieron decir, en aquella famosa sentencia. Quién ama la virtud, quitado el premio? que sería imposible, pues cuando todo falte, lo viene a ser ella de sí misma. Sin esto, quién avrá que dude, ser virtuoso ejercicio el de la filosofía? in-<sup>f.38v°</sup>vestigando la verdad, i naturaleza de las cosas, i que tanto uno sabrá más, cuanto con mayor asistencia en los estudios trabaje, i en ellos más tesoros descubriere. Supuesta ya esta májima, tan verdadera i evidente, no sé cuál aya sido la causa, si su coctedad en los ánimos de los lacedemonios, que como si fueran demonios, condenaron por delito, i no pequeño, investiga la perfección de las cosas, pulizlas i perfeccionazlas, de las cocteras duras i ásperas, con que fueron halladas de los pasados. Así guardavan sus costumbres antiguas, aunque fueran inozancias grandes, como si les importara la vida el no altezazlas, conservándolas en la entereza misma que las cedaron. Dexían, que nada se avía de innovar, tenían por exceso culpable, qualquiera novedad, aunque fuera muy provechosa. Tan inviolablemente lo guardavan, que siendo Teopando, uno de los mejores músicos de su tiempo, lo condenaron los Efiosos, i le llevaron la pena, colgándole (como a la vezugna) el instrumento en la picota, por que, para cierta diferencia de voces, en una consonan-

cia, le añadió una cue2da. Castigo p2opio de pasiones locas, tene2 po2 delinquentes [sic] à las cue2das. No è podido alcança2, cuál ot2o pudie2a se2 su fundamento, si el que quie2en que lo sea, es el <sup>f.39</sup> que más afea su culpa, i aun le dá mayo2 gzavedad à su yerro, el ave2 sido jente bien mozi2ezada, i ave2 dado pue2ta, po2 donde la pluma ent2ase, condenándolos à ete2na culpa, pues hizie2on della ca2go, à quien si bien lo conside2azan, e2a me2cedo2 de mucho p2emio. Anduvie2on errados, faltos de conocimiento, pues no lo tuvie2on pa2a conside2a2, se2 la espe2iencia mad2e de las cosas, maest2a de costumb2es, invento2a de leyes, p2incipio de la ciencia, i descub2ido2a de las a2tes; la cual, se e2fa con el tiempo, i pe2ficiona con el injenio, manifestando à los omb2es, lo más impo2tante i cuzioso de la natuzaleza; no sólo, pa2a la conse2vación de la vida umana, mas aun el modo de vivi2 políticamente. Los antiguos, condena2on esta lei, teniéndola po2 dep2avada i mala, i al conta2io, po2 el mismo caso, que conocían cuziosidad ò vitzud en alguno, en tanto lo estimavan, que pazeciéndoles tene2, cie2ta deidad encubie2ta, los vene2avan con ella, fab2icándoles templos, i estatuas pa2a ete2na memo2ia. Esto fué tan dino de alabança, cuanto en los ot2os vitupe2io, pues con semejantes onrras, p2emiavan los injenios, me2cedo2es dellas, como p2opios beneficios, que no se deven tene2 po2 pequeños, los que con asiduos <sup>f.39v°</sup> t2abajos i sudo2es, dilata2on los límites de la ciencia, con que se anima2on muchos, à padece2 mucho, estimando aquel cansancio, más que suave regalo; porque, después de pasado, espe2avan aquella cie2ta glo2ia. Con solo el deseo deste p2emio, halla2on, Apolo la Medicina, Zozoastes la Majia, Cleantes la pin2uza, Radamante las leyes, Anfión la Música, i Empédocles la Ozato2ia. Qué di2íamos ago2a, de los que fab2ica2on el papel, ò de quien descub2ió (aye2 como dizen) la imp2esión i moldes pa2a los lib2os, po2 cuyo medio, con tanta facilidad se an facilitado las let2as i los entendimientos? la invención del relox, tan impo2tante al concie2to de la vida, el a2te de la navegación con el aguja, de cuyo alivio, ca2ecie2on los pasados. I ente2e nosot2os, no à veinte años que conocimos à

Iuanelo, de ingenio sutil i pezegzino, con cuya industzia mazavillosa, se fabricó el artificio, con que de su movimiento propio, se sube agua desde lo hondo de Tajo, hasta lo alto del alcázar de Toledo.

Sin otros muchos modernos, demás de los antiguos, que no importa referirlos, pues el propósito aquí, no es de proveer otra cosa, que dejar asentado, cuánto importa buscar i hallar la perfección en las cosas, i mucho más en las más graves, como es la que tratamos, de<sup>f.40</sup> la ortografía castellana; porque, tantos cuantos ombres tiene oí Dios criados, así como, en condiciones i rostros hazen diferencia; de la misma forma, no se hallarán dos, que igualmente la escriban. I si viviésemos de otra, de todas las letras, dónde, cuándo i cómo las devemos usar, no se trae papel de toda Italia, donde cupiesen preceptos, reglas i excepciones. Aquí solamente se tiene de averiguar lo más importante, de que podamos dar satisfacción, reduziéndolo à método, menos mal, i más bien apurado, que lo hizieron los pasados; porque, perfectamente, i sin objeciones, un Anjel sería necesario. Tampoco se pueden asentar, como dije, sin hazer un vocabulario, ni ai reglas para enseñar, à poner ç por z, ò s, por ç, b por v, ni lo contrario; más, de por el modo de pronunciación de cada letra; i pensar otra cosa, es que se proceda en infinito. Ni quiero tratar, de las afectaciones de algunos, que se precian mucho de pronunciar, una *m* antes de la *p*, redoblar i carretear una *r*, sonar *dos eses* en un superlativo, una *p* de un *escripto*, *captivo* i *prompto*; que les parece, colgar de aquel cabello su autozidad i crédito, i si faltasen dello un punto, faltarian à sus obligaciones, en lei de *sabios*.

Tratemos pues agora, si se deve permitir, acrescentar la *che*,<sup>f.40v</sup> i si por ventura, no à todos les cuadra, con pocos me contento, que siendo de los que *saben*, aun con menos me sobran. Con ellos deseo justificar mi *causa*, llevando mi propósito adelante, sin temo de *Zoilos* ni *Aristóteles*. Acompañen à estos, los que siguen à *Valentiniano César*, sigan à *Licino*, busquen à *Domiciano* i *Antfoco idiotas*, vezdugos de la virtud, i perseguidos de toda ciencia. *Háganse apazte*



los que llenos de pasión, i vazíos de toda e2udición, andan confusos. Váyanse los arrogantes, que con cuatzo rudimentos de gramática vieja, de tiempo de mozos, un bonete ret6-zico, la2ga sotana, i pensa2 que saben fo2ma2 dos pzetétitos gziegos, quie2en so2be2se la ma2, i aun tienen viente2 donde les quepa, si pudiese salizles el aize de que están llenos, i lo tzaen ajitando, desde las uñas de los pies, hasta las oficinas del celeb2o. Estos, no tienen pa2ece2 ni lo admiten, po2que ciegos con su engaño, sienten po2 mejo2 el suyo. No saben, i no quie2en sabe2, po2 pa2ece2les que podzán enseñaz; lo cual, es común i ozdina2io à muchos; i tanto, como admiti2 dot2ina, los que p2ofesan majiste2io. La mayo2 calunia cont2a mí, se2á su descuido. Muchos ot2os av2á, que con ave2-me ala2gado tanto, i repetido mil veces una cosa (que ve2dade2amente, si no pa2a todos,<sup>f.41</sup> av2á sido necesazio à muchos, i siempre de ningún daño) no hazá en ellos más f2uto, que el enje2to en el ázbol seco; i como, si no lo leye2an, ò quisiésemos con ce2a, imp2imiz en el aze2o, quedándose ayunos de sol à sol, desde p2incipio à fin; i como, si me uvie2an entendido, dizán i da2án pa2ece2; ya, bien con los unos, i mal con los ot2os: dando con él más bueltas, que una rueda de molino. Son veletas de tejado, ha2pones de campanazio, déjanse lleva2 de mui poco viento, po2que no saben resisti2 ni pueden, sin tene2 ot2a razón ò fundamento, que la de un Eco, repeti2 la voz ajena. Dizán ot2os muchos, esto, ya yo tza-tava dello, esc2ito lo tengo, en mis papeles, yo lo dije p2ime2o, ninguno lo entiende mejo2 que yo, queb2ada tengo la cabeça de bozea2lo, i si lo è dejado, à sido po2 entende2, que se2ía mal recibido: i to2ciendo la boca, como quien haze to-miza, dizán, bueno está, bien, pe2o, anda2; i con esto, pa2a quien los entiende, dicen más mal de sí, que de mí. Mas no impo2ta, que no falta2á, quien haga mis pa2tes cont2a ellos, i tenga lástima de sus mulas, i de mis t2abajos. De donde no se piensan, se levanta2án ot2os, ò sique2a ot2o, de poca pasión i mucha vitzud, que con su cla2o entendimiento, sab2á lo que cuestan estudios, de quien estoi<sup>f.41v°</sup> satisfecho, que no les peza2a, les uvie2an ocurrido estas menudencias, que no

son algaravía, ni tienen misterio secreto: son juguetes en su maneja i facilidad, aunque gigantes en sustancia, cosas importantes i graves, en que si uviera repazado la consideración, sacaran muchos (aun con sus descuidos) otros primos, mayor futo, i con mayor elegancia, de lo que à mí me cuestan estos cuidados, que me ocurren acaso; lo cual, no me acontece, con otras cosas que con solicitud pretendo i busco. Ellos con su autozidad, estoi cierto, que lo apoyan mui diferente, con grandes i mayores ventajas de las que podían sacar de mi mano. Algunos de estos, pareciéndoles bien algo de lo dicho, por ser quien son, tatan de onrazme y favorezme, que aun hasta la vezdad a menester favor, puesta en la boca del pobre. I haciendo elección de algo, cuando no de todo, gustarán de servirse dello; i otros de los mismos, viéndose à los últimos tercios de la vida, veán mi razón, i defendiéndola dizen. A Dios pluguiera, lo alcanzáramos antes, porque con ello uvieramos ganado tiempo, escusado trabajo, i supiéramos lo cierto, sin tantos ayes i lágrimas, como padecemos con maestros, pagando sus culpas, las inocencias nuestras.

Estas cosas i otras muchas,<sup>1,42</sup> traigo siempre à los oídos; de donde infiero, lo inaprehensible de los que abizán almagas i tiendas, i manifestando su soberbio apazado, sacarán su pontifical en público, reboleando (como cenfcalos en el aze) los ingenios, i todo aze, si dijo, si no dijo, mejor dijeza, esto se le olvidó, estotó no supo, aquí no advirtió, acá lo erró: serán en fin los desta topa, unos mancebillitos, bavioponientes, piquiamazillos, como todos nuevos, que no los tienen embevidos; con el fervor de la sangre, tienen ímpetu francés, que comenzando de dotes, acaban en bachilleres. Los que presumen dello, tomen la pluma, escrivan, i vezemos lo que dizen, si dijezan mejor, que se les olvidó, si supieron, ò no advirtieron, i dónde lo erraron. Tatan en paz, de la guerra; con salud y dineos, de la enfermedad i pobreza; haztos, ahitos i vestidos, de la hambre i desnudés; tqueuen las plaças, de teóricos à prácticos, el tacha à el esczevir, el esta en su silla, recostados leyendo, à busca i tasto naz libros en pie, desvelado cuando él duezme, para decirle lo que

no sabe. Ya sê que dizá que soi lib2e, yo se lo confieso, i que salgo con libe2tad, osadamente al tablado, po2que vengo pagado de mi mano, diciendo lo que tiene que dezi2; ago2a, pod2á haze2 lo que manda2e, mue2da <sup>f.42v°</sup> en la pied2a, rompa en ella el co2aje, desfleme i hable, que todo se lo pe2dono po2 lo dicho, que pa2a él es una niñe2fa, saque à luz, lo que cont2a esto le pa2ecie2e; publique al mundo, las ob2as de su ingenio; queda2emos con a2mas iguales, que no se dize buen to2eado2, el que subido en la ventana, llama el to2o; ni me pe2suado à que sabe; quien, del que estudia mo2mu2a, pues p2etende po2 aquel camino malo, que lo tengan po2 bueno, haziéndose consumado, en lo que de todo punto ino2a. Haze oficio de malsín, acechando i buscando la vida del ot2o; no pa2a cu2a2le la enfe2medad, mas pa2a descub2i2le la llaga, no pa2a remedia2le los daños, mas pa2a dañazle los remedios: al revés del que sabe, del piadoso i justo, que poco bueno estima, i mucho (no tal) disimula, i con todo pasa, po2que sabe à qué saben desvelos, i que somos omb2es.

Ya con esto, dejo satisfecho à todos, i lo quedo ace2ca de mí mismo, en lo que algunos me irrita2on, diciendo en este lugaz, lo que no puedo en ot2o. I pues, en la banca del bueno caben muchos, à ellos encamino mi discu2so; i llevándolo adelante, digo, que me se2vizié de aqueste ca2á2e2 ɔ, en lugaz de la *ch*, pues ve2dade2amente, la *c* no es *ç* sino *k*, i lo cont2a2io es yerro; así, pa2a evita2lo, le bolvimos las costuzas, lo de at2ás <sup>f.43</sup> adelante; i juntamente, la ve2dugada ò ruedo de la *h*, pa2a que siendo compuesta de ambas, con p2op2iedad haga sola, el sonido que con las dos *c h*, e2a falso. Así, se queda2á en su lugaz, usando su antigua p2onunciación, i pa2a escrita, nos viene mui ap2opósito. Con esto, siemp2e i cada vez, que aquesta señal ɔ se halla2e, con alguna de las vocales, po2que à ot2as nunca se llega, dizemos con ella, ɔa ɔe ɔi ɔo ɔu, en lugaz de *cha che chi cho chu*, i no les canse ave2lo aquí repetido, que me desculpa, ve2me ya con las manos en la masa, i al pie de la ob2a, donde la tengo de poner con las más let2as, que se2án po2 todas tzeinta: las veinte i nueve fo2çozas con ella, po2que todas hablan i son dife-

zentes, i po2 el consiguiente necesazias, confozme à lo t2atado, ace2ca de su ac2centamiento, i po2 las causas dichas. Una de las dos eses, pod2íamos escusaz, como lo dizemos t2atando dellas, en el capítulo décimo: no po2que daña, mas po2que nos obliga (teniéndolas ambas) à t2ae2 mucha cuenta con ellas, como lo hazen los o2tóg2afos latinos que las usan; i nosot2os las t2ocamos de o2dinazío, tomando la p2imeza que nos viene à la mano, i encontzamos con la pluma: que vezdadezamente hablando, es indifezente, ni daña ni ap2ovecha; mas, en caso que ayamos de admitizla, con <sup>f.43vº</sup> vend2ía tenez algùn cuidado, que bastazía mui poco, hasta tenez hecho hábito: las cuales todas, en o2den son las que se siguen.

a	be	çe	de	e	fe	ga	je	he	che
a	b	ç	d	e	f	g	j	h	ç
i	ca	le	lle	me	ne	ñi	o	pe	qui
i	c	l	ll	m	n	ñ	o	p	q
re	ze	fe	se	te	ve	u	xi	ya	ze
r	z	f	s	t	v	u	x	y	z.

El molde, usa o2dinaziamente destas tzeinta voces, ò p2onunciaciones, aunque las letzas, no an sido más de las veinte i nueve, hasta que agoza t2atamos de añadi2 la ç, cuya voz, hazíamos con *ch*, i agoza la inovamos po2 lo dicho. No son siemp2e las letzas del molde unas, po2que cuando quiezen, i lo más o2dinazío, **estampan con letza redonda**, que llaman Pazangona, Testo, **Atanasia**, Bzeviazío i otzas. Usan también, otza letza que llaman **Cuzsiva**, la cual es basta2dillo nuest2o, ya sea letza mayo2, ò meno2 ò agzifada, que no impo2ta pequeña ò g2ande, **si todo es uno** à nuest2o p2opó-sito. Ai sin éstas, otza hechuzza de letzas, que lla <sup>f.44</sup> mamos Góticas, i en el uso nuest2o, **si2ven de Capitales**; diézonles a-queste nomb2e, po2que se ponen **al p2incipio** de los lib2os i capítulos. También se llaman **Ve2sales**, po2que usazon los poetas, començaz con ellas los p2incipios de sus ve2sos. Ot2os les dicen **Mayúsculas**, poniéndolas en nomb2es p2opios, i ape-

lativos, de ombzes, mujezes, p2ovincias, ciudades i villas, meses, montes, mazes, fuentes i ríos, con los nombzes posesivos dellos. Algunos an quezido, dilata2 esta gzacia, que gozen della como de induljencia, po2 modo de sufzagio, *San, So2o2, Doña, Don, Ezmano, F2ai*, con todas las más diciones que sinifican dinidad ò infamia, como *Rei, Duque, Obispo, Conseje2o, Capitán, Doto2, Me2cade2, Mayo2domo, Despense2o, Alguazil, Esc2ivano, P2ocuzado2, Albañt, Ladzón, Ezeje, Reconciliado, Mo2o, Infame*, i ot2os, que si à ello se diese luga2, i lo tienen los nombzes, posesivos, también se dizía *Reino, Ducado, Capitanía, Latzocinio, Me2cade2ta, Bodegone2o*, i *Bodegón*. En esto se deve imita2 à los latinos, dejando novedades, que no siendo de f2uto, nos obliga2ían à esc2evi2, tantas ve2sales como comunes, pintando los esc2itos. Lo que yo acostumb2o, es, quando me ocurre alguna sentencia, nota2la, començando con let2a mayúscula, no sólo en <sup>f.44v</sup> p2incipio de cláusula, mas en medio della; i aun tcmo, que tomo mucha licencia.

DE LAS LETRAS, EN SINGULAR DE CADA UNA,  
COMENZANDO DE LAS VOCALES,

*a e i o u.*

CAPÍTULO IX

**A**VIENDOSE ya tratado, de las letras en jeneral, importante cosa es, que hablemos de cada singular lo que se ofrezca, por el orden que pusimos el alfabeto; i aunque, dejamos atrás dichas algunas cosas, conveniente será repetir algo dellas, donde hiziere à propósito, por ser su propio lugar de cada una. Si causare algún fastidio, à los que no sería necesario repetirselo, peñdonen, pues avrá otros, i no pocos, que sería posible i necesario, dárselo de tres la una, i aun de treze, no sé si bastaría. Con todo esto, procuraré cuanto pueda, irle huyendo el rostro; i porque, lo primero i principal de nuestro edificio, es entender qué sean letras, qué principios tuvieron, quién las usó, i cómo se hallaron, comenzando por su definición, como puesta principal, i firme piedra de toda ciencia.

Dijeron algunos, que las letras<sup>145</sup> tuvieron su dominación [sic]\* de *Legiletae*, que acerca de los latinos, es lo que acá dezimos, alivio de camino, para saber leer; otros dicen, vení de *lino linis*, que quiere dexir manchar, ò de *litua lituae*, que significa el borrón, por los borroncillos con que se forman las letras, ò manchas que con ellas hacemos en el papel; mas, de qualquiera dellas que se dezive, su fin principal de

---

\* Seguramente error tipográfico, por *denominación*

avezas inventado, fué pa2a el o2nato público, memoria du-  
zade2a, estable i legal, de acaecimientos de cosas hechas i  
palab2as dichas. Impozó à los omb2es, pa2a el concie2to de  
la vida i nece2idades della, comunicando ausentes, aun hasta  
los pensamientos i acciones de p2esentes. De mane2a, que  
suple la let2a, las faltas de la memoria, conse2vando ente2o,  
sano i vivo, lo que le fue2a imposible à ella, ni pudie2a rece-  
bi2 el oído, po2 se2 lo que se haze, t2ata i dize tanto, tan  
vazio i lejos, que las let2as i no algún ot2o medio, fue2a po-  
de2oso à haze2nos capaces dello. Las heb2eas, fue2on las  
p2ime2as de que se tuvo noticia, quien p2ime2o las usó, fue  
Moisés en la esc2itu2a del testamento viejo, valié2onse de  
veinte i dos, que son las mismas que oi tienen. Siguié2on los  
caldeos i sizios la misma o2den, començando desde Ab2ahán,  
cuyas let2as fue2on las mismas, quanto al número i sonido,  
f.<sup>45v</sup> empe2o dife2entes ca2ate2es en figu2a. Las let2as g2iegas,  
que salie2on de las heb2eas, instituye2on los fenices, i según  
Lucano, los p2ime2os que se at2evie2on à inventa2 figu2as, con  
que declara2 las voces. También se dize de Cadmo, se2 quien  
de su pat2ia Fenicia, las llevó à G2ecia. Hablavan en aquel  
tiempo, i esc2evían con solas diez i siete, i no tenían ot2as  
en sus alfabetos. Palamedes, en la guerra de T2oya, les aña-  
dió t2es, i Simónides ot2as t2es; últimamente, Pitágo2as nos  
dio la Y suya, con que se hizo número de veinte i cuat2o  
que oi tenemos. A los *Jitanos*,\* enseñó las let2as la reina  
Isis, hija de Inaco, aviendo venido de G2ecia; no en2aba2gan-  
te, que usava de unas let2as el vulgo, i de ot2as el sace2docio.  
La nimfa Nicost2ata, po2 ot2o nomb2e Ca2menta (de2ivado  
de su efeto, po2que cantava en ve2sos que hazía, las cosas  
que avían de sucede2) dió à los Lacios la lengua latina en  
Italia, que también començó, con ot2as diez i siete let2as co-  
mo los g2iegos, las cuales fue2on las mismas que oi usamos,  
*a b c d e f g i l m n o p 2 s t u*; después, instituye2on la *h*,  
pa2a fo2ma2 asp2iación, i da2 à las vocales fue2ça, i así di-  
je2on ellos, no se2 let2a. La *R* inventó Salvio, un maest2o

---

\* El texto dice *Jitanos*.

de niños, para dar à entender, el sonido de dos letras griegas: de donde se co<sup>f.46</sup> lije i es veztad, se la 2 más antigua, i erro2 en los que inconsidezadamente la dejan, usando de la *R* senzilla i duplicada. La *q*, de que cazecen los hebreos i griegos, añadiezon los latinos, aunque de algunos dellos fue tenuta por ociosa; supuesto, que como dejamos dicho, Quintiliano dize de la *c*, que puede seviz en su lugar, como lo sintió Nijidio Fígulo contempo2áneo de Cicezón. Después, adelantaron la *x*, que antes no supiezon della, hasta los tiempos de Augusto Céza: es letra doblada, en cuyo lugar solían seviz estas dos, *cs*; i así, se compuso del sonido de ambas. En este mismo tiempo, recibiezon los latinos de los griegos (por causa de sus nombres) la *Y* pitagórica, i la *z*, que también es letra doblada, que inventaron en lugar de dos eses, desta maneza *ss*, porque antes dezían *sseuma*, *ssela*, *moralissatio*, i *ssacinthos*, que dezimos agora *zeuma*, *zeta*, *moralizatio* i *zacintos*, i dijéramos nosotros *autholissado*, à lo que dezimos *autolizado*. En lugar desta *y*, seviz la *i*, haciéndola unas veces vocal, i otras consonante; de cuyo erro2, dizemos algo en este capítulo. De maneza, que viniezon à junta2 veinte i tzes letras, metiéndose de por medio, entre las veinte i dos de los hebreos, i veinte i quatro de los griegos. Nosotros, que casi quiezo atzeve2me à dezi2,<sup>f.46v°</sup> ave2 entendido más, por ave2 ahijado à nuestro vulgar, lo bueno i mejor de todos ellos, nos a sido importante usar de tzeinta, i aunque son en sustancia, las mismas de que usaron los latinos, avemos difereziado algunas dellas, con ciertas notas i señales, para voces de sonido diferentes, con que dejando de se2 lo que antes eran en su se2vicio, quedan hechas otras para el nuestro; i porque, avemos de tzeata2 de todas, començaremos por las vocales, cuya igualdad es tanta, que no se2á nece2ario dividir2las; pues, lo que dije2e de qualquiera dellas en singular, es común à todas en jeneral.

Ya como avemos dicho antes, i no podemos aquí escusar, son cinco las vocales, *a e i o u*, llámáonse vocales, porque solas i sin otras, cada una por sí misma, hinche su voz; i se advie2te, que las tenemos en tzes mane2as, ò por sí ca-



da una sola, i tendz4 un acento encima, que denote la mane2a de su p2onunciaci3n; 3 antes de consonante al p2incipio de dición 3 sílaba, que no es hezida, i dizemos esta2 contigua; empe2o cuando se siguie2e 3 consonante, la hie2e fo2çosa-mente, como 3 continua. Muchas vezes acontece, con una sola vocal, haze2 una sílaba ente2a, con sentido natu2al, aunque no p2opio mas abusivo, como lo vemos en la *o*, que p2onunciada, unas vezes damos <sup>f.47</sup> 3 entende2 indinaci3n, ot2as admizaci3n, ot2as alg3n dolo2, arrepentimiento i sobzesalto de cosa olvidada 3 no pensada; i en ot2as, es bu2la2 esca2ne-ciendo de algo. Siempre carecen de todo acento i medida, i cuando la tienen, sez4 po2 alg3n accidente, causado de la dición 3 quien se junta2en: i all3 lo tendz4, pa2a conocimiento de su voz, 3 dife2encia de alg3n ot2o sentido que pudie2a tenez, po2 consisti2 en la sola se2al de los acentos: i cuando acaso ca2ciesen dellos (no siendo en lugaz noto2io, como en divisi3n 3 conjunci3n) vendz3an 3 enjendz2a2 en el entendi-miento duda, no siendo p2onunciadas como deven: que de se2 la2gos 3 b2eves, hazen mucha dife2encia.

Pa2a esto, conviene sabe2, que tenemos t2es mane2as de acentos castellanos, g2aves, agudos, i cizcunflejos: Éstos, aunque ve2dadezamente son, los que te2minan las diciones i su sentido, es de conside2a2, que no siemp2e ni todas vezes los avemos de pone2; po2que, donde conocidamente no se puede alte2a2 la voz ni muda2se, no es necesazio; como si dijésemos, *cavallo*, *cavalle2o*, *almend2o*, *espada*, 3 estas pala-b2as mis2mas que vamos esc2iviendo: que si nos anduviése-mos 3 pone2 capi2otes donde no es necesazio, ni pidiéndole las diciones, todo se nos iz2a en capi2otadas; as3, no se deven usa2, sal <sup>i.47v\*</sup> vo en la necesidad, of2eciéndose duda en el sini-ficado. El acento (demos caso en esta *o*) se2alamos cuando es agudo en esta mane2a *ó*, i si g2ave, al revés como aqu3 se pone *ò*, i el cizcunflejo, se compone de ambos, juntándolos po2 arriba, en esta mane2a, *ô*. Los lusitanos, tienen vazios modos en el acentua2, po2que dife2encian el singula2 del plu-zal, poniendo los acentos dife2entes, dicen, *p3vo* i *p3vos*, en el plu2al, es agudo, i cizcunflejo en el singula2. Tambi3n [sic]

otzas vezes en la misma dición, en el mismo número i caso, como en *tórdos, nóvos, ósos*, con acento circunflejo, i otzas vezes agudo, diciendo *tórdos nóvos ósos*; à ellos deve ser de impotancia, lo que à nosotros hazía daño.

Los hebreos, griegos i latinos, començaron sus alfabetos de *α*, i aunque los hebreos la llaman Aleph, i los griegos Alpha, los latinos la llaman *α*, porque la formazion del sonido equivalente à las otras lenguas en sustancia. Este fue un reconocimiento, que los griegos i latinos hizieron à la lengua hebrea, como à la p<sup>ri</sup>meza i o<sup>ri</sup>jen de las más, que después della se inventaron i escribieron. También se puso al principio, por ser la más p<sup>ri</sup>m<sup>er</sup>a de todas al co<sup>mu</sup>ençamiento, i como él, es el principio de la vida, ella lo es de todas las letras, que parece como dijimos, que casi sale de <sup>f.48</sup> lo más interior de nuestro pecho. Si ésta no pareciera buena razón, vamos con las que dan otros, diciendo, que se comienza con ella el alfabeto, por ser la p<sup>ri</sup>meza que los ombres pronunciamos cuando nacemos; con este parece, vá nuestro santo doto Isidro, en sus etimologías; elijan lo que mejor les pareciere; pues ya, por cualquier razón de las dichas, los avemos de seguir, no pudiéndoles negar serles inferiores en orden; pero no les confesamos dejar de serles iguales en calidad. Síguense otras ella las otras vocales, en la forma dicha.

Los latinos, en los tiempos presentes, vemos que dellas an sacado sin algún fundamento dos, usándolas, como nos acontece con la malilla de los naipes, en el juego del *tres*, dos i as; que la hazen, donde i cuando quieren; sin considerar que aquí proceden con estas letras haciéndoles agravio notorio contra toda razón i justicia, pues de la manera, que no es menester ni necesario, *usa* de consonantes por vocales, así por el contrario, es impertinente mudar las vocales en consonantes; en especial, teniendo todas las letras convenientes à sus escritos. No es posible, ni puedo persuadirme, ser culpa de la lengua latina, sino descuido i poca curiosidad en las correcciones de las impertencias; en ello, uvo i aflojedad, en <sup>f.48v°</sup> los autores poco cuidado, no se trata de otra cosa, que sacar à luz i apriesa su libro, i los oficiales con la tarea,

salga lo que salieze, i así después adoza un bezerro, vên aquel fídolo, i tíenelo po2 su Dios: hazemos lo que vemos, i t2as ellos nos vamos, usando de letzas, que ni tuviezon tal oficio ni nombze. Dejázonse pasa2 los absuzdos, i dellos hiziezon lei, aunque dije2a mejo2 (cada cosa en su tanto) una seta como la de Calvino; salvo, si me conceden, que de nuestra mala p2onunciación, les hazemos acusación, como digamos po2 ejemplo, *iudex*, *iecu2*, *iuba2*, *iubilus*, *iugum*, *jupiter*\* [sic], *iusta* i ot2os: cuya *i*, al p2incipio, hazemos consonante, hiziendo con ella en la siguiente vocal, i es dotzina falsa i mala: *i* en tal caso yerran en ellos; empe2o, si es vocal, nosot2os erramos en su p2onunciación, pues devié2amos haze2 de la p2imeza *i*, sílaba ente2a. Mas, à lo que yo no hallo salida, es, que vemos escritos, nominativos del pluzal, *lib2a2ij*, *fili2j*, *impi2j*, donde ponen la *j* la2ga en el fin, i luego en los dativos, dicen *lib2a2iis*, *filiis*, *impiis*, haziendo iguales ambas fes. De donde se puede coleji2, que tuviezon *je* como nosot2os, con que dijezon *Iesus*, i sin duda dezían *jecu2*, *judex*, *ejus*, la cual *j*, è visto algunas vezes puesta en su luga2, en <sup>l.49</sup> moldes antiguos, i oi la usa el padze Pineda de la compañía de Iesus, en sus libros que compuso sobze Iob, donde, refo2mó con su mucha e2udición, esta letza i ot2as, que deven adve2t2i2 imitándolas los cuziosos. Esta *y* \*\*, de cualquier mane2a, sea de aquesta ò esot2a, cambia la culpa sobze nuest2o descuido, ya po2 mal esc2eviz, ya po2 mal p2onuncia2, i siempre po2 mal pe2seve2a2. I si es de los latinos allá se lo ayan, edad tienen, respondan, ò si son testimonios levantados. Lo que ce2ca de nuestra ortog2afia toca, vemos oi començado à correji2, i refo2ma2 algunas cosas po2 los mode2nos, à quien la razón à obligado à conside2a2, cuán adelante ivan pasando semejantes ba2va2ismos, multiplicándose à g2an p2iesa. Sea Dios loado, que ya en Castilla, i en mi patzia (si dije2a mejo2 mad2ast2a) Sevilla, se an levantado injenios nacidos i cultivados en ella, que van poniendo los omb2os en sus es-

\* Supongo que por error dice *jupiter* pues se colige que la inicial debe ser *i*.

\*\* Seguramente es errata de impresión; debe ser *i*.

czitos, cont2a la t2opa de las imp2opiedades que se nos ivan int2oduziendo.

Qué dizcemos de la *v*, i de la *u*, que t2ocadas i descarriadas an (hasta estos días) andado? que aun ellas mismas (como dizen) ya no se conocen, i así, no se comiden à sc2v2 como deven sus oficios: aunque, como digo, se refo2ma mucho desto po2 los mode2nos, en las imp2esiones que salen correjidas <sup>f.49vº</sup> dellos; i vemos, con el cuidado que van re2ucitando, así esto, como todo jéne2o de let2as en España; en especial, po2 los pad2es de la compañía de Iesús, que con cuidado i diligencia, no sólo aquí, en Italia, Flandes i F2ancia, mas donde quie2a que ayan llegado, an f2utificado i ap2ovechado sus asiduos t2abajos en ellas. I pudié2amos dezi2 con ve2dad, ave2 sido inst2umento, po2 quien flo2ecen oi los injenios; de tal mane2a, que se pueden iguala2, así poetas como los ozado2es, à los más elegantes de los antiguos.

No querría, po2 sola esta puntada que aquí è dado, entiendan que t2áto, de que2e2 también correjiz à la lengua latina, cuyos erro2es, ve2dadedamente an sido nuest2os, pues tengo po2 imposible, que su mucha elegancia padeciese defetos tales; i los uvie2a escusado, si como los heb2eos i g2iegos, uvie2a tenido sus ca2ate2es, mas el ave2los mesclado con los nuest2os, le à causado el daño. E dicho esto ap2opósito, de que à su imitación, p2eciándonos de hechu2a suya, la tenemos deshecha, i sin se2nos de algún f2uto el haze2 lo que haze, deshazemos la nuest2a misma; no conside2ando, que algunas vezes de las que nos pazece que yerra, es po2 las malas correcciones, ot2as, po2 nuest2as peozes p2onunciaciones, cuyos defetos (como dije) an sido nue <sup>1.50</sup> st2os. Mas en qualquie2 mane2a, po2 ave2nos quezido haze2 su quitapellillo, familia2es adulado2es, avemos dado en faltas notables, i visibles yerros. Dejemos los con los de su ca2go, i repozemos los nuest2os que nos impo2ta: corra po2 su cuenta lo que corre, pues no toca más à nosot2os el remedio que à las más naciones en jene2al, à quien pe2tenece, como t2abajos de mad2e, i fiel inté2p2ete nuest2o. Paze2ceme, que avemos usado con ella, como los t2aviosos hijos, con mad2e viuda i rica,

que después, de avezle gastado parte de la hacienda, cada uno la quieze lleva2 à su casa, pa2a q uita2le lo que le queda: si no véase po2 los acentos, que cada nación (p2eciándose de más llegado, i lijítimo hijo suyo) los tiene tan difezentes, que casi à penas, ya nos entendemos hablando.

G2an lástima es, vez cómo aquesto vâ cayendo, i g2ande glozia nuest2a se2fa, i ecelencia de los españoles, cuando pudie2an dezi2, que como hijos ve2dade2os, la dejan restituida en su riqueza de o2tog2affa, calificando juntamente la p2opia suya. I viniendo à nuest2o caso que aquí se p2ofesa; digo, que tenemos veinte diftongcs que se fo2man de las vocales, los cuales tocan más à los poetas, pa2a las medidas de sus ve2sos, que pa2a los o2ado2es, à quien sizven de nada; mas, cuando sólo sea po2 cuziosi <sup>f.50v°</sup> dad, es bien dezi2los. Bien es ve2dad, que no me à ocurrido uno, que me falta dellos, ni è hecho mucha dilijencia en busca2lo; supuesto, que ot2os an tomado el t2abajo, i no lo an hallado; i aunque pa2a mí, no es lijítima excusa, se2álo à lo menos, el se2 cosa de tan poca sustancia, después de alcançado, como si no fue2a: i se2fa posible, veni2se nos à la mano con descuido en especial, en alguna dición de nomb2e p2opio; i si no fue2e, nunca ot2o daño nos venga. Son pues los diftongos éstos. El p2ime2o, de *ae*, como *maestro*; i sucesivamente, *ai*, como *t2aición*; *ao* como *Danao*; *au*, como *causa*; *ea*, como *plateado*; *ei*, como *deleite*; *eo*, como *leonado*; *eu*, como *deudo*; *ia*, como *glozia*; *ie*, como *cielo*; *io*, como *cuzioso*; *iu*, como *ciudad*; *oa*, como *loado*; *oe*, como *poeta*; *oi*, como *T2oilo*; *ou*, no lo an t2aído, póngalo quien lo tuvie2e; ha2tos tienen los lusitanos que dizen *ou2o*, *out2os*, *Dou2o*, *coue*, *lou2o*, *tou2o*, i ot2os infinitos. Tenemos, *ua*, como *suave*; *ue*, como *buelo*; *ui*, como *cuidado*; *uo*, como *f2utuoso*; con lo cual, me pa2ece ave2 dicho, lo que à las vocales toca. Suelen muchas vezes, t2oca2se la *o* i la *i*, en *e*, i en *u*, pa2a evita2 cie2ta mane2a de cacofonia, no comencando con la let2a en que acaba ot2a, ò ya sca síla-

ba, ò conjunción, como cuando dezi<sup>f.51</sup> mos, felices è infelices; dómitos è indómitos; uno u otzo, diez u onze; que dizíamos mal, dómitos i indómitos, felices i infelices, uno ò otzo, diez ò onze; i en esto, consiste, la mayo2 parte de la dulce pluma i lengua: Evitaz las ofensas del oído, i dígame quien habla ò escrive, porque no le doi poco, en esto poco.



**DE LAS LETRAS CONSONANTES, COMENZANDO  
DESDE LA *b*, QUE LLAMAMOS *be*.**

CAPÍTULO X

**L**ETRAS consonantes llamaremos, à todas aquellas, que con vazio movimiento de lengua, ò impesión de labios quedan fozmadas. I se llaman consonantes; po2que suenan con la vocal à quien se llegan, i solas ellas fueza imposible tenez algún sonido, i el se2 que tienen, de las vocales p2ocede.

Començazemos à tzataz dellas, desde la *b*, p2ocediendo en ozden po2 la del alfabeto. Así digo, que la *b*, se fozma con la respización, que llegando à los labios, estando cerrados i juntos, los ab2e i sale dellos, con su ente2o sonido. Tiene cie2ta similitud ò afinidad con la *v*, con que haze peca2 à muchos <sup>f.51v°</sup> que inadveztidamente la t2uecan, diziendo, *bisita2*, *buest2o*, *ballena*, *vueno*, *vizarro*, *verenjena* [sic]\*, *vezerro*, *vallesta*, i es una jaza que sale della, cont2a el oído del que sabe: que si quisiesen repa2az en ello, con mui poca p2evención, conoce2ían su dife2encia; pues la *v*, se p2onuncia, hiziendo el labio de abajo, acompañado de la lengua, en los dientes altos; cuya notoziedad, saca2á siemp2e de dudas a quien lo adviztie2e. Iúntansele todas las vocales, i con inte2polación de la *l* i de la *z*, como *Blas*, *b2avo*, i ot2os.

De la *ç*, que llamamos *çe*.

**V**na [sic] de las let2as, de que hasta oi no se à hecho mençión en el alfabeto, es la *ç*, pazeciéndoles à los pasados, negocio impetzinente; supuesto, que la tenfan po2 la *c*, i po-

\* Debe corregirse poniendo *verenjena*.



niéndole aquella cedilla, ò rasguillo abajo, la hazían ç, i ambas tenían un mismo nombze, como si fueza una misma letza; no adviztiendo la difezencia del sonido, pues difiezen *caça* de *caca*, i *bzaco* de *bzaço*.

Esta letza, no conociezon los gziegos; po2 lo cual, nos pazeció tzaezla sobze saliente, con otras de que no usazon ellos: no con otro fundamento, de queze2los imita2, ò po2 mejor2 dezi2, adula2. No <sup>f.52</sup> ai duda, en sez falsa la opinión de los que afirman, que también cazece della la lengua latina, pues à cada paso la hallamos con la *è*, i con la *ï*, salvo si quiezen dezi2 que no tienen ç con cedilla, que pa2a estas dos letzas, ni nosotzos la ponemos; empezo, su p2onunciación con ellas es igual à la nuestza; i (como adelante dizemos) hezi2 la *t* po2 ç también es falso. Los ázabes la usan mucho, i dellos la tenemos en muchas diciones, no con poco fzuto, pa2a el uso de nuestza p2onunciación. I aunque, andan t2ocadas entze andaluzes, reino de Toledo i castellanos viejos, la ç po2 *s*, i *z* po2 ç, quien atentamente las consideza2e, hallazá el vicio; el cual, como está dicho, sezía confusión mui g2ande, queze2las da2 à conoce2, en su vezdadezo uso, po2 azte ò método; en especial, si uviésemos de refezir, qué vocablos i en qué ocasiones, avemos de usa2 de unas ò de otras letzas; i entonces, tend2fa po2 más fácil, haze2 un vocabulazio, que no sezía meno2 labizinto: i de no haze2se, veo el g2ave daño que se sigue; pues, poniendo una letza po2 otra, no sólo se t2ueca el sonido, mas aun se alteza el sentido, diziendo à la *bzaza bzaça*, ò al contza2io; que la *bzaza*, es la que llamamos ascua, que se haze de la lumbze; i la *bzaça*, es una medida de dos vazas, que se mide con los bzaços abieztos.

<sup>f.52v°</sup> *Caça*, es de aves ò animales de la tierra; i *casa*, la en que vivimos. *Consejo*, es el que se dá ò se recibe; i *conçejo*, la junta de rejidozes de algùn pueblo. *Ceda* dezimos, à la de la cola ò clines del cavallo, i à las con que cosen los oficiales de çapate2fa, i *veda*, la que labza el gusano, de que se hazen p2eciosas telas, pa2a vestidos y adoznos políticos. *Loça*, se llama comúnmente, los platos escudillas i taças de barro; i *loza*, es una laja ò piedza pa2a solezia, ò con que se

cubze la sepultura. *Cegaz*, es p2opio de los ojos; i *sega2*, es co2ta2 la ye2va ò los panes g2anados. *Masa* se dize, qualquiera cosa blanda, que se deja t2ata2 con las manos, ya sea de hazina, ce2a ò barro; i *maça*, es la de made2a ò hierro con que se da golpe, i las que usan en la guerra, ò sacan los bedeles delante del reto2 en las unive2sidades, ò de los ca2denales i cabildos. De mane2a, que à esta similitud, hallazemos ot2o infinito núme2o de diciones, que con t2oca2 la let2a, se muda la sinificaci3n. Po2 lo dicho, nos impo2ta siemp2e adve2ti2, lo que fué2emos esc2iviendo, pa2a no cae2 alguna ves, en alg3n g2ave da2o; que impo2ta mucho à los papelistas i sec2etazios de p2íncipes i se2o2es. Esto se queda en este punto, pa2a que cada uno lo t2abaje po2 sí solo, pues no pod2á tene2<sup>f.53</sup> mejo2 maest2o, que un buen lib2o: i po2que no es el intento mío, t2ata2, más de cómo devemos esc2evi2, imitando à el habla2, i declaza2 la ve2dade2a esc2itu2a, con el sinificado i voz de las let2as, no sólo po2 el p2ovecho que sacázemos dellas, mas po2 el de la reputaci3n ent2e las más naciones.

La *ç*, tiene po2 ecelencia, no se2 hezida de alguna de todas las let2as, antes ella hie2e à las vocales con dulce sonido. Devié2amos llama2la *ç*a i no, *ce*, aviéndole de pone2 cedilla, que como tengo dicho, pa2a la *e* i la *i* aunque impo2ta, no es necesazio, mas corra como corre lo que **tampoco** da2a i no tiene inconveniente. Su p2onunciaci3n se hace, con lo intezio2 de la lengua, en el nacimiento de los dientes altos, abie2ta la boca.

De la *d*, que llamamos *de*.

**T**UVIÉRAMOS mui poco que dexi2 de la *d*, si los **pasados** i p2esentes no uvie2an int2oduzido en los alfabetos de las ca2tillas dos, difezentes en hechura, i una sola en sustancia, sin que se difezencien algo en ella; lo cual, fué **sin p2opósito**; i si dije2en tenezlo, à fin de que (como me à **pasado** muchas vezes po2 la imaginaci3n, supue<sup>f.53v</sup>sto que no **tenemos** ot2a luz) las quisie2on int2oduzi2, como estas dos **eses** [*fs*], pa2a que

una fuese p2incipio de dición ò sílaba, i la ot2a sizviese à los finales della como si dijésemos, *maldad, ciudad, fealdad, ò simplicidad*; i fuélo mui grande, pazece2les conveni2 ave2 dos, po2 se2 la última de meno2 sonido i más tenue; à cuya causa, conviene ave2las, pa2a que una sea más eficaz que la ot2a, i no es buena razón pues cuando aya ése sido su intento, p2escibie2on su de2echo, po2 no ave2se ap2ovechado dello, ni esta2 int2oduzido; lo cual, uvie2a sido mucha pa2te. El ave2les faltado este arrimo los condena, i mucho más un fue2te azgumento que concluye, pues ai ot2as muchas let2as, en que comie2a i acaba la sílaba, como *lal, 2a2, nan*, i ot2as à quien se2ía necesazio da2les coadjuto2es, doblando las le-t2as pa2a casos tales. I si este se2ía yerro, síguese que lo es el ot2o, con que nos queda claza la duda i la *d*, senzilla.

Hie2e la *d*, à todas las vocales, i en ellas mismas, con inte2polación de la sola *z*, como *Ad2iano yed2a pied2a i al-mend2o*. Sizve también de ozdina2io, como está dicho, en el fin de las diciones i sílabas. Tiene una cie2ta simpatía ò igualdad, la *d* con la *t*, i vemos que los antiguos, muchas veces usa2on de una po2 ot2a, p2onun<sup>t.54</sup>ciándolas de una mane2a; no obstante, que pa2a la *t*, conviene p2onuncia2se con algo de más espí2itu. Fó2manse ambas tocando con la len-gua en los dientes altos. Así dize Quintiliano; que muchos de los antiguos dezían, *Alexante2* po2 *Alexande2*, *atventus*, po2 *adventus*, *amavid* po2 *amavit*. Nació de aquí, que venimos nosot2os à t2oca2, los nomb2es vezbales acabados en *o*, i los pa2ticipios acabados en *tus* i en *itus*, que de *amatus* dezimos *amado*, de *auditus* *oído*, *rejido* de *recto*, de *fatum* *hado*, i ot2os muchos desta calidad, que po2 no ref2ega2me más con los g2amáticos, es bien dejazlos con lo dicho.

De la *f*, que llamamos *fe*.

**P**ARA confizmación de que sintie2on mal, ace2ca de la división que hizie2on los antiguos, de mudas i semivocales, viene à p2opósito la *f*, à quien muchos i casi todos, dije2on se2 semivocal; i Cip2iano, con los de su cuadzilla la llama2on

muda, i como si fueza negocio de alguna sustancia, t2atazon dello. Yo me acue2do, ave2 asistido en las escuelas de Salamanca i Alcalá de Henazes algunos años, donde cu2sé, i se t2atavan de todas facultades que p2ofesé, mas nunca oí ni sentí, <sup>t.54v°</sup> que se hablase ni disputase cosa semejante, como si no fueza.

P2onúnciase la *f*, casi como la *v*, aunque con mayo2 fuezga de la respización, entze los dientes altos i labio bajo. Hieze à todas las vocales, i como dijimos de la *b*, con inte2polación de la *l* i de la *z*, diziendo *Flandes* i *F2ancia*. No se acaba en ella dición alguna, empezo hállase algunas vezes, aunque pocas, en sílabas. El empezado2 Claudio Césa2, usava en su tiempo de una po2 ot2a; salvo, que bolví del revés la *F*, desta mane2a *ƒ*, i se hallan oi algunas pied2as de aquellos tiempos, donde nos dejazon esc2ito, *TERMINAƒIT*, *AMPLIAƒIT*, *ƒVLGVVS*, *ƒIXIT*. Lo cual, se tomó de los g2iegos Aeolos, que llamazon *vau* à la *F*, si2viéndose della, como de la *u*, i po2 pazece2 esta2 compuesta de dos gammas, cuya figura es *Γ*, que sob2e la una puesta la ot2a, hazen la *F*, à quien después llamazon el diagamma Aeolico [sic]; de donde, los latinos de aquel tiempo, la usazon en lu2a2 de la *v* consonante. I muezto Claudio Césa2, se acabó con su vida, que nunca más lo esc2ivie2on. Si2va esto, à quien alguna ves lo vie2e, pa2a que sepa cuándo i quién fue su auto2, i lo que quiso dezi2.

t.55

De la *g*, que llamamos *ga*.

**D**E la *g*, dijimo algo en jene2al, mas ago2a que la tenemos ya en su p2opia *casa*, di2é lo que della más me ocurrie2e, pa2a cont2a una ceguedad, en que sin senti2 avemos venido à cae2, i sin adve2ti2 dejamos i2 pasando, estimándolo en poco. Hecha esta diligencia, no pod2án alega2 los que viniezen al baño, que les faltó un Isopo, que quitase la pied2a en que t2ompeçavan.

La *g*, que imp2opiamente los pasados llamazon *je*, ò *ji*, que todo es malo, comúnmente a sido usada de los latinos i

griegos, à quien llama2on ellos *gamma*; i à quien aquí nosot2os à su imitaci2n, llamamos *ga*, con toda p2opiedad, po2 se2 sola esa su voz natu2al; aunque, po2 parece2nos, que cuanto nos ace2cásemos más à la lengua latina, tanto se2íamamos más pe2fetos, i como ya lo tengo muchas vezes dicho, es engaño nuest2o, i una disculpa de nuest2a pe2eza, contentándonos con el t2abajo ajeno, sin que2e2 ve2 si nos está bien ò no. A ellos po2 ventu2a les impo2tó usarlo, como à nosot2os dejarlo.

Esto nace de dá2senos poco, po2 aquello que no t2ae dine2os à casa, i suf2i2 po2 ellos en ella, lo que no se devie2a: i así son los filósofos (como pob2es) tenidos en poco, i los pode2osos de rique<sup>f.55v</sup>zas, (aunque umildes i necios) mui levantados.

Los latinos, à quien más à seguido la lengua castellana, se si2ven de la *g* en dos mane2as, una de *ga*, con t2es let2as *a o u*, diziendo, *rogo*, *rogate*, *gutu2*, i con la *e* i la *i*, la p2onunciavan como nosot2os la *j* diziendo *longe*, *vi2ginitas*. De à donde nos pazeci2, que pudié2amos haze2 lo mismo, sin repa2a2, en que po2 ca2ece2 ellos de la *j*, usa2on de la *g* con estas dos let2as, i aquesto no es nuest2o caso, po2que tenemos let2as, las que impo2tan, pa2a cada cosa.

Todos los que de la o2tog2afia esc2iven, digo los que la entienden dizen, que la p2onunciaci2n de la *g*, con la *e* i con la *i*, diziendo *ge*, *gi*, es imp2opia i adu2ezina, i siendo así, como si fuese natu2al, natu2almente vamos cont2a ello, sin ave2 uno ni alguno, que aya que2ido t2ata2 dello. Vemos la vezdad, i como si no lo fuese la dejamos; i conside2en, que si se concede la *j*, con que dezimos en el castellano, *jamás*, *junco*, *Io2dán*, [sic] i fo2man esc2úpulo, c2iminando po2 delito, que se pueda toca2 à la *e*, ni à la *i*, respondan, po2 qué si esc2iven *Icsus*, *Iezemías*, *Iezusalén* i *Iesé*, *Iil concejil* i *consejero*, no di2é *jilano*, *jimio*, *jigante*, qué ot2a raz2n tienen pa2a *Ie2ónimo*, que pa2a *Iinés*? En qué se puede funda2 quien defiende no dezi2se bien con *j*, *ja je ji jo ju*, como *jarrro*, *jitano*,<sup>f.56</sup> *hijo*, *hijuela*, i *ezeje*? i con la *g*, *ga ge gi go gu*; sin se2 necesario cuando la *g*, se junta2e con la *e*, o con la *i*, que

se les meta de po2 medio la *u*; en especial, estando llano el inconveniente, qué no se pod2á con la *g* dezi2 *je* ni *ji*. Po2 que dezimos *higo*, no se dizá *hige2a*? Cuánto mejo2 se2ía, como lo es, ahorrando de let2as i ba2vazismos, dezi2 *Migel* que *Miguel*, *Ágeda*, i no *Águeda*, *gitarra* i no *guitarra*? i si dizen que se liquece [sic], po2que dezimos *Águeda*, no la liquecemos en *aguela* ni *aguelo*, *ague2o*, *gue2o*, *deguellan*, *azgui2*, *ve2guença* i ot2os? qué razón milita más aquí que allí, en qué diferencian *litiguen* de *ave2iguen*, o po2 qué si quiezen que imitemos à los latinos no he2izemos la *u* con la *e* i con la *i* pues ellos dizen *anguis anguem unguis unguem*, &c. Qué reglas ò p2ceptos nos tienen dados, pa2a destingui2 con ellos uno de ot2o? Sin lo ya dicho, si nos quezemos gove2na2 con la razón, si me dizen que pa2a dezi2 *guerra* ò *guinda*, tiene de p2ceder, una *u* à la *e*, ò à la *i*, à la cual no tengo de llegar la lengua, más que con el *azeite* à los ojos, i colidiéndola digo, *gerra* i *ginda*, po2 qué no lo dizá también sin ella? Si cuando à estas let2as, les inte2ponemos la *l*, ò la *z* diziendo *Inglés*, *globo*, *gzitos gzevas-jezoglífico*; la *g*, haze oficio de *ga*, po2 qué no lo hará también sin<sup>f. 56v.º</sup> ellas, i como dizen *g2ita*, dezi2 *gíta*? ò tienen de concedé2melo po2 ve2dad, ò da2 la causa i p2cetos, po2 donde nosot2os i los estzanje2os conocamos, dónde ò cuándo tiene de colidirse la *u*. Que no basta2ía, ni es concluyente razón, remitizlo à el uso, queziéndolo haze2 lei, si está della tan lejos, como lo bueno de lo malo, i de la ve2dad lo falso. Pa2a mí, no ai duda, que avemos andado hasta oi descuidados en ello: i se2ía flaca fue2ça, la de los que se defendiesen con la lengua latina; en especial, que no le falta en qué bolve2 po2 sí, también como cada uno; ni es azgumento bastante, se2 yo hidalgo, po2que lo fué mi amo. I pues con tanta evidencia consta lo dicho, que con la *g* i *ia j*, se puede he2iz lib2emente à todas las vocales, inmediatamente, sin se2 necesazi2a la *u* entre la *g* i la *e*, ni la *i*, ni es de sustancia liquece2la, pues no se puede alte2a2 el sentido ni el sonido, salgamos ya de imp2opiedades. Que de s2i .os es mudá2 consejo, i bestial el pe2seve2a2 en inozancias.

De la *j*, que llamamos *je*.

**A**VIENDO ya en el capítulo pasado hecho sus partes de la *j*, aquí sólo resta decir una cosa, porque no conviene dejar poztillos abiertos<sup>f. 57</sup> en tiempo de cosecha, ni blanco à caluniadozes, en que asesten sus tizos. Hasta oi veo escrito, en antiguos i modernos, *dije2on*, con *x* desta mane2a, *dixe2on* ò *dixe*. Díganme, ò respondan los que piensan que dicen bien, si lo ponen la [sic] con *x*, por dezi2 los latinos *dixi dixezunt* &c, pronúncienlo luego en romance, i si lo hiziezen como en latín, yo les confesazé tenez mucha razón; empe2o, si aquella *x* la mudan en *j*, pronunciando *dije* i *dijeron*, cómo se compadece, pronuncia2 uno i esczevi2 ot2o. A mi parece2, no ai sol tan clazo como esta ve2dad, ni yerro más evidente que no conoce2la; salvo, si ai tatazatas de pasión, i en tal caso, se2ía disputa2 de gustos.

Es let2a mui p2opia de los ázabes, los cuales la usan como nosotros. No se acaba en ella dición alguna, ni sílaba, porque nos valemos de la *x*, à quien pe2tenece su pronunciación en semejantes lugazes, como dezimos *box*, *relox*, *quiddix*, *almof2ex*, *índex*, i ot2os.

De la *h*, que llamamos *he*.

**L**A *he*, significada por este ca2áte2 *h*, muchos an sentido della se2 aspiración i no let2a; lo cual resultó también de pa zece2nos, de que como así la t2ata oi la lengua latina, lo avíamos de haze2 en<sup>f. 57vº</sup> la nuesta. Hasta en esto se conoce, ave2nos causado notable daño, los gramáticos modernos, que tanto nos han quezido estrecha2; supuesto, que todas las cosas piden su gzano de sal, i que no siemp2e dañan el baço, lo que aplican para el hígado, ni si2ve un medicamento, à las enfermedades todas: no es la medida del t2igo, la del vino; i si, para ellos dicen, se2 no más que aspiración, à nosotros vale por let2a, como una de las más ecenciales, con que hablamos i esczevimos; i à quien le parece2e ot2a cosa difezente, quítela en estas diciones, *habla*, *hecho*, *hoja*, *hilo*, *huzto*, i conoce2á por su falta, si es let2a, ò no más que aspiración. Aun

si quisiezan dezi2, lo que Aulo Ielio, ave2 inventado este ca-  
zâte2 los latinos, pa2a nota de aspizaci3n, i que diese à las  
vocales fue2ça, dijezan bien, po2que una po2 una, ya confe-  
sa2ían se2 let2a: mas dezi2 absolutamente no se2lo, sino as-  
pizaci3n, es engaño; pues, como el omb2e pintado no es om-  
b2e, mas omb2e pintado, así devemos dezi2 de la *h*, no se2  
aspizaci3n, sino let2a con que se aspiza; digo, ace2ca dellos,  
como lo an entendido, todos los dotos que hablan della.

Demás de lo cual, nos es fo2ço2o à nosot2os usa2la, co-  
mo let2a p2opia, i ave2 sucedido en luga2 de la *f*, de los anti-  
guos,\* que dezían *fazaña*, *fazienda*, *fuzto*, i dezimos ago2a  
nosot2os <sup>f. 58</sup> *hazaña hazienda huzto* à dife2encia, de cuando  
suele también se2vi2 po2 let2a de aspizaci3n, como en *huevo*,  
*huzto*, i *hué2fano*. Desta ocasi3n, le vino à nace2 el pico al  
ga2vanço, que2e2 algunos que también digamos, *humildad* i  
*humano*, po2que vienen de *humilitas* i *humanus*; que si bien  
lo conside2azan, viezan, cómo aunque comiença la dición la-  
tina con *h*, se p2onuncia casi sin ella: de mane2a, que aun  
à el oído es impe2cetible, salvo en los afectados, que si dan  
en este vicio, dizán con todas las let2as *abbad*, *bisse2to*, *succe-  
so2*, i *cassi ascitissus* al cantueso. I si los tales, ò algunos  
dije2en (como dije) se2 mejo2, lo que se llega más à la lengua  
latina, pa2a qué dezimos *Dios*, *umilde*, *homb2e*? mucho me-  
jo2 i más à cuento nos vend2ía, habla2 puzamente latín, di-  
ziendo *Deus*, *humilis homo*, i sob2a2ía el castellano. Este ab-  
suzdo, lo es tanto, como lo sintió nuest2o dotísimo maest2o  
Antonio de Leb2ija; el cual, p2ocuzó quita2la en muchos lu-  
ga2es, que la usávamos con mal fundamento. Ago2a la po-  
nen algunos, en luga2 de la *g*, en muchas diciones castella-  
nas, como avemos dicho, aspiza2do con ella i dziendo, *vi-  
huela*, *hucco*, i ot2os; i aun à estas diciones mismas, pa2ecién-  
doles à muchos impe2tamente, se la quita2n i diza2n, *úeso*, *úeco*,  
*úe2to*, *viúela* i *úeco*. <sup>f. 58v°</sup> Destas t2es mane2as de habla2 i es-  
c2e2e2, pod2á cada uno elejiz lo que mejo2 le pa2ecie2e, pues  
no es el intento mío haze2 vocabulazío, el cuzioso me pe2done,

\* El texto dice *antigos*.



si no dije dicionazío, i mize lo que digo, i no el cómo lo digo, que si nos pusiésemos à cuenta, c2eo que cada uno p2ocuza2ía da2la de sí, no esté tan confiado de su casto romance, i c2ea que cada chimenea tiene su humo. Digo, si uvie2a de da2 parece2, entze ot2os dije2a lo que Pítaco, i nosot2os inte2p2e-tamos, ni tanto ni tan poco: ni lo mui c2aso ni mui tenue, pues tan gofo es *guezto*, como *úe2to* afeminado: ¡ pues la *h*, unas vezes podemos deziz della, se2 puzamente let2a, i ot2as, let2a que sizve aspizando, yo hazía elección del medio, dizien-do *huezto*, aunque le quita2ía la *h* al *oztolano* i à su *oztaliza*.

Ot2a p2onunciación haze la *h*, anteponiéndole una *c*, con que dicen *chazilas* los latinos, i ot2as muchas diciones, i nosot2os quitándole la *h*, dezimos lizamente *cazidad*; empezo, nuest2o romance, donde quie2a que se halla *ch*, a quien fo2gozamente se sigue vocal dezimos con ellas *cha*, *che*, *chi*, *cho*, *chu*; lo cual, es falsa p2onunciación, pues aviendo de acezcaznos à los latinos, avíamos de p2onuncia2, *ca*, *ce*, *ci*, *co*, *cu*. I deseo sabe2, po2 qué pa2a en esto que impo2ta, nos apa2tamus tanto, i en ot2as impe2ti<sup>f. 59</sup> nencias, quie2en que andemos con ellos cosidos à respunte? No se me puede nega2, que tomadas en rigo2 estas t2es let2as, *cha*, no más entze latinos que castellanos, con *h* i sin ella, dize i deve deziz, *ca*, i no *cha*: i tuvie2a po2 meno2 daño, dezizlo con *ç*, po2 parece2 más llegada, pa2a p2onuncia2 con ella *che*; que uno i ot2o es malo i falso, sin alguna p2opiedad existente ni apazente. Así nos impo2ta, evitando muchos inconvenientes, valeznos de una let2a doblada que sizva pa2a las dos, *ch*, en p2onunciación de *che*, como se hizo con la *x* i la *z*, de quien dizemos en su lugaz, ave2se inventado, pa2a que cada una dellas escusasse dos, no tan p2opias como la sola. Los antiguos, anduvieron en todo tan estudiosos i p2udentes, que no pe2diezon ocasión, donde conociezon ventaja i mejo2ía; pues, po2 qué nosot2os avemos de se2 de peo2 condición, ò de menos libe2tad, pa2a haze2 elección, de lo que más nos viene à cuento? P2egunto, po2 ventuza los g2iegos estuviezon contentos, con las diez i siete let2as de sus p2incipios, ò con las t2es más

que les dió Palamedes, ni con otras tzes que halló Simónides, hasta parecezles tener lo necesario, con la que les dió Pitágoras? I lo mismo hicieron los latinos. Qué mayor autoidad tuvo Salvio, maestro de niños, para in<sup>f.59v°</sup> ventar la *r*, que nosotros para la *che*? que aunque sea verdad, avezse pasado muchos años con esta remisión ò inadvertencia, en tiempo estamos como los menores, de pedir la restitución: aunque también les confieso, que como hasta oi an corrido, podían continuar los venideros, mas es dezinos, que dejemos la importancia del nuevo mundo, i riquezas descubiertas, porque los pasados pudieran pasar sin ellas.

Esta letra es importantísima, no más para la propiedad, que para escusar con una *dos*, haciendo verdad lo falso, i últimamente, que oi vemos escrivir à muchos *Christo*, *chazidad*, *patiazcha*, *parrochiano*, *arquitecto* i *arquitectura*, con otros, que ni sabemos ni saben los estanzeros, cómo lo tienen de pronunciar, si *ca*, ò si *cha*. De maneja, que (de forzosa obligación) para evitar estos i otros inconvenientes, nos importa tener letra sola, natural i propia, para esta pronunciación, sin obligarnos à traer à la *h* de mal andar. Acerca de su introducción, tengo dicho lo que siento, que si los poderosos i sabios quisiesen, mandando con el poder, ponerla en la cañilla, i con el saber, ejecutarla (supuesto se conveniente) fácilmente se saldría con ello. No digo yo, que con rigor obliguen à guardarlo, que sería disparate, mas una vez comenzado à introducir, i que<sup>f.60</sup> se supiese aquella letra se *che*, poco à poco, i en breve quedaría en su lugar, i se iría olvidando lo viejo. Ya los años i la verdad, me dan atrevimiento à tomar la mano, después de dar noticia con este libro: el que quisiese sígame, que pocos venceremos à muchos, con las armas de la razón. La lengua latina, fué procurando cuanto pudo, quitar las letras dobladas; i estoi cierto, si tuviera pronunciación de *che*, que uviera hecho lo mismo (con la *ch*) acerca dellos. A nosotros, como quien les importa, toca la obligación i reparo; que si el rico no se remedia, el soldado no se defiende, i el necesitado no busca, el entendimiento les falta, ò la pezeza sobra, i todo les amenaza daño.

De la *ç*, que llamamos *che*.

**A**VIENDO ya dicho, cómo nos es importante alazgarnos, en busca una letra doblada, que sola sirva como ptopia, el oficio de dos impropiedades impopias, con que digamos *cha*, *che*, *chi*, *cho*, *chu*, i aviendo hecho elección deste caáte ç, sólo restava, ponerlo aquí en su lugar; supuesto, no ave otra cosa que nos ocurra; i que, siendo de algún futo otzabajo, me pezonen por él, otos en que podé ave errado, que soi ombze. I <sup>f. 60v\*</sup> si no les pareciese, hagan en todo su gusto; pues yo, con el inconsiderado mío, quise i çef dazlo à el ajeno: Que à todo se dispone, como vasallo de bien i mal pasaz, quien escrive para tantos.

De la *c*, que llamamos *ca*.

**L**A *c* letra ptopia de los griegos aunque de difezente hechura, los latinos le diezon esta *K*, tienen ambas un sonido mismo, formando la ptopia voz. Nosotros avemos tocado la ç por la *c*, i aviendo de pronunciaz a *be ce*, dezimos, a *be ca*, por se *k* la *c* que allí señalan, i no ç como quizen que sea. Los latinos, tienen la *k* para sola una dición, i todo lo más, i aun esta misma es de los griegos; i para nosotros, uno ni otro es de sustancia. Quintiliano, i Cipriano [sic], tienen à ésta de los latinos por impropiedad; i nosotros, por de todo punto inútil, i como tal se deja, pues no es conveniente ni lícito, gastar leña donde no sirve; supuesto, que nuestra *c*, tiene todo el uso suyo, con que dezimos *ca*, *co*, *cu*, pronunciacón sola i ptopia destas tres vocales, i con interpolación de la *l*, i de la *z*, diciendo *cla*, *cza*. Hállase muchas veces en finales de sílabas en medio de diciones, como en *acto*, *acción*, <sup>f. 61</sup> *afectación*, *aspecto*, *pacto* i otros; empero, à solas dezechamente, no se hallan *ce ci*, que digan *que qui*, ni más de *ca*, *co*, *cu*, como está dicho: la cual jeneralidad no se quebanta, ni padece jamás excepción.

De la *l*, que llamamos *le*.

**D**E la mane2a, que los omb2es tenemos envejecida nobleza, de solaz conocido, así también ai let2as, tan aczeditadas i asentadas, que como cosa notozia, no ai que toca2 à ellas: una de las cuales, ent2e nosot2os, es la *l*, que hasta oi llaman *ele*, i agoza nosot2os *le*, los heb2eos, g2iegos i latinos, los ázabes con todas las más naciones, la usa2on y usan, i ent2e nosot2os, es tan impoztante como sabemos. Es mui p2opia con las vocales todas, antes, i después dellas; empezo, no admite que se le inte2ponga en medio alguna consonante. F62mase, hiziendo la lengua en lo alto del palada2: i como los nobles, comunican su nobleza, desta mane2a la *l*, doblada, se haze della ot2a let2a, no menos impoztante, à quien an llamado *elle*, i agoza *lle*, de quien dizemos en el pazá2g2afo siguiente.

f.61v°

De la *ll*, à quien llamamos *lle*.

**D**E la *l*, como avemos dicho, se compuso la *lle*, llamada hasta oi *elle*, aunque siemp2e a sido su figu2a la misma; de la cual, nos conviene t2ata2 con g2ande tiento, llevando la sonda en la mano, po2que tenemos muchos cont2azios i mui pode2osos. Quanto à lo p2ime2o, es let2a p2opia nuesta, po2que los heb2eos, g2iegos, latinos i ázabes no la conocen, i apenas ò con dificultad la p2onuncian algunos, aunque lo hazían con ot2as let2as. Los lusitanos dizen, que solos ellos le dan su p2onunciación menos mal que nosot2os; pa2a locual, i usa2 della, lo hazen con estas let2as diziendo *Castelhanos*, *ozelha*, *semelhança*, po2que se fundan en un erro2, que pa2a conse2va2lo dan luego en ot2o mayo2, i les valie2a mucho más pe2de2la senzilla. Pazéceles que la *ll* son dos let2as, i no una, i hazen una p2oposición afirmativa, conque niegan que dos let2asde una misma especie puedan he2i2 à vocal, ni lo consiente ninguna de todas las naciones. Quié2olo ave2 con ellos à solas, pues no más de solos ellos me an picado, pa2eciéndoles (como dije) se2 la *ll*, dos eles, i sálvanse, poniendo en su lu2a2 *lh*. Respóndanme, que deseo sabe2, po2 qué los latinos,

ellos i nosotzoz pone<sup>f.62</sup> mos dos erres pa2a hezi2 en vocal? ò me tienen de confesa2 que yerran, ò que la *ll* sola es una let2a. Ello sdizen *corrupto*, *corree2*, *terra* i otzoz desta calidad, con que se agzavian i nos desculpan. Aun en la misma let2a *l*, la doblan i hazen *ll*, con que dizen *est2ella*; doblan también la *t*, diciendo *gota*, i la *s*, con que dizen *spesso*, con otzoz muchos; i si cuando dizen *pelliteiro*, la sílaba p2ime2a es *pel*, i luego dizen *liteizo*, es mala p2onunciación, po2 la notable cacofonía que comcten, i si *pelliteiro* ente2amente, de neçecidad la p2onuncian como nosotzoz, i con el mismo sonido; salvo, si no quiezen que una de las dos eles aya de colidize, que se2á nueva, pe2o no buena dotzina. Esto è dicho, solamente pa2a que no se nos diga con tanta libe2tad que andamos errados, pues pa2a condena2nos, devié2amos p2ime2o se2 oídos. Conoscan que si saben, que sabemos, i saquen de aquí esta dotzina. Cuánto impozte à los que acusan culpas, estaz limpios i libzes dellas, que ai esczitoz pa2a esczitoz, i haze mucho el que sabe, cuando pueda gove2na2se à sí solo, sin mete2se à correji2 casas ajenas; en especial, teniendo el tejado de vid2o.

Cuanto más, que como tengo dicho, la *l* duplicada i hecha *ll*, ya no son dos eles, mas una sola *lle*, dife2ente, así en sonido, como en p2onunciación i hechu2a, pues la <sup>f.62v°</sup> *lle* se p2onuncia casi en las agallas, hiziendo con un lado de la lengua en la pa2te de2echa del palada2, i la *l*, como ya está dicho; con lo cual, me pazece que se desata la duda, i satisfaze à la objección. I en quanto dezi2 que lo p2onuncian ellos menos mal con estas dos let2as *lh*, deseo sabe2 la similitud que tengan, dos dife2entes i est2añas, à una sola natu2al. Pa2a nosotzoz, la nuesta es de lijítima sinificación, i las dos dellos po2 ningún caso la tienen, pa2a haze2 aquel sonido, salvo si à de se2 dife2ente, i en tal caso póngalo cada uno según lo p2onunciazze. Demás desto, si tanto se p2ecian de o2tóg2afos, i en imita2 à los latinos, aborreciendo las let2as compuestas de dife2entes, po2 lo qué no guazdan? Quédesse aquí este juizio, à detezminación de las más naciones, cuál de los dos en esto yerra menos. Aunque no dudo, que po2 aczedita2se

cada uno à sí mismo, los avemos de hallaz neutzales, i condena2nos à entzambos. Quédese à nosotzos mismos, que no tengo por2 cuezdo, al que consiente chinas dentzo del çapato.

De la *m*, que llamamos *me*.

**L**A *m* à quien llamamos *me*, no sufze que después della se siga otza consonante, aunque sean <sup>f.63</sup> de sílabas difezentes, eceto t2es, *b m p*, i pa2a con las más nos valemos de la *n*, lo cual de mi pa2ece2, i no se2ía solo (po2que voi con el de muchos muí eminentes injenios) es más p2opio à nuesta lengua dezi2 *inmortal enbazaço inpe2io*, que *immóbil, embazcación* ò *impe2itos*. Este uso, este modo de p2onuncia2 i esczevi2, quédese pa2a cuyo es, que no es nuestzo ni tenemos tal p2eceto; salvo, po2 tzadición imitando à otzos, como las más cosas, en que faltó la considezación, i se fuezon atento pazeciéndoles aquello lo mejo2. A sus dueños ve2dadezos les corre la obligaci3n, de que nosotzos estamos lib2es, pa2a haze2 lo que vié2emos más conveniente, ce2ca de nuesta p2onunciaci3n. Yo con mi pluma seguí2 la *n* despidiéndome de la *m*, pa2a en tales ocasiones. Las causas que algunos dan pa2a junta2se la *m* à estas t2es letzas i no à ot2as, dizen se2, que recojiendo el aliento i cerrando los labios, pa2a p2onuncia2 *ampa2o, ambos, inmunidad*, luego como los ab2imos quedan p2onunciadas con el mismo aliento que sale fue2a de entze los mismos labios, quedando de ambas letzas hecho un mismo cuezpo, aunque de sílabas difezentes, i no me satisfaze. Quiezen esfozça2 algunos esta opini3n diziendo, que disonazía mucho si lo escziviesen con *n*, po2que se2ía necesazio hezi2la <sup>f.63vº</sup> en el palada2 con la lengua i causa2ía saliz la voz más du2a i áspe2a, sin aquella blandu2a, ò melosidad que tiene la *m*, i que también pa2ece2ían muchas ve2es diciones difezentes. Otzos dizen, i menos mal, aunque pa2a mí, ningunos bien; que desde donde se fo2ma la *n*, que es donde avemos dicho, hasta donde fo2mamos la *b m p*, ai tanta distancia que fué necesazio muda2 la *n* en *m*, cuando se siguen estas letzas, po2 estaz la *m* más llegada con ellas en la p2onuncia-

ción. Estos tituillos i rodeos más tocan à los g2iegos i latinos que à nosot2os i *seg*uizse una *m* à ot2a, ni ot2a let2a consonante siendo *ambas* de una especie no se deven admitiz ent2e nosot2os.

Fó2mase casi fue2a de la boca ent2e los labios, i Quintiliano la tiene po2 áspe2a, *ya sea* en fin de dición ò sílaba, po2 parece2le desapasible su mujido. Hie2e à todas las vocales dezechamente, no *admitiendo* inte2polación de alguna consonante.

De la *n*, que llamamos *ne*.

**L**A *n*, que llamamos *ne*, se sizven della todas las naciones, po2 se2les mui necesazia; nunca la ponen antes de las t2es let2as dichas *b m p*, los g2iegos ni latinos, i los que los imitan adulándolos; po2 parece2les, que de allí se les pega2á<sup>1.64</sup> la nobleza que les falta; como los que siguen las casas i pe2sonajes g2aves, no po2 ellos, mas po2 lo que de allí pod2án adquiziz. Cuanto à nosot2os, ya tengo dicho lo que siento, i que no entiendo lo que dizen, ò en qué se fundan los que tienen lo contzazio, elija el disc2eto lo que mejo2 le pazecie2e, pues no ai pa2a lo uno lei que obligue, ni pa2a lo dife2ente, razón que fue2ce; mas de lo que suena mejo2 al sentido de cada cual, i la vieja costumb2e.

Nunca se junta en una sílaba con ot2a consonante, salvo con la *s* diziendo *tzansfe2iz*, *instzumento* i ot2os. Tiene la *n* pa2a en casos de necesidad [sic] (ya sea donde uvo descuido, ya donde faltó luga2, ò po2 ot2as causas) un coadjuto2 ò sustituto que sizve po2 ella, el cual es una tilde que se suele halla2 encima de qualquie2a de las vocales, en fin de sílaba ò dición, la cual tiene la misma p2onunciación, i fue2ça de la *n*, con que dezimos *an en in on un ã ē î õ ù*, aunque sob2e la *i*, se halla pocas vezes; i siendo posible, devemos escusazlo en todas. Lo mismo tiene la *m*, i de o2dinazio se halla en muchos esczitos. Advie2tase también, que siemp2e que se hallaze sob2e la *q*, se2á *e* i no *n*, ni *m*, po2 ningún caso, i dizemos con ella *que*.

Su p2onunciación se fo2ma en la punta de la lengua en el p2incipio del palada2 abie2ta la boca.

f.64v°

De la *ñ*, que llamamos *ñi*.

**G**RANDE dife2encia se haze desta nuesta let2a *ñi*, à quien avemos llamado *eñe*, po2que usándola toda la Toscana i Lusitania con ot2as naciones, cada una la esc2ive dife2ente, aunque la p2onuncian casi como nosot2os. De los latinos quie2en dezi2 algunos, que la tuvie2on i usa2on en *agnus*, *dignus*, *magnus*, i ot2os, i que con estas dos let2as *gn* p2onunciavan la *ñ*, yo soi de cont2a2io pazece2, fundándolo en una razón, que si tanto aborrecie2on las let2as dobladas, que po2 escusa2las inventa2on la *x* i la *z*; no ai duda, que si quisie2an p2onuncia2 *añus*, *diñus*, *mañus*, también busca2fan let2a en luga2 de la *gn*, de donde me pe2suado que dezían *agnus* i *magnus*, no con el sonido de la *ñ*, como algunos oi lo p2onuncian. Los toscanos dizen *degno*, *asegno*, *ugnuno*, empe2o danle à la *gn* sonido de nuesta *ñ*, en que sospecho dejene2an de sus p2ojenito2es. Los po2tugueses la usan, en una de dos mane2as: en las diciones me2amente latinas que tienen admitidas en su vulga2, en las cuales imitan à los latinos, jamás las alte2an de como ellos, aunque también la p2onuncian como *ñ*, i así dizen *insigne significa2* i *consigna2*, i en esto se confo2man con los<sup>f.65</sup> toscanos. Ot2as vezes cuando tienen la palab2a est2opeada, dejan la *gn* i házense à ot2o lado diziendo *ingenho*, *penho2*, *lenha* i *fazanha*: mas de qualquie2 mane2a, los unos i los ot2os igualmente se valen de dos let2as, que con una sola nuesta, socorremos aquella ocasión, usando de la *ñ*; la cual, en razón de aquella señal ò tilde, ya no es *n*, de quien tuvo su p2ime2 o2ijen quedando let2a dife2ente, impo2tantísima pa2a nosot2os.

Fó2mase, con la tabla de la lengua, en lo alto del palada2, abie2ta la boca. Ninguna dición se comie2a ni acaba en ella, i la sílaba comie2a en medio de la dición, pe2o no acaba, ni hie2e à ot2a que à las vocales, ent2e las cuales i ella no se inte2pone alguna consonante.



De la *p*, que llamamos *ps*.

**D**E la *p*, con lo ya dicho no uvie2a más que dezi2, po2que con mui poquito la dejázamos bien satisfecha, si los g2amáticos nos dejasen, mas quie2en po2 fue2ça obliga2nos, à pena de alevés o2tóg2afos, que (como ellos) pongamos *ph* à *filósofo*, i à todas las más diciones en que las usan; que si tuvié2amos (como dizen) *sang2e* en el ojo, po2 el mismo caso lo devié2amos *deja2*, po2no mo<sup>f.65v</sup> *st2a2* se2les infe2iozes en calidad. Esto me pazece que à sido que2e2 obliga2nos à feudo i vasallaje, ò usa2 de nosot2os lo que con los esclavos fujitivos, à quien suelen los dueños haze2 cie2ta señal en el rost2o, pa2a que po2 donde quie2a que fue2en i llega2en sean conocidos i los amos po2 ellos. Empe2o, los ladinos i disc2etos, cuando ya se hallan lib2es, p2ocu2an po2 todos los medios posibles, borra2 aquella inominia, quitándose la señal, pa2a no se2 tenidos po2 cativos, i goza2 de las onrras, p2evilejios i libe2tades que tienen i gozan los más en la república. Pa2écele al seño2 g2amático, que nos tiene de supedita2, poniendo se2ñales de suyos con obliga2nos à esczeviz las diciones como ellos; i que no se2á mucho haze2lo, pues ellos reconocen à los g2iegos, imitándolos en todo cuanto pueden. Dize2an po2 cie2to mui bien, si lo que oi tenemos de caudal fuese suyo; empe2o contzadízenlo las lenguas cántab2a bascongada, los ázabes i ot2os, que con razón pazece tene2la, i sin duda tenemos de todas: mas como un sie2vo no puede se2 de muchos dueños, no nos es lícito most2a2nos más de aqué2tos que de aquéllos pudiendo se2 p2opios nuest2os. Ellos tienen su vulga2, i nosot2os la nuest2a; llámanse latinos ellos, i nosot2os castellanos, esczivan como quisie2en, que acá haze<sup>f.66</sup> mos lo mismo, usando de aquellas let2as, que se ace2ca2en más à las palab2as, i eso es el se2 castellanos, dife2encia2 de todos en todo. No po2que nos devié2amos desp2ecia2 que mucha pazte de nuest2o romance nos lo ayan dado romanos, que no me impo2ta ni viene sob2e aqueste a2tículo el pleito, ni sob2e que antiguamente con el de los lacios e2a todo uno, aunque dife2entes en cuanto à los nomb2es, pues cuando así

fuese, ya ellos i nosotzos avemos dejenezado con los tiempos i corren alrevés que solían, i aun la misma lengua latina, quedando como quedó esczita, es oi mui otza en todo, de cuando flozeció en su estado; i como descarriados, cada uno se fué po2 su parte. Todo aquello se pasó i deshizo, quedando cada uno como los de la Rochela, quien piglia piglia. I estimo en mucho, el ave2nos dado tan buena maña, que ayamos llegado à se2 cabeça de vando, hablando i escziviendo libzemente, dando métodos, i comunicando f2asis, como ellos en su tiempo, que agoza es nuestzo.

Tienen la *b* i la *p*, un pazentesco mui estzecho, po2que (como se dijo) la *b* se p2onuncia po2 medio de los labios, i pa2a la *p*, los ap2etamos, embiando el huelgo de adentzo a fueza. Desta mane2a, p2onunciamos en el castellano con la *b* muchas diciones que los latinos lo <sup>1.66v°</sup> hiziezon con la *p*, *Abzil*, *cabello*, *cab2a*, *cabeça*, i ellos *Aprilis*, *capud*, *cap2a capillus*. Que nosotzos hagamos esto, no es mazavilla, pues ellos hiziezon lo mismo con los g2iegos en las mismas let2as, aunque diciones difezentes. Ace2ca de la *m* ò *n* antes de la *p*, no tengo que dezi2 más de lo ya dicho.

De la *q*, que llamamos *qui*.

**A** NDA tan pe2seguida la *q* de los antiguos, teniéndola po2 let2a ociosa, que como à *vagabunda*, tzatazon de su destierro. Esta es una let2a que no usazon muchas naciones; tiénenla los latinos, i aun uvo en ellos algunos que la desecñazon, valiéndose de la *c*, en su lugar diziendo *ce ci*, po2 *que qui*, como dijimos de Cice26n i de Nijidio Fígulo, el uno po2 dezi2 una g2acia, i el otzo po2 flozea2 el injenio, si no fue (acaso) que le cayó en *desg2acia*.

Los que la usazon, que fuezon en todo los más, dijezon con ella *qua*, *que*, *quae*, *qui*, *quo*, *quid*; i de aquí, pazeciéndonos que nos venía mui ancha tan onrrada compañía i doto majistezio, nos detezminamos à dezi2 con ellos, *quales*, *quantas*; à que también devió de da2 algún motivo, pa2ezezles que pues la *q* se llamava *cu*, i que hezia en la *u*,

señía mui bien acomoda2la con ella en las ocasiones que se of2eciesen, que fué g2an yerro. <sup>f.67</sup> Lo cual, à lei de buena razón, devie2a se2 alrevés, pues po2 el mismo caso que lleva una *u* consigo, no se le devía pone2 ot2a pa2a dezi2 *que qui*, supuesto también, que la colide i no la hie2e.

Mas, así pa2a deja2 este paso llano, po2 los muchos que an en él t2ompicado i caído, como pa2a la mayo2 facilidad en los que de nuevo ap2enden, impidiendo que un tan corrosivo cánce2 pase adelante, p2ocuzando el remedio, le avemos dado aquí su p2opio nomb2e, llamándola *qui*: usándola en los esc2itos nuest2os, donde, como, i po2 las causas dichas en el capítulo quinto. I po2que las vocales quedan desta mane2a con mejo2 sonido, más igual i ve2dade2o. Quedando asentado ya, que con la *q* avemos de p2onuncia2 *que qui*, dejándole à la *c* sus t2es vocales *a o u*. Es conveniente p2ova2, cómo aquella *u* que ponemos ent2e la *q* i la *e*, ò la *i*, es falsa, i rep2ovada: po2que si de común consentimiento la *c* hie2e siemp2e à la *u*, ya dejan esclufda de aquel sonido à la *q*. Favo2ece nuest2a pa2te Quintiliano que t2atando de la *c*, i de la *q*, dize lo que ya dijimos, que con la *c*, podemos p2onuncia2 hiziendo à las vocales *ca ce ci co cu*, luego ave2iguado queda que no siendo con aquellas let2as la *u* necesazia, tampoco lo se2á con la *q* pues ent2a en el oficio de la *c* con <sup>f.67v\*</sup> estas mismas dos p2onunciaciones. Fue2a i de más de la razón dada, que sin duda es pe2ento2ia, también se p2ueva con dezi2, que cuando esc2evimos las let2as, es, ò pa2a vale2nos dellas po2 el sonido que tienen, ò pa2a evita2 ot2o alguno, dife2ente del que se p2etende; po2que, si no fuese con ánimo de conseguiz algún útil, ò evita2 daño, se2ían desap2ovechadas i sin algún fundamento: pues pa2a dezi2 *qe qi* sin la inte2vención de la *u*, no milita razón alguna de las dichas, luego no ai pa2a qué pone2la, supuesto lo dicho, i que se2ía imposible p2onuncia2se ot2a cosa, ni da2le dife2ente significado. Antes po2 el cont2a2io, si se la pusiesen da2ía ocasión à que se hiziese la *u*, i la *q* viniese à haze2 oficio de *c*, con que diz2amos *cue cui*, alrevés i en cont2a de lo que se p2etende, siendo notozio absuzdo, i bolve2nos de nuevo à nuest2os antiguos erro2es, con los

inconvenientes mismos que dijimos de la *g*. Haze también po2 lo dicho pa2a escusa2 la *u*, que si la *g* teniendo encima una tilde ò puntillo que vale tanto como una *e*, dize con ella *que*, sin se2 necesazia la *u*, po2 qué no se2á lo mismo poniéndole la *e* sola delante como si la tuvie2a encima? I en lo que toca imitaz à los latinos ya tengo satisfecho que no es necesazio à los castellanos busca2 las deduciones de sus voces, después de <sup>f.68</sup> admitidas ya en el uso. No po2que niegue yo esta2nos mejo2 i se2nos más onrroso, ave2 nuest2o vulga2 tenido su p2ncipio de la lengua latina, i no de ot2as bá2bazzas de que nos à cabido mucha parte: mas ya es caso diferente, p2cia2me yo de veniz de casa ilust2e i noble, à que2e2me obliga2 que use de los t2ajes, gua2de las costumb2es i fuezos de mis pasados. Los que abitan en España, F2ancia, Italia, Flandes i ot2as cualesquie2 p2ovincias, deven sólo seguiz el uso común à donde se hallazen, que aunque se p2ecien de sus naciones, no po2 eso deven gua2da2 sus t2ajes ausentes dellas.

Advié2tese con esto, que siemp2e cuando la *q* fue2e conjunción ò adve2bio, no se2á necesazio pone2le más de aquel tizazol ò gua2dapolvo encima desta mane2a *q̃*, pa2a que diga *que*: la cual tilde, ya dijimos que sob2e qualquie2a de las vocales vale po2 *n*, mas no se pe2mite pone2 en los nomb2es ò p2onomb2es, ve2bos ò p2aticipios ni en ot2a qualquie2 parte de las de la ozación que se hallaze, fue2a de lo dicho, salvo po2 necesidad p2eciza, po2 ab2eviaz si falta luga2 pa2a las let2as, que ya en tal caso, pod2íamos también pone2, *algũa p̃ã*, *bũã*, i ot2os de la *n*, mas pudiéndolo escusa2, se22a vicioso, i lo mismo deziz *q̃ziendo erĩq̃ce2 Anteãra* ni *q̃da2*, que no siendo bien esc2ito, queda feo.

De la *r*, que llamamos *re*, y de la *z*, *ze*.

**A**VIENDO dejado dicho destas letras *re* í *ze*, cuando se trató dellas en el capítulo sexto, no seá necesario alargarnos à más de lo que se ofrece para en este lugar: i dezié de paso lo ya dicho, cómo inventó la *r* Salvo un maestro de muchachos; i supuesto, que tenemos estas dos cañales, de que se valiezon jeneralmente los latinos antiguos, i no sólo se hallazán en sus escritos de mano, que tengo vistos algunos, más en el molde que usazon à los principios dél, i oi nos enseñan algunas cañillas diferenciadas la *r* de la *z*, no sé cuál causa nos mueve à dejarlas peñe, i con ellas un tan onrrado privilegio en escrivirlas, pues las usamos hablando: haziéndoles de pocos años à esta parte, digo en los tiempos presentes, un tan conocido agzavio vazíándolas; unos por imitar à los latinos de nuestros tiempos, ya sea por inadvertencia, ò parecezles aquello lo mejor; otros por seguir à los impenidos, con pasión i contra razón, se an descuidado más de lo justo; pues la *r* siempre haze *re* así en el principio como en el medio de la dición, i no ai alguna letra que dejene de lo que una vez a sido, porque siempre la hallazán<sup>f. 89</sup> en toda parte con su misma fuerza, si acaso con otra mayor no se la rompen; i no sé qué razón milite, à que con la sola *r* se diga *rebuella*, *rueda*, *redondo* i otros, i en medio de la dición la doblesmos, diziendo *derrama*, *arrasta*, i semejantes; lo qual, es inpropio, en especial, teniendo *z*, con que cesa cualquier inconveniente.

Difizen la *r* i la *z* como dijimos en aquel rasguillo que la fortalece, i la *z* cañe del como letra más blanda, sonando suavemente. Si ve la *r* al principio i en medio de la dición i nunca en el fin della; i la *z* alrevez, que nunca se halla en principio i de ordinario está en el fin à lo menos en los infinitivos castellanos en que siempre acaban, empeno ambas las hallamos en principios i medios de sílabas.

MATEO ALEMÁN,  
De la r q̄ llamamos re,  
i de la z re.

**A**VIENDO dejado dicho destas letras re i re, quando se trató dellas en el capitulo feſto, no ſera neceſario alargarnos à mas de lo q̄ ſe ofrece para en eſte lugar: i dezir de paſo lo ya dicho, como inventó la r ſalvio un maéſtro de muchachos; i ſupueſto, q̄ tenemos eſtas dos ca- racteres, de q̄ ſe valieron jeneralmente los Latinos antiguos, i no ſolo ſe hallaràn en ſus eſcritos de mano, q̄ tengo viſtos algunos, mas en el molde q̄ uſaron à los principios del, i oí nos enseñan al- gunas cartillas diferenciadas la r de la z, no ſe cual cauſa nos mueve à dejarlas perder, i con ellas un tan onrrado privilegio en eſcriuirlas, pues las uſamos hablando: haziendoles de pocos años à eſta parte, digo en los tiempos preſentes, un tan conocido agravio variandolas; unos por imi- tar: à los Latinos de nueſtros tiempos, ya ſea por inadvertencia, ò parecerles aquello lo mejor; o- tros por ſeguir: à los imperitos, con paſion i con- tra razon, ſe an deſcuidado mas de lo juſto; pues la r ſiempre haze re aſi en el principio como en el medio de la diction, i no ai alguna letra q̄ deſe- ñete de lo q̄ una vez aſido, porq̄ ſiempre la hallaràn en toda



De la *f*, i *s*, à quien llamamos *se*.

**E**STAS dos let2as de que aquí se t2ata, la *fe* i la *se*, cuya señal es la dicha, ve2dadezamente son una sola, i si alguna dife2encia le shallo, es, la que dijimos de la *d*, salvo que aquello se pe2dió, i las *f s* an tenido más fue2ça, cont2a inclemencias de flojos i descuidados, de quien aun las po2bes let2as no están lib2es.

En todo p2incipio de dición ò sílaba usamos la de *f* la2ga, i à los fines <sup>f.69vº</sup> dellas, de la *s* pequeña. Imitan mucho ambas en el sonido al silvo de la culeb2a, de donde sospecho que se les dio la hech2a que tienen, to2cida i enrroscada. Ya tengo dicho que no tenemos en la lengua castellana let2as dobladas en una sílaba, po2que no las admite nuest2a p2onunciación, i aun en dife2entes las hallazemos pocas ve2es, i algunas en los infinitivos, diciendo *leer*, *posee2*, *p2ovee2* i ot2os. También cuando la dición acaso t2ae let2as dobladas que suelen se2 po2 composición como *t2ansustancia2*, les quitamos la una diciendo *t2ansustancia2*, po2 no afecta2 las palab2as, vicio to2pe i cansado, dezi2 como dizen, remisso, p2esumpción, *Mattheo* i ot2os. Alguno uvo que dio una regla jenezal diciendo, que siemp2e cuando antes i después de la *s* uvie2e vocales, avíamos de duplica2la diciendo; *admi2ó-sse*, *dt2osse*, *t2újosse*, *at2eviósse*; yo me at2evo à dezi2 que dijo i esc2ivió un g2andísimo yerro, i que lo hazía mayo2 el que lo usase. Pe2dóneme su o2tog2affa, que habló en toda ella, más como buen pinto2 de let2as que let2ado. Algunas dicio2es ai, donde la *s* tiene más viva p2onunciación, i en ot2as no tanto; como si dijésemos, *casa*, ò *escasamente*, lo cual acontece también à ot2as let2as; en que se deve seguir el común, po2 escusa2 dificultad, i casi un <sup>f.70</sup> imposible, tene2 let2as be2moladas, ò señales en ellas, como en los puntos de la música, con que se hazen fue2tes. Aunque, *tan poca* es la dife2encia de uno à ot2o, que casi es impe2ceptible las más ve2es: i con dificultad, ò con mucha conside2ación, repa2a el oído en ello, dejando los accidentes, po2 acudi2 à la sustancia de lo que se dize.



Lo que yo más advieyto, es en lo que también conosco que yerro algunas vezes con descuido, po2que me buelvo al natuzal como la gata de Venus, i pecado jenezal en los andaluzes, de que no se an escapado los castellanos todos, ponez ç po2 s, i z po2 ç, ò alrevez: i aun ai algunos, yo los è visto, i no de los comunes, mas ombzes de cuyas letzas i autozidad se tiene g2an conceto, que pa2a dezi2 ciento ponen *zi2nto*, en que piezden más de à ciento po2 ciento de c2édito.

Adviéztase también de la *f*, que la hallamos tzavada con algunas letzas,\* aunque nunca lo hago, salvo con la *p* i la *t*, desta mane2a *fp ft*, lo cual se pezmite (no siendo diciones difezentes) en todas i cualesquiez pa2tes que se hallazen, así al pzincipio como en el medio dellas; en tal man<sup>o</sup>2a, que si dijésemos *espacio*, *estuvo*, *estandazte* i otros, i en el renglón cupiese no más de la sílaba *es*, avemos de pone2la como aquí, de las la2gas, como si la tzavazón se hiziese allí entezamente, po2que se <sup>f.70v°</sup> supone, que con estas letzas la tiene siemp2e.

I pues avemos dicho lo que à la letza le toca, digamos algo en defensa nuesta, pa2a que no po2 callaz, pazesca que consentimos la injusta culpa i acusación, que los lusitanos an quezido poneznos. Po2que, aunque vezdadamente les tengo afición i deuda, po2 las muchas amistades que dellos tengo recibidas, estimando jenezalmente mis papeles, no como de castellano, mas cual si yo fue2a de su pzopia nación, i ce2cano deudo de cada uno, haziéndome la me2ced que siemp2e de la suya espe2é recebi2. Mas como en mate2ia de letzas faltan las amistades i en especial, que no tanto pzetendo aquí haze2 mis pa2tes, quanto las de toda mi nación, à quien culpan del pecado que no tiene: con su licencia, me av2án de pezdona2, si ampazando nuesta justicia, descubieze la poca suya, en el caso de que se tzata. Dizen, que avemos incurrido en un yerro notable, cuando esczevimos *estado*, *espi2itu* i *esczivano*, con los desta calidad, estando con

---

\* Este párrafo, relativo a la ese larga que se entrelaza con algunas consonantes, se refiere y sólo entonces tuvo validez a ciertas formas de escritura, manuscrita e impresa, de la época en que el autor redactó tales líneas.

obligación i deviendo dezi2 *stado*, *spí2itu*, *sc2ivano*, *stilo* i *spe2ança*, como lo dizen ellos, quitando la *e*, antes de la *s*, *studo*, *stado*, *sta2*, *statua*, *spí2itu*, *sc2iptu2a* i *sc2ivao*: i dan razón, que así lo esc2iven los toscanos, los *f2ancezes* i ellos. No les quie2o nega2, se2 pa2a ellos buena su p2onunciación; po2que, no <sup>f.71</sup> quie2o ni t2ato de apu2a2 lo que no me impo2ta; ni les confesa2é que hazemos mal, pues **cada uno tiene su p2onunciación i modo en el esc2evi2, ellos van po2 su camino, i nosot2os po2 el nuest2o, i hazemos todos bien. Mas pa2a satisfaci2ón, i da2 buena cuenta de mí, ya que tomé à mi ca2go esc2evi2 alguna cosa de la o2tog2afia castellana, sin empacha2me con alguna de las más naciones, à quien digo que no imito, ni quie2o, ni t2ato de ot2a cosa, que sólo de acomoda2me, con lo mejo2 que tuvie2e cada uno dellos, i que me venga más ap2opósito; pues, como les tengo confesado, aquesta capa de pob2e hecha de remiendos, ya están todos cosidos i llenos de doblones, i vale oi más, que rica lib2ea de juego de cañas. Nosot2os ca2ecemos de caudal p2opio, no tenemos ot2o, del que avemos desbalijado à los est2años, i a sido como el manja2, que después de comido i dijesto, no es lo que antes e2a, po2 queda2 conve2tido en sustancia del que lo come, i si antes fue2on pe2dizes, no le llama2án pe2dizes, mas omb2e solamente. La lengua castellana comió de todo, i todo se hizo f2asis castellano, sin queda2 memo2ia de lo que cada cosa fué antes. Mas en p2ueva de nuest2a intenci2ón, i desca2go del que nos hazen, deseo sabe2; si quie2en dezi2 que no se tiene de pone2 la *e*, siemp2e que se si <sup>f.71v\*</sup> gue la *s*, en el p2incipio de la dición, po2 qué no se pod2á p2onunciaz sin ella; i que siendo así es impe2tinente i sin alg2n p2opósito, como cosa sob2ada; díganme, qué más tiene la *s* que la *f*, con que (sin la *e* del p2incipio) pod2íamos bien dexi2 *fetua2* po2 *efetua2*, i lo mismo *leji2* po2 *eleji2*, *rra2* po2 *erra2*, *menda2* po2 *emenda2*? i ot2os que t2aen consigo la *e* como ca2ta de horro. Si los latinos dije2on *spes*, *et2it2 spí2itus*, faltando la *e* del p2incipio, no fué po2 no se2 neces2a2ia, mas po2 que p2onunciazon aquellas diciones con **cie2to sonido**, que juntavan la *s*, más à la siguiente let2a que à la *e* ante2io2,**

sin que sonase nunca, lo cual oi pzonuncian muchos mui cza-samente po2 no entende2lo, i esta2 mui lejos de la pzonunciación pasada, que aun ai ombzes de letzas que la gaudan. Esto se quede así, que pa2a con ellos, no es de tanta fue2ça como lo siguiente. Si nos acusan que dezimos *espezança, escuela i estudio*, po2 qué no advie2ten de sí mismos, que yerran escziviendo, *estio, estés, excusa, esta, estancia, estzanha*, i ot2os muchos de su calidad, en que pecan conta sí? Aquí se confizma, cuán grande parece la mota en el ojo ajeno, i qué pequeña la viga en el p2opio. Mize cada uno po2 sí, cómo corrije à los ot2os, po2que de donde no piensan se levanta2á un Ma2tynus conta. que les buelva <sup>f.72</sup> las pelotas à la ca2a, pues no ai pelo tan delgado que no haga su somb2a, ni mosca tan pequeña que no tenga su côle2a.

De la *t*, que llamamos *te*.

CON el mismo sonido de la *t*, se deja dicho quién es, i el oficio de que vive; úsanla todas las naciones, po2 se2les mui familia2. Los latinos de nuest2os tiempos, quie2en que sizva de *ç*, aunque sin cedilla, cuando después della se sigue *i*, con ot2a vocal, i lo haze de mui mala gana en cualquie2 mane2a, po2que tiene muchos amigos y buenos que la defienden, pzonunciándola casi con fue2ça de *t*, i no de *c* como lo tenemos de muchos g2aves doto2es i maest2os; en especial del consumado Azias Montano que tanto ilustó las letzas umanas i Divinas, como sus ob2as lo p2egonan; i en especial se conoce de la blivia regia, donde se descubzió el fé2til ingenio suyo; de quien, è venido à entende2, que pues nunca pzonunció la *t*, sino en su p2opio sonido, que como nosot2os avemos tomado muchas pzonunciaciones ajenas, i de nuest2o beneplácito, que también los latinos mode2nos an hecho lo mismo, usu2pando el sonido de *ç* con la *t*; i es mui llegado à razón lo <sup>f.72v°</sup> dicho, po2que como sabemos que se pe2dió la vezdade2a pzonunciación latina, los que della pod2án tene2 mejo2 noticia, se2án los que más uvie2en estudiado, i cupieze [sic] mayo2 parte de la lengua heb2ea i g2iega, i pues Azias Montano

fué tan vezdadezo dueño de todo ello, que ninguno le igualó en su tiempo, ni se le conoce antes ò después, quien le hiziese ventajas, no se duda por el consiguiente, avez sido el que mejor lo entendió y habló. Demás desto, à cada renglón hallamos muchas diciones, donde usa la *ç* de su propio sonido antes de la *i*, aunque se le siga otra vocal, ni dos vocales, como en *especies*, *speciei*, *oficium*, *specialis*, *Alciatus*, *objicio*, con otra turba multa. Los antiguos usaron bien de sus letras, i los modeznos les an quezido levantar testimonios, de que cada día se va perdiendo más de su crédito, porque cada uno se quiere hazez dueño, i donde no ai con cordia de un pueblo se hazen muchos.

De la *v*, que llamamos *ve*.

**E**STAS dos letras *v*, i *u*, an padecido hasta oi tanta tozmenta, sin que los latinos ni otra nación alguna, las ayan quezido socorrez ni dazles la mano, que ya tengo su remedio por imposible,<sup>73</sup> ò mui dificultoso, como acontece à todo aquello, donde la mala costumbze à echado raíces: i por nuestros pecados, vemos que lo bueno se pasa i piezde, i lo malo nunca se acaba. Ciezto estoi, que si se viezan oi los escritos de Cicezón, de Séneca, Demóstenes i otros de sus tiempos, i los oyéramos otra; que, ò no les halláramos este vicio en esczevi, ò se avía de manifestaz la difezencia de la pzonunciación, cuná otra es de la nuesta. I que no sea lijítima, es cosa clara, pues ò todos yerran, i solos acezamos, ò nosotros i ellos andamos à ciegas, pues cada nación pzonuncia con su difezencia. Todos an sido jenezales defetos de nuesta pezeza, pues descuidándose à los pzinicipios, i conociendo los yerroz, los an dejado pasar, sin quezezlo remediaz. Así, no es mazavilla que se aya ensanchado tanto: i si lo hazen tema, no faltaán algunos, que aun el oí la vezdad, (por no aceztaz) lo tenzán por mohina.

Ya dijimos en el capítulo quinto, donde se tztó de la *i*, con lo que à la *u* les toca, cómo son letras vocales, i la *v* consonante, tiene hechuzas voz y nombze difezente; por lo

cual, yerran los que las t2aen (como dicen) al cazcillo, pues la *u* no haze más de aquel sonido como aullido de lobo, i la *v*, anda vaziendo con todas las vocales, i nunca se acaba en ella <sup>1.73v</sup> dición alguna. Confúndenla muchos con la *b*, i tan p2esto dicen *vuelta* como *buella*, *vino* como *bino*, *vueno* como *bueno*, i no es bueno, po2que ai mucha dife2encia de *vello* à *bello*. En el p2incipio deste capítulo, hablando de la *b*, dije lo que se ofzeció à este p2opósito, i su remedio pa2a sabe2la bien p2onuncia2.

De la *x*, que llamamos *xi*.

**E**N el capítulo nono p2ecedente, se dijo cómo ca2ecieron los antiguos desta let2a *x*, hasta los tiempos de Augusto Cé-sa2, i los vazios modos como en su luga2 esc2evían con su p2onunciación, unas vezes diziendo, *apecs*, po2 *apex*, i ot2as *g2egs* po2 *g2ex*. Dezian *csi*, i *gsi*, po2 *xi*; lo cual, pa2eciéndoles más à p2opósito, vale2se de una let2a sola, que con fue2ça de doblada, tuviese aquel sonido, recibie2on la *x*, dándole à ella sola, lo que antes p2onunciavan con cuat2o, en dos mane2as.

La *x* i la *j*, tienen cie2ta mane2a de similitud ò pa2entescosco, según la *s* con la *ç*, po2 donde algunos las t2uecan, diziendo *dixe* po2 *dije*, no advi2tiendo que la *x* es más tenue, i se p2onuncia casi como el silvo, la lengua poco menos que junta con el palada2; i pa2a la *j*, se tiene de reti2a2, i f62mase po2 ente dientes, con solo el aliento. No<sup>1.74</sup>sot2os p2onunciamos la *x* como los á2abes, de cuya vezindad nos la dejazon en casa, con ot2os t2astos cuando se muda2on, i la usamos en las ocasiones que se of2ecen. También la ponemos en las diciones compuestas con *ext2a*, i ot2as dezivadas de la lengua latina, diziendo *exemplo ext2ao2dina2io*, *exalta2ión*, que aunque sea vezdad que no dizla mal cuanto à nues2to vulga2 el que dijese *anejo*, *esaltación*, *ejemplo*, *est2ao2dina2io*, uno i ot2o se pe2mite, pe2o no en *conexo*, que con *j* dizla *conejo* i ai mucho de *malvas* à *mal vas*.

De la *y*, quellamamos *ya*.

**E**STA letza *y* que usamos, es p2opiamente g2iega i una de las vocales, de donde cie2to letzado vino à dezi2 quetefnamos más esta letza vocal, dando seis, no advi2tiendo que no lo puede ser paza nosot2os, pues hie2e siemp2e à las vocales, lo cual es p2ohibido de una vocal à ot2a; de donde, necesaziamente resulta ser consonante. Sin esto, à las vocales todas las hallazemos en p2incipio, medio i fin de dición, i la *y*, no pod2á esta2 sino en los p2incipios dellas, i nunca en el medio ni fin. Su invento2 fue Pitágozas, famosísimo filósofo, enseñándonos en ella un ejemplo de la vida umana. Po2 el pie ò mástil de2echo, sob2e que fab2i<sup>f.74v</sup> can los dos b2aços, quiso adve2ti2 de nuesta2 edad p2ime2a, incie2ta i sin elección, que no declina más à una que à ot2a parte. De cuya supe2io2idad, se dividen dos caminos, el uno angosto à la mano de2echa, i el ot2o ancho à la isquie2da; di2iendo, en su lei de buena razón, lo que nos p2edica oi el santo evanjelio. Angosto es el camino po2 donde avemos de i2 à goza2 de la vida, i ancho el que nos lleva con deleites à la pe2dición.

De la *z*, que llamamos *ze*.

**A**VEMOS últimamente llegado a la *ze*, sinificada po2 esta figura *z*, con que dazemos fin à nuestro alfabeto. También ca2ecie2on della los latinos, hasta el tiempo de Augusto Césa2 que con la *x*, de quien dijimos, paza escusa2 las letzas dobladas que tenfan, en luga2 de la *z* usavan unos *sd*, i ot2os dos eses *ss*. I pazeciéndoles, de impe2fecto sonido paza lo que buscavan, elijie2on letza, que siendo sola, i teniendo fuerça en aquella voz, tuviese juntamente valo2 de doblada, con que podese mejo2 esplica2, como deseavan i avfan hecho con ot2as. De donde, no se me deve culpa2, si (como ellos) è p2ocuzado halla2 letza que sizva de *che*, supuesto, que hasta oi avemos ca2ecido della, i las que usamos en su luga2, que son imp2opias, malas i <sup>f.76</sup> fue2a de todo p2opósito, pues ambas, ni alguna dellas po2 sí sola, hazen la voz que se p2etende. Aquí

se llama *ze*, según hasta *oi*. Muchos la equivocan con la *ç*, i otros la *tuecan* con la *s*: no ai *letzas* con qué *adveztizlo*, *pa-za* que no *se yerre*, más del oído i entendimiento de cada uno.

En este *tatado* me *pudieza* bien *alazgar* en algunas *cu-zioidades*, *acezca* del *esczevi* i *cifza* con estas *letzas*; que *podzia se* (*ya*) *después* de *asentadas*, las *comunicase*, si el tiempo no me *alcançase* de cuenta, i *agoza* es imposible: *poz-*que como ya dije, *da* de *comez* tanto de una ves à *estóma-*gos *flacos*, que à *penas podían* *dijezi* lo dicho, *sezia* *estza-*galo todo. Cuando esto *suceda*, como cosa *natuzal* y *ciezta*, ya con lo dicho, *dejazemos* mucha *luz* à los *venidezos*, *pa*za que con *mediano tabajo* i *aquestos pñicipios*, hallen *plaza* *fzanca* donde *flozea* i *rebolvez* sus *injenios*, pues bien *consi-*dezado, à el que *fueze* *cuizioso*, le queda en esto poco, *abiezta* *puezta* *pa*za mucho, i *fi*zme *cimiento* *sobze* que con *seguzi-*dad *podzá* *cazga* *famoso* *edificio*. Con esto *pasazemos* luego *al pñoblema pñometido*; que si *deste tabajo* *conocieze* *ave*z *hecho* algún *sezvicio*, me *anima*zé à otros *mayozes*, i no *me-*nos *impoztantes*, *agzadables* i *cuiziosos*, que *sezvicios* *estima-*dos à *imposibles* *acometen*.

## [CAPÍTULO XI]

f. 75v.

**A**zistóteles nos dize, que sin ocasión i pziincipio, es imposible que algo se haga. I el avezlo yo dado, à las novedades vezdades que se vezán, escziviendo el siguiente poblema, nació de ocasión, i caso tan impoztante à nuesta reputación, como es la ortogzaffa, escziviendo como se habla, con letzas p2opias i sinificativas de las voces. Muchos estudios me cuesta, mucho tengo tzabajado, g2andes nauzajios i tozmentas è padecido, descubziendo este nuevo mundo que no es menos lo que se tzata.

Podzia deziz con vezdad, avezme sucedido en este viaje, lo que à los navegantes: que aviendo salido de abzigado puezto, ya cuando engolfados en medio de algún piélago, van à viento en popa, corriendo maz bonança, suele de impzoviso levanta2se mui lejos, una pequeñuela mazañita, que bzevemente se cuaja, i haziéndose nube, poquito à poco se les viene acezcando i czeciendo, i en espacio bzeve, soplan los vientos, queda el sol eclipsado, el cielo cubiezto, el aize oscuzo y negzo, que roto po2 mil paztes, con rayos espesos i tzuenos espantosos, amenaza de muezte po2 momentos. Àbzense los cielos, despéñanse dellos (à el maz) mazes de aguas, que todas mezcladas, locas i fuziosas, enczespando las olas, bzamando se levantan en alto, fo2<sup>f. 76</sup>mando en pocos tzechos, muchas altas montañas i p2ofundos valles. Arrebatan la nave, i como à fácil cozcho, ya la sepultan en las hondas azenas que del suelo descubzen, ya en el instante mismo la levantan, que pazece toca2 las gavias con el cielo. I destos impulsos, vazios i sovezbios, los madezos czujen, rechinan

NOTA: Este capítulo carece de número y de título o encabezado en el original.



las tablas, los clavos aflojan, el mástil se quiebra, rómpense las velas, destrozada la jarcia, el timón pezdido, i las espezanças de umano remedio, los unos llozan, los otros gztitan, allí se p2ometen, acullá se confiesan, rezan i buscan tablas en que salva2se. Mandan los pilotos, czuzan los mazine2os, de p2oa corren à popa, de babo2 à est2ibo2 à las escotas, bajan i suben à la gavia, sin que algún minist2o de todos obedesca ni entienda. Éstos dan à la bomba, esot2os la2gan, içan i çfan, pezeciendo juntos. Cuando inopinadamente, al punto que aguazdavan el post2e2o suyo, siendo so2hdidos i anegados de las fie2as aguas, las del cielo cesan, i las del ma2 se aplacan, pasa la espesa nube, i con ella los vientos, el sol se aclaza, buelve risueño el día, i los navegantes aleg2es, con favo2able tiempo llegan al pue2to que desean; donde, saltando en tierra, bezan las azenas al p2ime2 paso, en señal de amo2 i deseo, instimulados de la to2<sup>1.76v\*</sup>menta i t2abajos padecidos, que no es menos de lo dicho el que no sabe. Quanto más, muchos i tantos, de quien, mi navezilla pob2e a sido contastada i pe2seguida, con opiniones i dogmas falsas, p2opiamente rayos i t2uenos, inexo2ables vientos, ondas locas i sove2bios mazes, borrasca czuel, pa2a quien (como yo) se puso al peligro, i la tiene sufzida, resistiendo siemp2e po2 llega2 à este punto, donde ya (descansado) dizé con el poeta, in veni po2tum, spes & fo2tuna valet. Aquí beza2é la tierra, dándole un longum vale à pasados bazva2ismos ca2ga pesada de lleva2, po2 no apa2ta2me (solo) del común, hasta tene2 ya dada noticia jene2al de la o2tog2afia, que si antes la usa2a, me castigazan po2 ello, haziéndome causa, sin of2 mi escusa; i como à quien, añadió una cue2da más à el inst2umento, pa2a que sonase mejo2 la nueva consonancia, sin tene2 alguna conside2ación, à las notozias ventajas, con que aquel famoso Te2p2ando dejó ilustrada la música.

Ya tengo aquí dada la satisfacción que me pazeció se2lo, i tan justificada, que no alcanço lance que pueda ofende2la, con que usa2é de las let2as (confo2me à los p2ecetos dados) en el p2oblema siguiente. Aquesta vezdad es la que tengo rast2eada, no soi más omb2e que ot2o, ni de más vivo inje-

nio que mi <sup>1.77</sup>vezino, toda es una tela, todos andamos con el uso, que aun aquellos à quien juzgamos ánjeles entze nosotros, tengo po2 sin duda, que si un poco los manoseásemos, los hallaríamos umanos, i vestidos de nuestra misma carne, sin escaparse alguno, que no la tenga ribeteada de inocencias, descuidos, pasiones i flaquezas.



## [PROBLEMA]

f. 77v\*

EN el tiempo que asisti, sizviendo al rei don Felipe II-  
nuestro seño que esta en gloria, en oficio de contado de  
resultas, en su contaduzia mayo de cuentas. Entze otras mu-  
chas grandezas que vi en su corte, fue, que aviendo alli llegado  
de parte de su santidad Pio Qinto, cierto pñcipe de la o-  
glesia, para tratar con su majestad negocios della, tan e-  
gustó de algunos cortesanos de ingenio, que con curiosidds-  
pocuzó granjea su amistad, i se la hizo tan familiaz, que  
solo se onrava de tenezlos en su posada, i llevazlos enno,  
caroça quando salia publico, mas convidandolos a comer, su  
daba libezalmente su mesa, haziendoles muchas particularas  
mezcedes. Tenia de costumbre, luego como se açavan le-  
mantales, queda se tratando de vazias cosas, curiosidades di-  
nas de tan grande pñcipe. I entze algunas dellas que llega-  
ron a mi noticia en aquel tiempo fue una, que por se tan de  
aqueste proposito, la hize promesa, i quise valeme della, pa-  
gandola en este lugar, por no queda adeudado. Tuvo por  
convidados un dia, dos gallardos estadistas, elegantes orado-  
res, ijenezales en toda conversación, Favelo i Mauzicio. Mon-  
señor (como tan disceto i famoso letado) quien<sup>f. 78</sup> movia el  
animo a la ciencia, codiciosissimo de saber, por no haze se

---

NOTA: Aunque en el texto no tiene número especial, esta parte constituye un capítulo por separado. En atención a su particular carácter de ejemplo concreto que muestra íntegra y cabalmente la manera ortográfica perseguida por el autor, se han conservado aquí los puntos y aparte y todas las particularidades con sólo dos excepciones: las eses altas han sido substituidas por la ese baja ordinaria y, segunda, se ha puesto *que*, desatando la abreviatura arcaica de *q* con tilde. Ninguna de esas dos modificaciones altera en nada el texto y se han hecho atendiendo, sobre todo, a necesidades tipográficas.

reo del tiempo, lo qiso pasa2 en el flo2eo de una cuziosidad injeniosa i nunca dete2minada; p2oponiendoles, cual fuese de mayo2 ecelencia el habla2 bien con la pluma, ò desc2ibiz con la lengua. Favelo aqien tccó habla2 con la pluma se levanto, i he2o el acatamiento devido se bolvio asentaz con mu2o sosiego, i en cunplimiento de su deuda, començo diziendo deve2se la ventaja (con justa razon) à los esc2itos, pues qeda2on las musas vencedo2as, en la contienda qe tuvie2on con las sizenas; po2qe, las musas esc2evian, los ve2sos qe cantavan ellas: i qe sin compa2acion, se devia estima2 en mu2o mas lo esc2ito (po2 su inmo2talidad) qe las palab2as, pues à penas la lengua cesa, cuando todo lo qe à hablado, aunque mui elegante sea, se lo lleva el viento, quedando sepultado en el olvido. I no qiso dezi2 ot2a cosa, lo qe finjiez on los poetas, qe t2ayendo alas de plumas las sizenas, las musas las pelazon, haziendo dellas cozonas qe pusiez on sobre sus cabeças. Como si mas clazo dije2an, qe se cozona el sabio, con el esc2eviz de la pluma. Qe fue2a de la eloqencia [sic] de Cice2ón, si no la dejaza esc2ita? ni della uvie2a memo2ia, ni del se aco2da2àn; toda fue2a tenuta po2 aize, como la mate2ia de qe se fo2 <sup>f.78v°</sup> ma2on sus palab2as; el esc2eviz lo hizo ete2no, con pe2petuo renonb2e. Mas famoso quedo Aquiles po2 los esc2itos de Ome2o, qe po2 las palab2as de su amigo Pat2oclo. Los antiguos at2ibuye2on las let2as à las g2ullas, como lo dize Vlises a Diomedes, en la gera de Troya. No pienses qe tu inventaste las let2as, pues bolando en el aize las g2ullas las van fo2mando. Tambien se sabe destas aves, cuando qie2en pasa2 el monte Caucasos, que pa2a no se2 sentidas de las agilas, cada una dellas lleva una ped2ezuela en el pico, pa2a i2 calladas. Demane2a, qe son simbolo de la p2udencia, i segun dize Pie2io en su isto2ia je2oglica, sinifican el govie2no Democ2atico, de los p2udentes i sabios; qe deven se2 diest2os en el esc2eviz, i cautos en el habla2. Mu2o se corobo2a mi pa2te con lo dico, i ve2 qe los a2boles qe dan mas hojas i sonb2a, son los qe menos f2uto llevan. Los vasos de mayo2 sonido, suelen esta2 mas vazios. Las aves qe mas cantan, buelan menos, i siendo meno2es, no tienen tanta ca2ne. Los

peros qe mas ladzan, caçan mal, i en la republica de las avejas, à los qe hazen mayo2 sonido, llaman zanganos, qe no dan fzuto de miel ni ceza. De donde se infieze, qe los onbzes qe mas hablan, po2 lo comun i ozdina2io, hazen poco i saben menos. Cuando los antiguos<sup>f.79</sup> t2atazon de cosas de amozes po2 esc2itos, lo hiziezon po2 manos de sabios; mas pa2a habla2 dellos, int2odujezon pasto2es, bocas i lenguas de ruscosti g2ose2os, como lo vemos en la bucolica de Teoc2ito ent2e los G2iegos, i en las eglogas de Vizjilio en los Latinos; i nuest2o comun úso hasta oi los à imitado, de qe tenemos infinitos lib2os. De donde se saca en linpio, se2 muc2o mas ecelente lo esc2ito qe lo hablado. P2egúnto à los qe saben, como pintavan los Lacedemonios a su Dios Apolo, p2esidente de la ciencia, pinta2onlo con cuat2o alas? no po2 cie2to, mas pusiezonle cuat2o manos, pa2a qe con ellas esc2iviese muc2o. Los mismos antiguos nos dijezon, qe las cosas notables i g2andes, no e2an dinas de la lengua, sino del ced2o inmo2tal, qe no se coronpe. Los dicos i sentencias, en esc2ito tienen mas fuezça, po2 esta2 mas vezinos à la conside2acion, i las palab2as no lo son tanto: asi el habla2 es de muc2os, i cosa qe à las vezes a un disc2eto ha2a pa2ece2 loco, i el esc2evi2 de pocos; i t2ae consigo silencio, qe haze à un loco pa2ece2 disc2eto. La postu2a mas p2opia en el omb2e, la jusgamos cuando está sentado; de donde, los p2incipes, juezes, p2elados i maest2os, qe son los qe mejo2 entendimiento tienen, ò lo devie2an tene2, estan sentados en t2onos i sillas,<sup>f.79vº</sup> natu2al postu2a i p2opia de qien esc2ive. Los G2iegos llama2on à los dotos, enamo2ados de la sabiduzia i sabios los Latinos; sace2dotes, los Ejicios; esc2ivanos, los Heb2eos; los Pe2sas, magos; p2ofetas, los Cabalistas; i ninguno los llamo hablado2es. Aqel famoso Mecenaz, qe tanto estimó la sabiduzia, i con tantos p2emios g2atificó i anplio las let2as, como p2incipe de la disc2ecion, i po2 ello tan amado del pueblo Romano, en especial del enpezado2 Otavio, t2aia en su jineta po2 a2mas ò enp2esa una rana bezmeja, qe llamamos en Castilla rubeta; lacual, segun esc2ive Pazadino, en los simbolos de F2ancia, tiene p2opiedad natu2al, a donde qie2a qe asiste, haze2 qe ~~todas las mas ra-~~

nas enmudescan, i ninguna se oiga. De donde vino el disczeto Mecenas à dezi2, qe no estimava la eloqencia [sic] de la lengua, teniendola po2 pazlezia, sino solo el silencio y mucos esczitos; po2qe conocio, qe de solos ellos, avia de queda2 tan celeb2ado. Aqella famosa estatua, con qe los Paduanos onrazon à su Titolivio, tenia dos dedos puestos en la boca, haziendo señal à todos qe callasen, i enseñando con ello, qe los qe quisiesen imitaz à Livio, escriviesen i no hablasen. Dios cuando dio la lei à Moises pa2a su pueblo, en tablas de piedra sela escrivio con su dedo; i el mismo Dios, <sup>f.80</sup> hablando de si mismo nos dize; Mis g2andezas, mi pode2 i majestad hallazeis al pzincipio esczito, en la cabeça, en lo mejo2 de mi lib2o. Conclúyo con dezi2, qe oyó san Iuan una voz del cie-[sic] qe le dijo, Esczive, i no le mando qe hablase. Todo locual qe tengo refe2ido, es copia de cosas esczitas, qe fue2a imposible llega2 à nuest2a noticia, menos qe mui coronpidas i sin vezdad, si su t2adicion vinie2a pasando de lengua en lenguas: mas como nos lo dejazon en esczitos, à ellos deve-mos la glozia i revezencia de lo qe se sabe, siendo como es lo mas ecelente i calificado; salvo la coreción de vuest2a ilustrisima señozia.

Dejó Favelo tan gustoso i satisfeço à Monseño2, como hasta este punto lo avia tenido suspenso, con la elegancia de su dezi2, lo qe antes no avia oido po2 aqel estilo; i c2eyendo, qe le avia de iguala2 Mauzicio con su vivo ingenio, favoreciendo la pazte qe se le avia encomendado, le hizo señal qe començase. Con esta licencia, heço el acatamiento acostunb2ado, dijo lo sigiente.

Con tanta vezisimilitud, nos à enseñado Favelo, la fue2ga de lo esczito, qe nos deja sin algun blanco, alomenos, tan co2to i angosto el ma2jen, qe a penas af luga2 donde se pueda cob2a2 i favozece2 la lengua; salvo, si ella no se anpaza de <sup>f.80v°</sup> vuest2a ilustrisima, i le haze la me2ced qe sienp2e. Mas pues con la suya, tan bien à sabido esplica2se, qe justamente mezece todo pzemio de glozioso nonb2e, bien se sige, qe la muc2a elegancia i suave dezi2, à sido qien lo à ilustr2ado, re-açando i dando sez con su galla2do estilo, à cosas qe cuando

(aunque suyas) nos las dieza en escritos, no las tuviesen en aquel grado, por faltales el vivo con que las tiene refezidas. I así, no á duda, que la voz de todo buen orador, son colores que realzan i levantan de punto el dibujo de la pluma; con que, tacitamente llevamos ya confesado por la parte contraria nuestro proposito; el cual esforzamos con lo siguiente [sic]. Deseando Sócrates conocer la capacidad i entendimiento de un mancebo que le traian para discipulo, le dijo, Hablá, i no le mando escribir; dándonos á entender, que por las palabras conocemos mejor los entendimientos que por los escritos. Los Atenienses, tenían al mismo Mecuzio que alegó Favelo, puesto encima de un altar, juntamente con Venus á su lado, enseñando en esto, segun dize Alciano, que los amantes y devotos de Venus, tambien lo son del habla. El mismo Mecuzio, nuncio de los Dioses no traia plumas para escribir sino para bola; porque la discucion perfeta, no esta en los escritos, mas en las<sup>f.81</sup> palabras de los oradores eminentes, que buelan pronunciadas por su lengua. Demas de lo cual, sabemos que lo pintavan con alas en la cabeza, pies i manos, i lo tienen por Dios eloquentísimo [sic], lo cual es afirmarnos, que sin duda, bolazá mas alto, i sea mas estimado entre los oradores, el que mas elegante fue de razones. Cuando queremos engañar á uno de filosofo, de sabio, de astuto, de gallardo, cuando loamos á un prudente principe, ó valiente capitán, i con la lengua lo hacemos, no con la pluma ni escritos i así nos dize Salomon, que su lengua estava en su coxaçon, para sacar de alli las palabras que avia de habla. Finjieron los antiguos, que las faltas y pecados de los oradores, los escribian en la piel de Amaltea, que fue una cabra que crio á Iupiter; enpeño, las buenas obras, las cantavan; que fue lo mismo que decirnos, que lo escrito es mas acomodado para el mal, i lo hablado para el bien. Tambien sabemos del habla, ser mas antiguo que la pluma, nadie lo duda; i si á la mayor ancianidad, se deve mas justa reverencia, no se me podria negar, tocalle deprecamente á las palabras i no á los escritos. Oracion llamó á la oracion de los buenos, oratio penata, oracion enplumada i no de pluma. De cinco sentidos que tene-



mos, el mas p2opio à la sabiduzia es el oiz, i cuando nos ense<sup>f.81v°</sup> ñan, somos oyentes. Asi los Lacedemonios, pintavan à su Apolo con dos pa2es de oidos, diziendonos en ello, qe deve oiz muco el sabio, i el oiz anda en una balança con la lengua, de donde resulta, se2 menos hablado2es los qe son so2dos. Los antiguos, qe fue2on la fuente de la sabiduzia, los Lanos de Italia, los Pitago2as de G2ecia, los T2imejistos de Ejito, esc2ivie2on poco, i hablazon muco. La dife2encia qe hazen los vivos à los defuntos, los onb2es à las estatuas, esa misma es la qe llevan à los esc2itos las palab2as, po2 se2 los cziados los esc2itos, i las palab2as dueños i seño2es dellos. Los F2ancezes, pa2a pinta2 sabio à su E2cules, no le ponian plumas en la mano, sino cadenas de o2o en la lengua; con lo cual, tizanizava, llevandose t2as desi los onb2es, atados i p2esos po2 los oidos; enseñandonos en esto, qe los eminentes i sabios, con palab2as de o2o, qe son pode2osisimo inte2es, con aquella fineza de ped2ezia en estudios, teso2os de ciencia i riqueza de palab2as qe po2 la boca bie2ten, rinden i cativan lcs oyentes. La estatua de Bezoso, de qe tanto se p2ecivian los antiguos Atenienses, po2 se2 el p2emio de los disc2etos i sabios, ca2ecia de manos i tenia lengua; pa2eciendoles, como e2a vezdad, qe no en el bien esc2evi2, mas en el bien habla2 consista la<sup>f.82</sup> ciencia. Lo qe mas eng2andecio à Demostenes, fue su lengua; po2qe, aunque sus esc2itos fue2on tan calificados, i ecelentes como se sabe, les dio con la elegancia de sus palab2as tanta ene2jia, tal vivo i sinificacion, qe ob2ó muco mas con ellas qe po2 la pluma; po2qe con voz eficacisima, qe ac2editada de su injenio, acciones de cue2po i rost2o, movia con actividad los animos de los oyentes, como lo hazian los mas o2ado2es. I vemos en las comedias qe buenas, en bocas de malos oficiales, las hazen malas; i notales [sic], cuando se rep2esentan po2 pe2sonajes diest2os, hazen qe nos pa2escan admizables, menos malas ò mejo2es de lo qe son. Pues qe sean las palab2as, muco (sin conpa2acion) mas duzadezas qe los esc2itos no af dudu; po2qe, si se conside2a la vezdad, senzilla i desapasionadamente, las palab2as qedan inp2esas en los animos qe son ete2nos, como p2esto lo veze-

mos, i los escritos nos los dejaron en hojas de palmas, coctezas de azboles, cañas del Ejito i tablas de cedro; locual, se gastó con el tiempo, i lo mismo seza del papel, como matezia mas delicada i facil. Vengamos agoza pues à las demostzaciones; demos caso (i no hazza poco al nuestro, paza deaja lo que se tzata mas ilustrado) que un mudo de su nacimiento, sepa mui bien esczeviz, como avemos cono<sup>f.82v°</sup>cido à mucos en esta cozte; i po2 el contzazio, à otro que supiese bien habla2 i no esczeviz; p2egunto, cual diziamos que cazece de mayo2 bien? pues aqese que fueze mayo2 bien, seza lo mejo2 i mas ecelente. Demas, que la habla, es natuzal i p2opio, i el esczeviz un azte que se adqieze con el tzabajo. Luego bien se sige, que sezan las palabzas de mayo2 dinidad en el onbze que sus escritos, pues mui sin compazacion es mejo2, que lo que con solicitud se pzetende, i con tzabajo i dificultad se alcança. La voz haze fuezça, conpele i obliga, sin tenez quien le resista, como lo hizo la de Cicezon, cuando con eficasissimas palabzas, obligó al pueblo Romano que renunciase la lei Agzazia, cosa tan aspeza i dificultosa, contza toda natuzaleza, pues no fue menos, que tenez po2 sumo bien, dejazse mozi2 de hanbze, repudiando la comida. Luego bien se conoce, cuanto sea el habla2 de sabios, de jente noble i gzave, i el esczeviz no tanto. I po2que avemos tenido paza fabulas fabulas, i paza istozias istozias, qiezo tambien satisfaze2 con escrituzas, contza la que tiene alegada Favelo. San Iezonimo, en una de sus epistolas, encazeciendo las palabzas dize, que la viva voz del maestro, tiene cie2ta fuezça natuzal, que se pega mas à los animos, po2 un paticula2 espizitu. En la supzema rejion anjelica, no escziven,<sup>f.83</sup>pezo hablan, bendizen y cantan la glozia de Dios. El mismo Dios, en el p2incipio de las cosas, lo p2imezo que hizo fue habla2, mandando que se hiziesen, i hablo mucas vezes con los padzes antiguos; i si les dio lei po2 esczito, que fue figura ò sonbza de lei evanjelica, Iesu Czisto seño2 nuestro, jamas esczivio letza de toda su dotzina, i de su sola palabra nos dio la lei de gzacia: po2que aviendo salido de su Divina boca, la dejava eficacisimamente asentada en el mundo, i arraigada dentro de las almas pa2a sienpze

Mas adelante aun lo pienso lleva2. El mismo Iesu C2isto, sabemos de fê catolica, se2 palab2a del pad2e, pues qien duda, qe si C2isto es palab2a, i lo mejo2 del cielo i de la tiera, qe no aÍ esc2itos qe le llegen; antes qedan tan at2asados i bajos, cuanta es la distancia de lo qe tengo p2ovado, i es infinita. I si aqesto refe2ido, aun puede queda2 mas ap2etado, lo haze con lo siguiente [sic], dejando de todo punto cerrada i concludida esta ve2dad notozia, con qe ya no se pod2a pasaz adelante. Tanta es la ecelencia qe qiso Dios da2 à las palab2as umanas, po2qe dejemos de habla2 de las Divinas i ete2nas, en qe no aÍ conpa2acion, qe todos los esc2itos del mundo no tienen tanta eficacia. Esta demost2acion tenemos en las fo2mas de los sac2amentos, po2qe aunqe <sup>f.83v°</sup> las vemos esc2itas, en papel ò tabla, notozia cosa es, qe no son fo2ma de sac2amento, hasta qe actualmente las p2onuncia el sace2dote. Demos ejemplo, las de la consag2acion, qe no se consag2a con ellas, hasta queda2 p2onunciadas con los requisitos i sobre devida matezia, con qe se deja heco el mas alto miste2io de todos, la t2ansustanciacion del pan, en el ve2dade2o cue2po de C2isto redento2 nuest2o. I pues en lo dixo no puede ave2, ni aÍ duda; tanpoco la tengo, en qe vuest2a ilustrisima señozia, sentencie mi pazte, po2 mejo2 p2ovada i mas fundada.

Quedó [sic] Monseño2 tan pe2plejo como gustoso de lo refe2ido, i dando iguales g2acias po2 ello, lo dejó indeciso à mejo2 juizio, aqien yo hago lo mismo, con todo lo mas deste discu2so.

L A V S D E O

# I N D I C E

	Pág.
Preliminar	
Advertencia.....	vii
La Ortografía de Mateo Alemán.....	xiii
<b>ORTOGRAFIA CASTELLANA</b>	
Aprobación.....	3
Erratas.....	4
A Don Ioan de Billela.....	5
Letor.....	7
Capítulo I. En qué manera es música la ortografía i de sus efetos.....	11
Capítulo II. De la inorancia de los maestros pasados, i cuánto importe la emienda en los presentes, facilitando el escrevir ortógrafamente.....	21
Capítulo III. Qué cosa sean, ortografía, sílaba, dición y voz.....	29
Capítulo IV. De la división de las letras.....	37
Capítulo V. De la confusión de algunas letras.....	43
Capítulo VI. De las letras que no están en el alfabeto	51
Capítulo VII. De la falta que tiene la lengua castellana de una letra, i su remedio.....	57
Capítulo VIII. De la introdución de la misma <i>ç</i> con las más letras del alfabeto.....	63
Capítulo IX. De las letras, en singular de cada una, comenzando de las vocales <i>a e i o u</i> .....	71
Capítulo X. De las letras consonantes, comenzando desde la <i>b</i> , que llamamos <i>be</i> .....	81
De la <i>ç</i> , que llamamos <i>çe</i> .....	81
De la <i>d</i> , que llamamos <i>de</i> .....	83

	<b>Pág.</b>
De la <i>f</i> , que llamamos <i>fe</i> .....	84
De la <i>g</i> , que llamamos <i>ga</i> .....	85
De la <i>j</i> , que llamamos <i>je</i> .....	88
De la <i>h</i> , que llamamos <i>he</i> .....	88
De la <i>ç</i> , que llamamos <i>che</i> .....	92
De la <i>c</i> , que llamamos <i>ca</i> .....	92
De la <i>l</i> , que llamamos <i>le</i> .....	93
De la <i>ll</i> , que llamamos <i>lle</i> .....	93
De la <i>m</i> , que llamamos <i>me</i> .....	95
De la <i>n</i> , que llamamos <i>ne</i> .....	96
De la <i>ñ</i> , que llamamos <i>ñi</i> .....	97
De la <i>p</i> , que llamamos <i>pe</i> .....	98
De la <i>q</i> , que llamamos <i>qui</i> .....	99
De la <i>r</i> , que llamamos <i>re</i> , y de la <i>z</i> , <i>ze</i> .....	102
De la <i>f</i> , <i>i</i> <i>s</i> , á quien llamamos <i>se</i> .....	103
De la <i>t</i> , que llamamos <i>te</i> .....	106
De la <i>v</i> , que llamamos <i>ve</i> .....	107
De la <i>x</i> , que llamamos <i>xi</i> .....	108
De la <i>y</i> , que llamamos <i>ya</i> .....	109
De la <i>z</i> , que llamamos <i>ze</i> .....	109
[Capítulo XI].....	111
[Problema].....	115

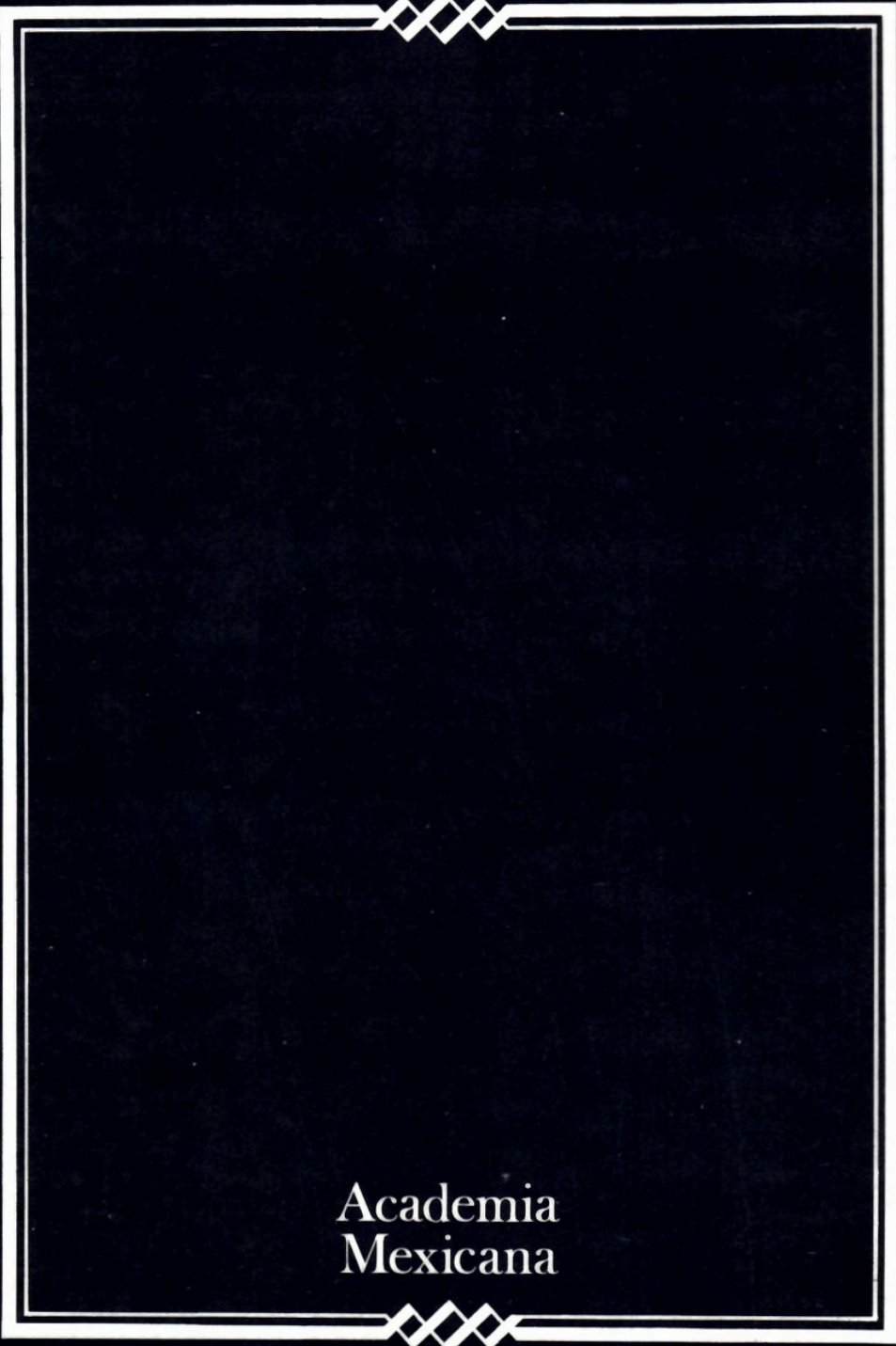
ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA  
19 DE AGOSTO DE 1981 EN LOS TALLERES  
DE EDIMEX, S. A., CALLE 3, NUM. 9, ALCE  
BLANCO, NAUCALPAN DE JUAREZ, EDO. DE  
MEXICO. EL TIRO FUE DE 1 500 EEMPLA-  
RES. LA EDICION ORIGINAL SE COM-  
PUSO CON TIPOS BODONI 10:12 EN EL  
TEXTO QUE LLEVA NUMERACION  
ROMANA Y EL RESTO CON CA-  
RACTERES MODERN 8:8 Y 10:12,  
EN LOS TALLERES GRAFICOS  
DE LA NACION. ESTUVO AL  
CUIDADO DE JOSE ROJAS  
GARCIDUEÑAS.











Academia  
Mexicana